Tras el suicidio de su mejor amigo, Ricardo Saavedra pretende resolver el vacío emocional escribiendo una novela sobre este, mejor dicho, sobre el fracaso de su intento de ser un músico. Para ello indaga en los objetos que ha dejado. En el trayecto, va recordando cómo su discurso fue distorsionándose hasta el punto de hacerse absurdo, o tal vez no.

La idea que Ricardo tenía de aquella amistad, fundada en la obsesión progresivamente compartida por hallar la *verdad* (una filosófica y vital), se verá trastocada por la irrupción de un personaje que le exigirá un replanteamiento de todo cuanto aquel músico frustrado le había dicho. ¿Ha logrado su amigo transmitirle los recursos necesarios para emprender la búsqueda de aquella *verdad* que acaso lo condujo a él al delirio? ¿Todavía es posible elaborar ideas radicalmente nuevas? ¿Puede un crimen marcar el inicio de una nueva *sensibilidad*?

«Nuestra soledad convertida en un espectáculo está bien, distribuida como una breve película que todos habrán de ver y decir que la han visto y luego reemplazarla por las películas de tantos otros. Porque somos importantes siempre que no lo seamos por demasiado tiempo. Porque todos tienen el derecho de ser geniales lo más rápido posible». «Las cosas están perfectamente bien, Ricardo. Nosotros somos los que estuvimos mal todo este tiempo. Pero eso no es malo del todo, porque aún podemos infiltrarnos en la fiesta. Puede ser divertido. Bailar y pensar en esas cosas o no pensarlas, simplemente».

J. Estiven Medina Ortiz

JUEGO DE NIÑOS

amarti

JUEGO DE NIÑOS

J. Estiven Medina Ortiz

EDITORIAL AMARTI

J. Estiven Medina Ortiz
(Apurímac, 1995)

Ha escrito el ensayo "Súper-Ironía" (2023). Poemas y relatos suyos han sido publicados en revistas digitales y antologías. Trabaja en su segunda novela.

Juego de niños

J. Estiven Medina Ortiz

Editorial Martí

Juego de niños
J. Estiven Medina Ortiz

Para esta edición:
© Grupo Editorial Amarti S.A.C.
RUC N° 20608972855
Call. Señor de Los Milagros, av. 09 de Diciembre, mz. "F", lt. 05.
Jesús Nazareno, Ayacucho
Teléfono: 965834310
E–mail: hermes_leap@hotmail.com
Ayacucho, Perú

©Ronald Edison Pérez Rondinel
Diseño de portada: J. Estiven Medina Ortiz
Fotografía de autor: Eddy Huamán Acevedo
Diagramación: G.E. Amarti

Primera edición: setiembre 2023
Tiraje: 300 ejemplares
Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú
N° XXXXX
ISBN: XXXXXXX

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra.

Impreso en Grupo Editorial Amarti S.A.C.
RUC N° 20608972855
Cel. 965834310
Call. Señor de Los Milagros, av. 09 de Diciembre, mz. "F", lt. 05.
Jesús de Nazareno - Ayacucho - Perú

Setiembre, 2023

But the souljacker can't get my soul
Souljacker Part II – Eels

ÍNDICE

UNO	9
DOS	15
TRES	49
CUATRO	71
CINCO	81

UNO

1

Ocurre simplemente: Un día muere tu mejor amigo, tu único amigo, y a la semana siguiente quieres escribir una novela sobre él. No se trata de un homenaje, sino de un pretexto para seguir con tu vida. No lo quieres admitir, pero ha dejado un vacío en ti. Te hace pensar en que nadie más podrá comprenderte como él lo hacía; que a partir de ahora tus ideas serán tonterías que a nadie le podría importar, que a partir de hoy tiene que suceder una transformación en ti o sino el mundo se volverá un infierno del que renegarás cada vez que tengas la oportunidad de hacerlo. Y yo no quiero hacerlo.

Francisco ha muerto en circunstancias extrañas. Eso es lo que estoy preparado para decir, aunque seguramente nadie me preguntará. De hecho, se ha suicidado. Tenía 30 años. Yo creo que no estaba deprimido, sino aburrido de estar en este mundo; cansado. Ahora que lo pienso, tal vez dejó entrever su propósito en algunas cosas que me dijo, cuando nos reuníamos en La Caja, un pequeño bar que queda en un lugar recóndito de esta ciudad. Pero no me di cuenta, supongo.

Habría hecho algo, seguramente. Me habría esforzado por inventarle alguna esperanza, el atisbo de un nuevo camino, pero era incapaz de hacerlo con un tipo tan inteligente como lo era él. No era inteligente en el sentido en que se suele llamar a alguien que resuelve problemas cotidianos. En todo caso, poseía una inteligencia rara, una inquietud que quizás lo perturbaba, que lo traía siempre

intranquilo. Decía cosas que me hacían pensar durante un momento hasta que una especie de vieja tristeza se desprendía de mi cuerpo, para no volver más y cederle el lugar a una alegría soberbia, a una lucidez que me aceleraba el corazón, porque sentía que algo importante estaba a punto de suceder. No sucedía nada, claro, y la tristeza regresaba. Pero el proceso era interesante.

Varios días antes de que Francisco se volara los sesos me dijo que lo había resuelto todo.

—¿Qué es todo? —dije.

—Todo. Las incógnitas de esta pequeña cosa que es existir —respondió.

—Dímelo —exigí.

—Lo jodido es que no puedo hacerlo —dijo con un tono grave.

—¿Por qué? —reclamé un poco en serio.

—No se puede —contestó y luego se hizo un silencio interminable.

No había angustia cuando lo dijo, sino resignación. Era eso. Una resignación adulta. La aceptación de que a partir de cierto momento era el poseedor de una *verdad* que nadie más podría tener. Ahora que lo pienso, un regalo maldito de su inteligencia, el accidente de una terrible travesura.

—La existencia es un juego de niños —me dijo—. Es demasiado fácil. Tan fácil que no lo puedo creer.

—Huevadas —respondí.

2

Si tuvieras la oportunidad de resolverlo todo con una sola respuesta, ¿lo harías? Si, pensando y pensado, llegaras a una conclusión abrumadoramente breve, ¿la admitirías? ¿La sostendrías como la clave que guía tu destino? ¿Por qué no? Pero, quizás, la primera cuestión es ¿aún existe esa necesidad de tener respuestas o basta con cualquier cosa que la simule o eluda?

Supongo que Francisco se tomó las cosas demasiado en serio, que buscó una respuesta radical y la obtuvo, para su mala o buena suerte, y ahora ya no está.

Yo no creo en una vida después de la muerte, me da flojera. Por eso, cuando pienso en él, solo puedo recordarlo. A veces escucho sus canciones y trato de imaginar lo que sentía en el preciso momento en que las cantaba. ¿Por qué esas letras tan cojudas, tan raras? ¿Por qué esa obsesión con resolver las *incógnitas*

de la existencia? Y luego me siento atrapado por la sensación de que ahora me toca buscar esas respuestas. «Es la maldición de Francisco», pienso, «es su jodido legado». Pero está bien, me gusta. Hay gente que se inquieta al no tener claro el sentido de su vida y, sin embargo, yo tengo la fortuna de pensar: «Demonios, el sentido de mi vida es buscar la respuesta a todas las incógnitas de la existencia. Tal como hizo Francisco».

Pero yo no me voy a matar, obviamente. No me apetece. Me gusta la vida, aunque a veces se torne boba y extraña. ¿Por qué me gusta? Porque tengo la facilidad de recuperar la esperanza en cuanto la pierdo.

Supongo que es una idiotez, pero esa idiotez me salva.

3

Mi nombre es Ricardo y quiero escribir una novela. Una novela sobre Francisco, sobre su vida y su muerte. ¿Por qué? ¿Por qué demonios quiero escribir? No se trata de hacer un homenaje, ya lo dije. No necesito hacer algo como eso para conservar la memoria de mi amigo. Él mismo se reiría si lo intentara. Era un hombre bastante maduro como para creer en esas cursiladas. Quiero escribir porque ahora me siento solo de verdad, porque sé que Francisco no está para hacer algunas observaciones sobre mis pensamientos y aclarármelas. Era bastante listo para hacerlo. No digo que yo no pueda aclarar mis propias ideas, sino que era divertido que él lo hiciera.

Supongo que es parte de la naturaleza humana precisar de un interlocutor y dolerse un poco cuando este desaparece repentinamente.

Quiero escribir una novela porque siempre quise hacerlo. Y siempre fracasé y siempre asumí cada derrota con un apresurado cinismo que me hacía sentir un dios soberbio, torpe, perverso y egoísta.

Ahora pienso que si fracaso me sentiré devastado. ¿Por qué? ¿Porque empiezo a tomarme las cosas en serio? De alguna manera me gusta. Siento que la muerte de Francisco me exige ser valiente y creer, por fin, en la posibilidad de perder y en que eso pueda afectarme de cierta manera, en serio, de verdad, sin poder reír ni burlarme de mí y de mi ineptitud y hacer como si nada hubiera ocurrido. «Actuar así es banal», me digo.

4

Francisco fue un músico. Lo conocí precisamente en un concierto que ofreció en un bar que ya desapareció. Yo estaba allí por accidente, bebiéndome una cerveza y apareció, profundamente serio, como si estuviera a punto de iniciar un ritual. Sacó su guitarra del estuche, la afinó durante varios minutos en los que el público pareció ponerse nervioso y luego interpretó varias canciones, con pequeños intervalos en los que no estoy seguro si intentaba ser gracioso o sombrío, y después la devolvió a su funda. No esperó los aplausos de la gente, que ciertamente andaba demasiado distraída para hacerlo, y se fue a la barra a conversar con el barman.

Yo estaba allí porque había terminado con una novia y porque no pude hacer de mi dolor una obra de arte. Estaba enojado por eso. «Ninguna maldita novela hasta ahora», pensaba. En ese entonces yo quería ser escritor porque suponía que escribir un libro me haría sentir seguro, menos ansioso, que me desprendería de esa sensación de derrota que solía acosarme con frecuencia. De hecho, creo que no poder escribir una novela arruinaba mis relaciones sentimentales. Me hacía creer que era tan complejo porque solamente una novela compleja era tan problemática de escribir y luego pensaba que todo el mundo debía oírme decir las cosas que uno dice cuando cree que puede escribir algo importante, pero por alguna razón aún no puede. Supongo que todas las novias que tuve esperaban algo diferente de mí, pero yo no estaba en condiciones de darlo porque estaba enfocado justamente en tener la seguridad para hacerlo.

El asunto es que me dio la impresión de que Francisco era uno de esos tipos que pueden tolerar a individuos como yo: pretenciosos y atormentados. Estaba en lo cierto. Le invité una cerveza y luego él me invitó varias a mí. Le conté lo de la novia perdida y de la novela que nunca surgía y él rio y eso me causó gracia. No me molestó en absoluto. Yo mismo me estaba riendo del asunto debajo de toda esa patética tristeza, pero necesitaba decírselo a alguien para darme cuenta de ello. Hablamos de cosas como el arte y la música. A veces uno tiene la impresión de que está diciendo cosas importantes al hablar sobre eso, pero cuando regresas a casa y te pones a pensar, te das cuenta que solo has dicho una idiotez tras otra. De todos modos, es divertido. Intercambiamos números y nos despedimos.

Eso pasó hace tres años y desde entonces ambos supimos que seríamos el único amigo del otro. Nos gustaba esa idea, ese riesgo, ese egoísmo. Tal vez no

éramos buenos socializando. Personalmente, me da pereza y a estas alturas de mi vida, pienso en que solo un milagro podrá acercarme a alguien. ¿Qué decirle?

A veces me da la impresión de que padezco lo mismo que Francisco y que fue eso lo que nos hizo amigos, cómplices: Esa pesadez que impone la edad adulta, aplastando el inseguro aire de superioridad que uno cultiva en la adolescencia y que por alguna razón aún sigue resistiendo, clandestino, subterráneo. Ese inconformismo natural convertido ahora en un defecto, en herida pestilente. Nos gustaba reunirnos en La Caja y despreciar al mundo y de paso despreciarnos a nosotros mismos. Reíamos como si hubiéramos conquistado o recuperado algo. Creíamos que solo siendo inconformistas podíamos ser realmente *individuos*.

Ahora sospecho que nos engañábamos, que empleábamos nuestra inteligencia para crear una *coraza* de la que nos sería difícil, sino imposible, salir. Esa coraza atrapó a Francisco y seguro él estuvo feliz dentro durante cierto tiempo, pero luego tal vez no. Ahora reconozco esa coraza rondándome y no siento miedo sino el deseo de dejar de estar cansado, dejar de ver al mundo con el ceño fruncido.

Ahora es un enojo que después me provoca risa (aunque me cuesta que me dé risa), porque sé que hay cosas infranqueables, invencibles y, frente a eso, uno tiene que declararse indefectible, valientemente derrotado. Pero es solo una metáfora, incierta e intraducible. Yo no podría decir que conozco cierta *verdad* que me pone así, abrumado y lúgubre, pero tampoco nadie puede decirme que no he ido demasiado lejos respecto a los demás.

Sé que la coraza va a demorar en cerrar en mí. En todo caso, no me va a encerrar y asfixiar. Estoy seguro de que no pasará porque Francisco ya lo hizo. Él llegó primero y, aunque no me dijo nada acerca de su hallazgo, puede que lo intuya. Creo que llegaré a buen puerto, que terminaré mejor que él. Quiero decir, que no me mataré.

5

Quizás su muerte me diga algo: Que una vez hallada la *verdad* hay que dar marcha atrás, hacer todo lo posible porque esa certeza no sea la definitiva sino el fundamento de algo que suponga el próximo movimiento fuera de mí y no dentro de mí mismo. Una evolución en la sensibilidad que me permita ver al mundo con la necesaria amplitud como para no despreciarlo demasiado y no sucumbir ante su seducción.

Francisco se mostró extraño las últimas semanas antes de morir. De hecho, a veces solíamos hablar sobre la muerte, pero nunca dijimos nada sobre el suicidio. Al menos no del suicidio de ninguno de los dos. Estuvo raro porque empezó a decir cosas que parecían incoherentes respecto a esa forma de pensar que yo creía conocer bien en él.

Tal vez intentaba rehacer el camino de vuelta, después del hallazgo de la *verdad*. Quizá no quiso volver y la abrazó hasta desaparecer, literalmente. Supongo que tenía que ser así, que de alguna manera fue una decisión tan válida como la de seguir viviendo.

DOS

1

Francisco publicó un álbum el año pasado. Lo subió a internet y grabó algunos cd's. Yo tengo uno. Me lo dio como si me entregara cualquier cosa, pero yo sé que le emocionó dármelo. Supongo que apreciaba aquello. Después de todo, era algo que le había tomado bastante tiempo hacer. Uno imprime algo de sí mismo en esos objetos. Es como un testamento, una cosa honesta. Me gusta eso. Podría decir que es "humano" y cerrar el asunto, pero yo creo que no basta. Es algo un poco jodido de explicar, pero cuando pienso en eso, en algo que hace alguien, en algo como una canción o una carta, experimento una sensación de complicidad. Tengo esperanza. No en el futuro o lo que sea, sino en lo que está ocurriendo ahora, como si el tiempo se detuviera porque ya no hay necesidad de que avance. Entonces, me entrega el disco, como si se disculpara por el atrevimiento, tímido y orgulloso y yo digo «Gracias». Le digo que es fantástico y él dice que no es para tanto. Cómo no va a ser para tanto. Cuando quería, Francisco era bastante modesto.

Tengo el cd intacto, pues solo oigo el álbum en internet. Qué caso tiene sacarlo del envoltorio y colocarlo en el reproductor y presionar botones. Solo hago unos cuantos clics en la laptop y ahí tengo la voz de Francisco, berreando, solemne y apasionado, triste y enfurecido, feliz y malvado.

No sé cómo describir su música. Cuando estaba vivo no me hacía ese tipo de preguntas. No es que no me importara, es que no necesitaba saberlo. Francisco venía y tocaba la canción que acababa de escribir la noche anterior. Lo hacía apresurado, como si no le importara. Tratándola como un pretexto para poder

decir un montón de cosas después. Porque es lo que hacía después de cantar: Hablar y hablar. Yo lo escuchaba, atento, confundido. Pienso que la intención de Francisco de ser músico era una treta para ser algo más, para descubrir cosas nuevas.

—Cada quién necesita un guía, alguien que le muestre el rastro del camino, del camino genial. El problema es que los guías de ahora son todos unos idiotas —me dijo.

—Me parece que tú quieres ser un guía —respondí.

—Yo quise ser un Bob Dylan, un Neil Young, pero ya es tarde para eso.

—¿Quiénes son esos tipos? —dije, por fastidiar.

—Imbécil —contestó.

Hay tipos encallados en cierta época para quienes el presente es una basura. Francisco era uno de ellos y supongo que también yo. ¿Qué tiene el pasado que el presente no? Ya sé que pensar así es un espejismo, un autoengaño motivado por el desconcierto que provoca la velocidad con que suceden las cosas. Nuestras infancias habían transcurrido en otro contexto. Supongo que era eso lo que nos hacía enojar: Que nada del pasado sobreviviera como imaginábamos sucedería. En su lugar, todo era de tal manera que nos sentíamos siempre unos extraños.

Pero hay algo exquisito en sentirse así. Sobrevivir es más sublime que vivir. La comodidad termina por aburrir e inmovilizar. En cambio, sobrevivir es estar a punto de quebrarse y no creo que haya nada más intenso que amenazar al mundo con nuestra propia desadaptación. O tal vez nos engañábamos. ¿Cómo demonios saberlo? Solo queríamos creer en algo, pero aquello en lo que creíamos se convertía rápidamente en objeto de risa o, en el peor de los casos, de indiferencia. De tan sórdido, el asunto también nos hacía reír, pero pensábamos en lo maravilloso que sería si todo hubiera sido como lo habíamos deseado. Ni modo.

2

No voy a narrar la historia de cómo se hizo músico. Pienso que a nadie le podría importar, así que no me voy a esforzar en ello. Más bien voy a escribir sobre cómo dejó de serlo.

Creo que Francisco empezó a dejar de ser músico en el momento en que me dio su álbum. Yo lo oí, le di mis impresiones, él asintió y dijo un montón de cosas y luego añadió que quería escribir más canciones y congregarlas en otro

álbum y así hasta el infinito. Se le veía satisfecho, feliz, como si hubiera encontrado su destino.

A Francisco no lo escuchaba demasiada gente. Sus conciertos en los bares siempre parecían lamentables, al menos para mí. No sé a él. Puedo decir que no percibí algún gesto de satisfacción en él después de cada presentación. Lo hacía como si cumpliera algún compromiso consigo mismo. Un compromiso que le hubiera gustado cancelar pero que por algún motivo no podía. Yo lo iba a ver con frecuencia. Pienso que lo genial a veces puede verse nublado por el descuido de quien tiene la oportunidad de conocerlo y no lo hace. Después de todo, una cosa solo es genial para quien cree que lo es. Creo que Francisco creyó que lo era o que podía serlo, pero nadie supo confirmárselo. Ni siquiera yo.

—Me escribió una chica —me dijo una vez.

—¿Qué chica? —repliqué.

—No sé, era de otro país.

—¿Y qué te dijo?

—Que le gustan mis canciones.

—¿Y qué le dijiste?

—Nada, le agradecí.

—¿Y qué más?

—Le agradecí, nada más.

—Genial.

—Le agradecí. Qué idiota.

Sus canciones están publicadas en su canal. Alguna vez tuvo doscientas, pero ahora solo están unas diez. Yo las escuché todas. Eran divertidas, otras oscuras. Siempre me daba la impresión de que estaba enojado cuando cantaba. Se las arreglaba para parecer enfadado incluso cuando la canción era graciosa.

—Decir «te odio» es tan genial como decir «te amo» —dijo alguna vez —. Pero creo que decir «te odio» tiene más, no sé, más "personalidad". Cuando el amor es una entrega, diluir la voluntad en otra persona, el odio es un retorno a uno mismo, una indignación con el mundo. Cuando odiamos, nos replegamos, nos alejamos de aquello que resulta incompatible con lo que somos. Odiar es definir nuestra individualidad.

Recuerdo que tuve un pensamiento parecido. Estaba con una novia, hace unos cinco años, y le dije que estaba enojado. Ella preguntó por qué y yo le dije que simplemente lo estaba. Reflexioné y empecé a murmurar que se trataba de un enojo con todo, con la vida misma, pero que no era un enojo destructivo

sino, en todo caso, contemplativo, como ver las cosas y decir «Demonios, qué estupidez. Si las cosas estuvieran a mi cargo, lo hubiera hecho mucho mejor». Eso último no se lo dije así porque percibí que le desagradaba lo que ya había dicho, pero lo pensé detenidamente, como saboreando cada palabra que yo sabía era honesta, con la certeza de que yo mismo estaba allí, en esa idea, temblando, a punto de llorar, quizás. Entonces me sentí solo, como si, súbitamente, todo el mundo hubiera sido desprovisto de sentido y ningún pensamiento existiera más allá de mí, de que aquel sonido retumbaba solo en mi cabeza. Y no sentí nada. No tuve miedo ni me puse triste. La inmensidad del universo me abrumaba como si me odiara, también, de forma contemplativa. De pronto, ella me dijo «te amo» y yo no supe qué decir porque estaba concentrado en aquello de la *inmensidad*. Ella preguntó si estaba bien y yo le dije que también la amaba. Se lo dije despacio y bajito, intentando sonar profundo como un poeta, pero sé que no la convencí porque una semana después terminó conmigo.

Francisco presentó su álbum en La Caja. Asistieron 18 personas. Yo las conté. Hurgué sus rostros con agradecimiento y rencor. Vi sus ansias de divertirse, engullendo vasos de alcohol, mientras él tocaba cada canción, coronado por una hilera de gotas de sudor, gritando porque la canción lo ameritaba, gimoteando como un niño, haciendo toda esa representación con eso que solo puedo llamar *fervor*.

Luego, todos aplaudieron mientras Francisco se levantaba y guardaba, como siempre, su guitarra, apresurado e indiferente. Recuerdo que una chica se le acercó y le dijo algo al oído y que luego rio.

Como siempre, Francisco y yo nos fuimos a la barra, a tomar unas cervezas que el dueño del bar había tenido la generosidad de invitarnos.

En algún momento, ya un poco ebrio, le dije:

—Sabes que es un buen álbum.

—Lo sé.

—Sabes que es probable que en 50 años alguien se tope con eso y lo escuche y piense que es malditamente genial y se ponga a llorar porque ya estás muerto.

—Lo sé.

—Es maravilloso. Tu voz, en 50 años, vagando por la red hasta que alguien o varios o muchos te encuentren y te escuchen y se pongan a llorar.

—O reír.

—O reír, claro.

—Pero el futuro no nos concernirá porque ya habremos muerto.

—Ya habremos muerto y solo quedará lo que hayamos hecho.

—Aunque finalmente tampoco eso importará porque los que me hayan escuchado envejecerán y morirán.

—Pero estarán sus nietos.

—Ellos también morirán.

—Y quizás internet desaparezca.

—No creo.

—Sí, quizás ocurra algo que haga que el maldito internet desaparezca y todo el mundo se quede en silencio, preguntándose qué pasó antes de eso, dónde se fueron todos.

—Y, sin embargo, estamos aquí, en el pasado.

—En el presente.

—En el presente —rio.

3

Creo que empecé a ser escritor en el momento en que Francisco dejó de ser músico. El cambio en él me hizo sospechar y la sospecha es estimulante. ¿Por qué cambió tanto? O, mejor dicho, ¿Cómo? Buena pregunta.

Me divertía decirle que quería ser escritor y que me increpara por solo decirlo y no hacerlo. Pero lo intentaba. Imaginaba historias, pero estas se desvanecían inmediatamente. En realidad, tengo poca imaginación. Todo me aburre demasiado rápido y eso es triste, aunque no lo sienta así. Creo que me da igual. En realidad, lo que me gusta es querer ser escritor y no sé qué tanto serlo de verdad.

Me gustaría escribir una sola novela y luego cosas pequeñas, oraciones, tal vez seguir un diario, ver al mundo y la mirada de los demás y sus risas al verme hacer el ridículo intentando lograr algo y yo riéndome también de las bobadas del mundo, simulando creer que es genial y así, no sé. Supongo que puedo hacer de todo eso literatura. ¿Por qué no? ¿A quién le molestaría? A nadie.

Estoy en el cementerio. Vine a visitar a Francisco. Vaya visita, en donde solo yo diré cosas. Él nunca quiso terminar aquí. Quiero decir, él hubiera preferido ser incinerado. Es lo que me dijo.

—Cuando muera, si acaso muero, me gustaría ser cremado y que mis cenizas sean tiradas a la basura.

Aquello de la basura se lo copió a un tipo. Este era un físico que había desarrollado una teoría aparentemente absurda y de la que todos sus colegas se habían reído y de paso lo habían humillado salvajemente. Luego el físico se deprimió y luego se dejó morir. Lo loco del asunto es que al final sus estúpidos colegas llegaron a la misma conclusión que aquél. Bueno, su último deseo era ese: Que sus cenizas fueran echadas a la basura. Creo que su hijo es un músico famoso y muy bueno. La historia me la contó Francisco y ya olvidé sus nombres.

Camino entre las tumbas, viejas y ruinosas, nuevas y relucientes, con esmerados arreglos florales que no se cansan de marchitar. Innumerables datos: Nacimientos y muertes, nombres completos, lacrimosos recordatorios. Me fijo en las fotografías, desvaneciéndose por el sol. Muchos rostros, simpáticos, feos, enojados, solemnes, risueños. Quién diría que elegirían esa foto para colocarla en la lápida. «Una *selfie* para mi lápida», pienso, «qué mierda». Los cementerios son lugares nefastos, absurdos. Todas esas personas allí ya no están y, no obstante, las retenemos. Hablamos con ellas, pero podemos hacerlo en cualquier momento, en la oficina, en la ducha, en el transporte público. Podemos decirles muchas cosas cuando queramos, no solo que las extrañamos, sino lo genial que está el día pero que a pesar de eso no se están perdiendo de gran cosa. Bueno, qué digo. Frente a los muertos solo nos quedan los monólogos y, también, la incertidumbre. Pero supongo que pensar aquí es diferente. Estás más cerca de quién alguna vez te dijo algo y esa cercanía, aunque mezquina, tiene mayor significado que pensar en ella en cualquier lugar y momento.

Llego a su tumba, pulcra, decorada con velas delicadamente derretidas y flores aún frescas. Seguramente vino su madre ayer o anteayer. Recién ha transcurrido una semana desde el funeral. Allí está su fotografía: Su rostro, exhibiendo una sonrisa irónica y tierna al mismo tiempo.

Nadie sabe que fue un músico. Quiero decir, no muchos y a esos pocos les importa un carajo, de modo que nadie vendrá aquí a peregrinar ni a dejar cosas. Excepto yo, supongo, y hablarle como se habla a alguien que dijo cosas interesantes. Tengo la tumba frente a mí. Está sobre la de una señora a quién no conozco e ignoro respetuosamente. Enciendo un cigarrillo, se siente bien. El humo amargo le confiere una atmósfera juvenil y soberbia al asunto. Me pongo triste casi a propósito, como si algún otro sentimiento fuera ofensivo aquí. Pienso en qué decirle y reparo en que no tiene caso pensar demasiado.

—Quiero ser escritor —digo —. Una sola historia, tío, y luego me callo, para siempre. *Vive rápido, muere joven*…vaya estupidez. Supongo que fue di-

vertido ser pesimistas, pero ya no lo es tanto. La gente parece haberlo resuelto demasiado bien, sin mucho esfuerzo y nosotros, tú…huevón…pensando tanto, para qué…Bueno…ya te has librado de todo esto, pero yo…voy a escribir algo. Una maldita historia. Qué sublime es maldecir, no me canso de hacerlo. Aún no me gusta la idea de ser un buen tipo, aun quiero estar enojado, aunque cada vez parece que no tiene ningún sentido. Me caga ver la risa de la gente, en todas partes. Pero qué puedo hacer si ellos son felices y yo no…Es estúpido.

Fumo el cigarrillo, contengo el humo en los pulmones, exhalo. De hecho, recuerdo las veces que veníamos a fumar aquí. Las veces que, sin dinero, vinimos a explorar en cada uno de estos bizarros cubículos en busca de algo interesante que digerir: Chocolates, caramelos, cigarrillos, alguna vez encontramos una botella de ron. Total, ellos no lo iban a usar. Y ahora estoy aquí, tentado de dejarle mi cajetilla entera, pero reflexiono, entro en razón. Mejor me lo quedo.

No sé a qué vine. Francisco no está aquí, solo su cuerpo descomponiéndose. Pero puedo imaginar cosas. Lo intento y soy incapaz. Pongo alguna canción de Neil Young, de Spinetta, de Charly. Nos gustaban, me gusta. ¿Cómo se siente la soledad? Quizás sea una consecuencia de ser incapaz de imaginar. Yo estoy perdido para eso y ahora lo lamento un poco, pero no tanto. Creo que puedo reponerme al peso del silencio y a los significados negativos que esa atmósfera provoca.

—Si alguien decidiera no llorar para consolar a quienes lo hacen. Si la gente no necesitara precisamente inducir al llanto con el suyo sino, más bien, encontrar un rostro sereno, impasible, que le diga algo, que le confirme que el mundo es duro pero que no importa demasiado que lo sea. Si ocurriera, acaso las cosas serían distintas —me dijo aquella noche de la presentación de su álbum.

4

Son las 4 pm. He abandonado el cementerio, en medio de una tristeza que no me gustó para nada, que me dejó un mal sabor de boca y un retortijón de tripas. Quizás fue el tabaco, en realidad. No sé por qué volví a fumar. Ya lo habíamos dejado, con Francisco. De pronto nos pareció un hábito adolescente y desagradable. No moriríamos por su causa, de hecho. Pero lo volví a hacer. Un homenaje, Francisco. Un reconocimiento a nuestra obstinación y estupidez.

El cielo está nublado y no quiero pensar. Tengo la cajetilla de Carlyle mentolado, casi llena, en el bolsillo de mi pantalón. La aprieto con la mano humedecida. «Tengo que deshacerme de esta cosa», pienso, «porque me va a provocar fumar uno más y luego otro y después tendré que intentar dejarlo». El círculo vicioso marcando el transcurrir de los días. «No jodas, Ricardo», me reprocho.

Mientras camino, me doy cuenta que pienso en nuestra época de fumadores. Ambos ya lo éramos, cuando nos conocimos. Yo aprendí muy joven, con un compañero del colegio y él, según me contó, lo hizo cuando era niño, con un cigarrillo que había robado a su abuelo.

El hecho de que ambos fumáramos consolidó nuestra amistad, selló nuestra pestilente cofradía. Conversábamos con una consciente arrogancia que me hacía pensar que éramos dos pequeños seres elevándose unos centímetros por encima del suelo, en medio de una espesa bruma que nos encargábamos de mantener con cada exhalación, como si fueran nuestras almas intelectualoides las que eran exhibidas para quien quisiera ver.

Me hace gracia recordar los ridículos extremos a los que llegábamos para conseguir algunos pitillos. La pobreza nos exigía ser algo ruines y lo éramos sin dificultad. Algunas veces distraje a dependientes intimidados mientras Francisco les esquilmaba algunas cajetillas de algún estante. Hubo ocasiones en que se daban cuenta y salíamos disparados, mientras nos agitábamos entre risas y expresiones de ánimo, puesto que temíamos que uno de los dos se diera por vencido y fuera atrapado. Afortunadamente, no sucedió. En realidad, lo hicimos pocas veces, porque nuestra acción nos pareció cada vez más miserable y poco digna de los artistas en potencia que creíamos ser.

Recuerdo especialmente esa vez que me causó un marcado remordimiento e hizo que decidiera dejar de hurtar tabaco: Serían las 10 pm. Francisco y yo salíamos de una fiesta a la que no nos habían invitado. Ya no teníamos dinero y tampoco ganas de fumar, pero solíamos hacerlo con tanta frecuencia que era fácil asumir que había que fumar cuando no se nos ocurría qué más hacer. Era un imperativo, una orden que seguíamos, dóciles, idiotas y satisfechos de tener una misión. Decididos a no volver a robar en las tiendas, buscábamos algún cigarro a medio fumar, por el suelo. No tuvimos éxito durante varias calles.

De repente, vimos a aquel hombre tirado, inconsciente. Tenía parte de la espalda y la cabeza recostada en la pared, en una terrible posición para respirar. No lo conocíamos. El hombre llevaba un traje negro, parecía elegante. Un hombre elegante venido a menos por gracia del alcohol. Francisco y yo lo vimos con

curiosidad, sabiendo lo que queríamos obtener de él. Yo pensé que era un abogado, quizás. Tenía las manos sucias de tierra, pero se notaba que eran manos que solo tecleaban y elaboraban documentos rápidamente olvidables. Asumí que no era un hombre que hiciera trabajos físicos. Llevaba un reloj, tal vez de oro, pero eso no nos importaba, solo conseguir tabaco.

Y allí estaba, como un milagro, asomando por el bolsillo de su saco, una cajetilla indudablemente refinada. Francisco se aproximó de inmediato ante el anuncio de mi descubrimiento. Se acercó, con extremo cuidado, como si lo que asomaba del bolsillo fuera un gatito hambriento y furibundo, terriblemente hermoso. Una vez que se hizo con el botín, lo abrió. Solo había cinco. Qué más daba, no podíamos enojarnos con aquel hombre. Nosotros no éramos violentos y toda agresión que pudiéramos cometer solo podía explicarse como un juego. Lo digo porque Francisco le pegó una patada en el muslo y yo como que hice lo mismo en sus costillas y nos fuimos corriendo. En el camino me sentí un imbécil, pero no podía devolverle los cigarros ni mucho menos disculparme para aplacar esa sensación, solo pensar en que no lo volvería a hacer nunca más, que esos serían los últimos cigarros que robaba. He cumplido esa promesa.

Después, me pareció ver a ese hombre por alguna calle, varias veces, y cada vez que sucedía, intentaba mirarle a los ojos y saludarle con mucho respeto y amabilidad. Solo así sentía que me eximía de mi idiotez. Seguramente ese hombre a quién saludaba intentaba recordar de qué lo conocía y luego olvidaba el asunto, diciéndose que probablemente de alguna borrachera.

Ahora me gustaría donar mi cajetilla a algún hombre necesitado. Para redimirme y, de paso, librarme del vicio. Pero no encuentro a nadie. A ratos, pasan por mis costados personas con aspecto decente, en ningún caso fumadoras. Señoras murmurando y lanzando risitas, como amables roedores, adolescentes embebidos en sus móviles, niños, con sus enormes mochilas, regresando a casa, seguramente.

Si no lo hago ahora, me llevaré la cajetilla a casa, estoy convencido, y retomaré el hábito de fumar cada vez que crea estar pensando en cosas profundas, sintiéndome genial, matándome poco a poco. Por eso, me arranco la cajetilla del bolsillo, la aprieto con una rabia infantil y la tiro en el primer tacho de basura que encuentro, en la esquina de una calle desolada. Escucho el ruido blando que hace al chocar con los demás desechos. Estoy ansioso y contento, aliviado. Pienso que, en todo caso, los cigarrillos han ido a parar a esa dimensión incognoscible, donde ahora se encuentra Francisco.

5

Tenía que ponerme a escribir la novela. Empezarla, por lo menos. Hasta el momento solo había fantaseado con hacerlo y me gustaba. Imaginaba que ya la tenía terminada ¿Y, ahora qué? Publicarla, supongo. Encontrar a un editor lo suficientemente sensible con mi sensibilidad, abierto a leer mis ideas. Lo hallaba rápido, en mis devaneos. El libro publicado y una sensación de calma y satisfacción extendiéndose por mi cuerpo y durando lo suficiente. Después, imaginaba que el libro era olvidado y que yo seguía con mi vida, cumpliendo esa especie de promesa que iba formando y haciéndole a Francisco: No escribir más, ninguna novela. Desaparecer del ruido del mundo. «*Say no more*», como dijo Charly.

Pero tenía que empezar, maldita sea. De alguna manera, agradecía la amenazante sensación de terrible fracaso que saltaría sobre mí en caso de no lograrlo. La muerte de Francisco había cambiado las cosas: Ya no podía tomar un fracaso más en broma. Aunque la verdad, aún seguía sin importarme demasiado. Había algo en mí que me hacía suponer que resistiría cualquier embate, cualquier derrota. Pero esa resistencia me presentaría como un impostor frente al mundo, a los demás. Tenía que dolerme, lo sabía, para ser un tipo normal entre tanta gente. De modo que, cuando pensaba en escribir, me decía que tenía que conseguir esa novela, a cualquier precio, porque, si no, tendría que asumir el papel de quien sufre al no conseguir lo deseado y esa idea no me agradaba. Fingir dolor era peor que padecerlo realmente. No quería ser un farsante y eso constituía un buen motivo para convencerme de empezar.

6

Francisco y yo preferíamos no hablar de nuestros trabajos y tampoco quiero hacerlo en la novela. Ciertamente, había que ganarse la vida, lo sabíamos a la perfección, pero considerábamos que era obsceno comentar lo que hacíamos casi a la fuerza en vez de tocar temas más importantes como nuestros deseos de ser músico y escritor, respectivamente.

Había algo que no nos cuadraba en el asunto de ser adultos. «¿Cómo rayos sucedió?», solíamos preguntarnos. Es algo que nos costó asumir, fue casi traumático. En realidad, hacía poco menos de dos años que empezábamos a manejar el asunto. De hecho, ambos habíamos estudiado alguna carrera universitaria, sin

darle demasiada importancia, sin el ímpetu de eso que la mayoría llama "vocación", por inercia y por si acaso. Tontos no éramos, sino que teníamos otros intereses. Si antes parábamos sin dinero, era justamente porque nuestras profesiones no nos parecían coherentes con nuestros anhelos y esa suerte de desprecio hacia esa parte de nosotros, nuestros oficios, nos hacía llevar el desempleo con una extraña dignidad que, además, nos era fácil elogiar y legitimar en nuestras prolongadas conversaciones.

El mundo no nos gustaba y no dejaría de desagradarnos si tuviéramos dinero en los bolsillos, por más que ese fuera el mensaje que todo el mundo nos procuraba transmitir en todas partes y en todo momento. Por eso preferíamos llamarnos "Agentes secretos" cuando alguien nos preguntaba a qué nos dedicábamos. Aunque, ciertamente, no eran muchas las personas que tenían esa curiosidad. Es así como me presentaré en la novela: «Soy un agente secreto o un detective, si se quiere». No pienso hablar más sobre mi oficio porque supondría una deslealtad conmigo mismo.

Cuando acudo a mi trabajo me pongo un disfraz. Adopto el discurso que impera, para no levantar sospechas. Aunque no sé muy bien cuál es mi función, me empeño en realizarlo con eficacia. «Producir es mi consigna», digo, con mucha facilidad, porque tengo que decirlo. Los agentes secretos o detectives sabemos que estamos actuando y que, en nuestro interior, por decirlo de alguna manera, aún yace una voz, grave y elegante, que nos dice: «Tranquilo, muchacho, todo está bajo control».

En mi interior, esa voz repite que en realidad soy un escritor. Es una voz paciente y comprensiva que me da confianza para usar cualquier disfraz que deba ponerme. Incluso a veces expreso públicamente que me dedico a escribir y siento que estoy diciendo la verdad y mintiendo a la vez. Es decir, que me estoy disfrazando de mí mismo.

Pero ya que estoy, puedo decir que en verdad me gusta mi trabajo, no por su naturaleza sino por lo que puedo hacer allí: Simular. Me gusta pensar que todos hacen lo mismo. De hecho, de eso se trata ser adulto. Cuando somos niños, no nos damos cuenta de que lo que nos enseñan en todas partes es a ser de cierta manera. No se puede hablar de ser uno mismo cuando todo lo que somos ha sido moldeado por los que ya han sido moldeados. Adultos que fueron niños, siempre. Eso nos parecía ridículo, el colmo del patetismo.

Pero, ahora que lo pienso, ya solo, con Francisco desaparecido, me asusto un poco al repasar estas ideas. Sé que son controvertidas y que, si algunos lo

piensan, mantienen esas certezas relegadas a su soledad. No es posible constituir una comunidad de renegados del mundo. Francisco era mi socio en el trajín de elaborar pensamientos polémicos, no teníamos miedo de despreciar al mundo y, como ya señalé, tampoco es que nos sintiéramos mal despreciándonos a nosotros mismos. Sabíamos que no había salida y saberlo era la gloria.

7

Aún no sé cómo empezar la novela. Ya fui al cementerio en busca de ideas. Las últimas veces ya no fumé. Al menos esa es una pequeña victoria, pero no conseguí nada. No creo necesario contarlo todo sobre nuestra amistad, sino solo algunas cosas puntuales. Pero esas cosas aún son borrosas para mí, al menos cuando intento escribirlas.

He pensado ir a la casa de Francisco, conversar con Patricia, su madre, y averiguar algo que pueda despertar mi imaginación, pero tal vez aquello sea inoportuno u oportunista. Pienso que Patricia me puede reclamar y acaso señalar como el culpable de la muerte de su hijo. Después de todo, yo era su único amigo y no supe darme cuenta ni hacer nada frente a esos cambios. Tal vez necesite a alguien por quién sentir odio debido a la gran injusticia que supone la muerte de un hijo. La vida parece tan intocable que no siempre se es capaz de odiarla ni despreciarla directamente y sin reserva. Cuando es casi una obligación sentir agradecimiento, renegar de ella parece mostrarnos más miserables e indignos de existir, sea lo que signifique aquello.

Creo que es lo primero que Patricia haría: Evidenciar mi ineptitud como amigo. Y, la verdad, estaría dispuesto a asumirlo. No siento culpa, acaso una sensación de extrañamiento que no se distingue demasiado del inconformismo que Francisco y yo celebrábamos sentir pero que ahora siento solo, profundamente consciente de experimentarlo así: Como una turbia, estricta soledad que, de alguna manera, termina de extraerme del mundo, que define mi silueta como una pieza que nunca encajará con lo demás, haga lo que haga. No siento culpa ni estoy asustado sino, tal vez, algo incómodo, porque siento que puedo hacer más, ya no por encajar sino por distinguirme definitivamente del mundo y de lo que este implica, pero en cuanto lo pienso, sospecho que Francisco siguió el mismo razonamiento que lo condujo directamente al suicidio. Y por eso mi incomodidad, porque me siento inmerso en una situación paradójica: No puedo sentir-

me cómodo en este mundo, pero tampoco puedo desligarme totalmente de él. Pero ese no es asunto de Patricia, de modo que podría odiarme libremente, si quisiera. Es lo más probable. ¿Qué haría en ese caso? Después de gritarme, ¿me golpearía? ¿Y luego? ¿Caería, agotada y sollozando, a mis brazos? ¿Sería capaz de consolarla? Desde luego, pero ¿cómo? ¿qué le diría? No quisiera decirle lo que se suele decir. Odio los *clichés*, por eso paso la mayor parte del tiempo callado. Tal vez le diría eso: «Francisco y yo odiábamos los clichés, Patricia. No sabes cómo detestábamos eso, pero en vez de enojarnos nos reíamos. Francisco se reía estupendamente, era demasiado sofisticado para este mundo». ¿Pero, a qué madre le gustaría escuchar eso sobre un hijo muerto? En todo caso, me quedaría en silencio por un largo tiempo y luego cedería a los lugares comunes, pretendería abrazarla. Por alguna razón me gusta mi torpeza al momento de intentar algún gesto de afecto. Iría despacio, la rodearía con mis brazos y, si tuviera ganas de llorar, haría todo lo posible por contener el llanto, recordando lo que Francisco me había dicho: A lo mejor la gente no necesita ser acompañado en el llanto sino sostenido por un rostro sereno que le diga las cosas que nadie se atreve a decir porque el mundo está regido por convenciones que funcionan como un muro más allá del cual nada puede o debe suceder.

La posibilidad de que esa escena ocurra me detiene. En todas las situaciones que imagino, veo a Patricia en contra mía, reprochándome. En una me reclama inmediatamente y en otra comienza siendo amable, pero parece no poder contener la rabia y se me abalanza e incluso me avienta cosas. Hasta imaginé que intentaba asesinarme. No me gusta porque no sé bien cómo resolverlo. En cuanto me planteo situaciones tensas, me siento ansioso y regreso, apresurado, a la realidad, aliviado de que solo sea un ejercicio de imaginación, pero después me siento estúpido y sigo preguntándome cómo reaccionaría si acaso ocurriera en serio.

Tal vez en un par de semanas aquellas sórdidas hipótesis se desvanezcan y sean reemplazadas por otras más soportables y, quizás, amenas. No lo creo imposible. Puede pasar, estoy seguro. Lo sé porque Patricia llegó a tenerme aprecio aún después de toda una racha de comportamientos inadmisibles y vergonzosos. Yo llegué ebrio, junto a Francisco, a su casa, y vomité en su sofá. Yo rompí su televisor y solo me aceptó la mitad del dinero para reponerlo. Dormí algunos días en ese sofá que, a partir de aquel momento, me pareció que olía a mi putrefacción y siempre me sentía avergonzado de estar en él. Sé que Patricia pensó que era yo el que influía negativamente en Francisco, el que lo llevaba a La Caja

a embriagarnos sin razón alguna, como dos tarados, en vez de estar trabajando y planeando conseguir una casa, una pareja y tener hijos. Era yo quién lo alentaba a seguir ese absurdo deseo de ser artista en lugar de proponerle constituir algo que valiera realmente la pena. Recuerdo la vez que Francisco me contó que le había dicho «Ricardo es escritor» y ella había respondido, indudablemente lúcida «Qué mierda va a escribir ese vago». Nos reímos mucho, pero en el fondo sentí un poco de resentimiento y temor porque tuviera razón.

Ese fue el periodo tenebroso de nuestras vidas, en donde no es que estuviéramos perdidos, sino que chapoteábamos en el caldo fluorescente de nuestra insatisfecha inteligencia, aprendiendo a nadar. Cuando aquello hubo pasado, Patricia supo recibirnos. Supo admitirme en su hogar, sin rencor, sin hacerme reproches, salvo tímidas y breves referencias al pasado con un propósito edificante. No era tan difícil mostrarse arrepentido frente a ella y, aunque tenía la impresión de que no me comprendía del todo, aprendí a decirle algunas cosas.

Supongo que solo es cuestión de tiempo para que mis paranoicas elucubraciones me resulten irrelevantes y me atreva a visitarla. Quiero que suceda pronto. Aunque suene patético, necesito que esa novela exista.

8

Son las 6 pm. Me dispongo a salir del trabajo. Hoy entregué un informe que me costó mucho cuadrar. Estoy cansado y supongo que me echaré a dormir ni bien llegue a casa. Pienso en el trabajo y en cómo abarca gran parte de mi tiempo. Es curioso, como una anestesia. Quiero decir, sucede casi sin darme cuenta. No pienso «Estoy trabajando» sino que lo hago, simplemente, y ya transcurrieron las horas y los días. Hasta he olvidado mi necesidad de escribir la novela. La idea fue desplazándose hacia atrás, a una zona oscura donde supongo van las cosas que se vuelven intrascendentes. Pero consigo rescatarla, para bien o para mal. Creo que, después de todo, aún es agradable pensar que puedo escribir algo y, por tanto, ser escritor. A veces lo siento como una urgencia, como un compromiso impostergable y otras simplemente lo veo como algo que ya no tiene caso arreglar o retomar e incluso siento un alivio al pensar que ese deseo desaparece, sin más. Tal vez deba admitir que soy un cínico y que si las cosas me importan es porque estoy jugando a que me importen. Pero hay otras ocasiones en las que siento que escribir es lo único que puede darle sentido a mi existencia. Aquello pasa cuando me siento solo. Percibo un silencio testarudo, angustiante, que me

taladra el pecho y siento que mi visión se agudiza y puedo ver, no sé, los detalles de la superficie de las cosas, sus texturas, sus grietas y accidentes y tengo la sensación de que esa capacidad me exige decir algo al respecto. Así siento la soledad: Es un deseo de decir cosas, de hablar, de hablarme, o sea, de pensar.

Estaba concentrado en echarle llave a mi oficina cuando escuché una voz detrás de mí:

—Y, Saavedra, ¿adónde vas?

Di un salto imperceptible por la sorpresa. Reconocí la voz al instante: Era Oviedo, mi jefe. Di la vuelta, rápido, y le miré a los ojos.

—A casa, señor. Estoy agotado —respondo.

Con Oviedo me sucede algo extraño. Aún le digo "Señor" y no puedo hacer ningún avance en ello. Quiero decir, siempre que conozco a una persona, en el contexto del trabajo, empiezo por llamarlo por la etiqueta de su oficio, o sea, licenciado, magíster, doctor, y voy tanteando otras maneras de nombrarle. Entonces, prosigo por los apellidos: Torre, Briceño, Ramírez. Cuando percibo que a mi interlocutor no le importa ese ligero cambio, intento un progreso y lo llamo por su nombre y, si la cosa funciona, me atrevo con algún apodo. Me ha funcionado la mayoría de las veces. Hay personas que detestan ser llamadas por su nombre y parecen regocijarse cuando se refieren a ellas con el título del cargo que ocupan o la disciplina en la que son especialistas. «Es curioso y ridículo», pienso, pero las cosas son así. En este trabajo he logrado conquistar a casi todos mis colegas. A algunos los llamo por sus nombres y a unos pocos por su apodo. Pero a Oviedo sigo diciéndole "Señor". Es mi jefe inmediato y asumo que esa es la gran barrera que se me hace infranqueable. Su figura también tiene algo que ver: Es más alto que yo, fornido, ligeramente calvo y usa un bigote bastante cuidado. No me intimida, sino que me inspira una solemnidad atroz que yo asumo es un respeto automático, irreflexivo e irracional. Oviedo ha de tener poco más de 50 años.

—¿No te animas a salir un rato? —me dice, arqueando las cejas y sonriendo levemente, como si se le hubiera ocurrido una idea brillante.

—Uhm, ¿A dónde se le ocurre? —digo. Me siento extraño. Es la primera vez que tenemos una conversación de este tenor, aparentemente amistoso.

—Tu informe fue excelente, creo que mereces relajarte —espeta, ignorando mi pregunta.

—Gracias, señor —respondo y pienso «Claro que es excelente, Oviedo. Cómo no va a ser».

—Anda, vamos, te llevo. Un par de cervezas. Qué dices —ahora sonríe y muestra los dientes. Son delgados y largos, suavemente amarillos, como los de un roedor, se me ocurre, un roedor gigante.

—Uhm, claro —digo. Oviedo me ha hecho cambiar de opinión al instante. Si bien estoy agotado y me gustaría dormir, no estaría mal beber algunas cervezas. Recuerdo el efecto que produce en mí: Una sensación de ligereza y osadía que me envuelve como una piel resistente. Me ayuda a pensar mejor.

Subimos a su camioneta, blanca y reluciente. Tiene los asientos extremadamente cómodos. Llego a sentirme un poco intimidado. «Demasiada sofisticación», pienso. Me da la impresión de que tengo que tener pensamientos elegantes y puros, políticamente correctos, y eso me aburre un poco, pero no deja de tener cierta gracia. Me río ligeramente, como si estuviera nervioso. Oviedo siempre está orgulloso de las cosas que adquiere. Lo sé por las conversaciones que llego a oír en los pasillos del edificio en el que trabajamos. Todos asienten ante sus afirmaciones grandilocuentes sobre lo inteligente que es comprar e invertir en artículos como ese: Una camioneta, un apartamento, cualquier cosa. Yo escucho todo eso como si se tratara de otro idioma, o muy avanzado o demasiado primitivo. En todo caso, es cuando más siento que no encajo en el mundo y aquella sensación tiene algo de extrañamente reconfortante a la vez que me siento un poco más solo. Pienso en las cosas que no me interesa conseguir, me pregunto para qué me servirían realmente. Entonces, sé que me aparto de ellos porque, por alguna razón, no llegan a interesarme lo suficiente como para intentar comulgar con sus convicciones.

Hacemos el camino en silencio. Oviedo suspira de vez en cuando. Percibo que quiere decirme algo pero que no se le ocurre nada. Lo mismo sucede conmigo. Podríamos hablar del informe que remití a su despacho, pero no me apetece. En todo caso podría decirle «Oviedo, me pasé lo últimos días preparando ese maldito informe en vez de empezar mi novela. ¿Qué está pasando?». Me parece que eso sería mucho más interesante que hablar sobre el informe, descartable, a fin de cuentas. Pero tal vez sería ofensivo para él. Pienso que las mejores conversaciones surgen a partir de una declaración radical que hace tambalear los temas convencionales. En eso estábamos de acuerdo Francisco y yo. Es como si me resistiera a leer un guion que alguien ha escrito específicamente para mí, dejando que un tenso silencio gobierne el escenario, dando a entender que algo en esta obra de teatro anda mal.

Me distraigo en esos pensamientos. Oviedo bosteza, aburrido. Es proba-

ble que esté arrepentido de haberme invitado. Posiblemente piense «Teniendo tantos empleados, se me ocurre hablarle a este idiota». Me divierte imaginar que piensa eso. Yo, a mi vez, divago «Oviedo, si pudiera hablar contigo sobre los temas que realmente importan». Me siento arrogante, me gusta. También bostezo.

Llegamos a un bar al que nunca se me habría ocurrido entrar. Tiene el mismo aspecto elegante qua la camioneta de Oviedo. «Es coherente», pienso. Ingresamos. El lugar es amplio y está dominado por una tenue luz anaranjada que le confiere una atmósfera agradable, sutil. Hago un gesto que da a entender que no me parece nada mal. Oviedo mueve la cabeza afirmativamente, complacido. Comienza a agradarme. El barman, un hombre gordo, de gruesos bigotes, que viste una camisa blanca con delgadas líneas negras verticales y un pantalón marrón, le da la bienvenida efusivamente. Intercambian algunas palabras y ríen. Asumo que se dicen cosas graciosas. La verdad, también me parecerían divertidas si me esforzara un poco en comprender el sentido, pero estoy en mi hora *arrogante*. Mantengo una seriedad pulcra, como si fuera intocable o invisible. Oviedo no le habla de mí y yo pienso que está bien, aunque en el fondo andaba preparándome para decir algo a modo de saludo. Solo le lanzo una mirada, asintiendo con amabilidad, y subimos al segundo piso. Este es aún más distinguido. Me parece mejor decorado: Hay fotografías de artistas que cuelgan de las paredes. Cantantes de cumbia y música folclórica, algún que otro rockero. Me hace gracia. En las esquinas superiores del recinto, unos parlantes negros, de tamaño mediano, descansan sobre repisas de madera de las que penden, además, unas estampas religiosas, acompañadas de algo que no sé distinguir bien qué es, pero que parecen alargadas hojas secas de alguna planta exótica. Las sillas y las mesas son de una madera bastante lisa, tanto que me parecen de porcelana. El local aún está vacío. Nos sentamos al fondo, en una esquina. Sobre nosotros, en uno de los parlantes, suena una cumbia selvática. Me gusta. Oviedo llama a una moza que está por allí, limpiando. Pide tres cervezas. La chica anota el pedido en un bloc, asiente y se va. Yo tamborileo con los dedos sobre la mesa, siguiendo el ritmo de la canción. Oviedo me mira como si fuera un hijo suyo retrasado. Esa es mi impresión.

—Y, ¿qué tal? —me dice, algo urgido de diálogo.

—Todo bien, señor. ¿Cómo va usted? —respondo, en automático. No soy tan bueno al principio.

—Uhm, ahí, un poco presionado por el trabajo —dice, viendo si la chica se apresura con el pedido.

—Claro, comprendo. Yo también, la verdad. Pero, qué se puede hacer —suspiro, con un impostado aire de lamento.

—Saavedra, ¿A ti te gusta el trabajo? —dice, aproximando el rostro hacia mí, bajando la voz, como si temiera una indiscreción.

—Claro, señor, cómo no. Es un buen lugar —respondo.

—Uhm, me perdonarás, pero me parece que no. No niego que haces una excelente labor, pero me da la impresión de que en realidad no te gusta. Por lo general, siempre estás callado, no dices nada, como si te molestara estar allí. Y, sin embargo, haces un buen trabajo, eres bueno en tu oficio —dice.

—Gracias, señor —respondo, atendiendo solo a la última parte. Cuando me dice aquello me siento verdaderamente aliviado. Me gusta que la gente perciba ese tipo de cosas. Es un buen punto de partida para decir algo más—. Verá, uhm, ¿puedo llamarle "Oviedo"? —solicito, algo inseguro.

—Tú dime Tomás, carajo —dice y ríe, echándose atrás, algo inquieto por la demora de la chica. También me río. Me siento más tranquilo, más cómodo. "Tomás", claro, así se llama Oviedo.

La chica llega con el pedido: Las cervezas y un par de vasos, sobre una bandeja. Traslada todo aquello a la mesa, abre las botellas y se va, con un gesto de forzada amabilidad en el rostro. Oviedo vierte el contenido en los vasos, me acerca uno. Yo asiento y bebo un sorbo.

—Anda, dime, ¿qué es lo que pasa? —siento a Oviedo como el padre que necesita brindar un atisbo de sensatez al hijo confundido. Me tomo un tiempo para ordenar las ideas.

—Uhm, verá señ…Tomás. Me gusta el trabajo, lo disfruto a mi manera, pero tengo la impresión de que sería más feliz haciendo otra cosa —respondo, con parsimonia.

—¿Qué cosa? —dice. Parece enfadado, pero sus ojos exhiben una curiosidad honesta que me tranquiliza.

—Bueno, no sé, es decir, si me dieran a elegir entre trabajar o quedarme en casa, acostado en mi cama y leyendo, preferiría lo segundo —digo, teniendo la impresión de que es una estupidez.

—Ah, carajo, eres un vago —ríe, tomando toda la cerveza de su vaso y sirviéndose más. Yo me río y lo secundo.

—La verdad, sí, Tomás —confirmo —. Soy un vago, ja, ja.

—Ja, ja, pero haces un buen trabajo, muchacho. No entiendo por qué no te gusta —responde.

—Puedo hacer cualquier cosa bien, la verdad —digo, sonriendo con un tono presumido.

—Ah, encima te haces el *sobrado* —ríe otra vez y toma otro gran sorbo.

—Ja, ja, un poco. Pero, si estoy en la empresa doy lo mejor de mí. Tengo un claro sentido del compromiso, obviamente —expreso, para tranquilizarlo.

—Eso sí, Saavedra. El día que te falte eso, te despido sin dudar y ahí sí podrás estar tirado en tu cama leyendo todo lo que quieras —lanza una carcajada malévola.

—Desde luego.

—A propósito, ¿qué cosas lees, ah?

Por un momento estuve tentado de decirle que leía novelas, que deseaba ser escritor, pero desistí porque se me hacía demasiado cursi.

—Bueno, me gusta la filosofía. Leo sobre eso —esbozo una sonrisa de autosuficiencia.

—Ah, está bien —arquea las cejas y curva los labios en un gesto de aprobación.

—Sí, esas cosas —respondo, ahora simulando modestia.

—¿Y, quién es tu filósofo favorito? —me dirige una mirada seria, incisiva.

—¿Perdón? —digo, sorprendido. Me siento acorralado. Es cierto, si leo filosofía, debería saber sobre los filósofos y sus sistemas y yo no sé de aquello porque los leo desordenada e indisciplinadamente.

—¿A quiénes lees? ¿Quién te convence más? —dice.

—Uhm, verás, no soy un lector dedicado, ciertamente —replico, con un tono de disculpa.

—Ah, ya —dice, evidentemente decepcionado.

—Uhm, me interesa Diógenes de Sinope —digo por decir algo.

—¡Ah! ¡El Perro¡ —exclama, complacido. Me sorprende que sepa de él. Oviedo parece serlo todo, menos un lector de filosofía. Pienso que lo he subestimado.

—Claro, él. Me gusta su estilo de vida —digo, como un niño que habla sobre su héroe de cómic favorito.

—¿Y quisieras tener una vida así? —me mira con un gracioso aire de condescendencia.

—Claro, si fuera posible —respondo.

—No seas malo pues, Saavedra. ¿Cómo va a ser posible? —lanza una carcajada, satisfecho —. Si hicieras lo que Diógenes hizo estarías en la cárcel, serías un apestado. No tendrías oportunidad en este mundo.

—Lo sé, Tomás —sonrío con un dejo de tristeza.

—Pero, no negarás que la vida moderna tiene sus ventajas, ah. Puedes hacer tus huevadas, pero siempre lejos de la vista de los demás. Hay que cuidar la imagen —dice con una cadencia dramática.

—Eso sí.

—Bueno, es lo que toca, muchacho. Ni mejor ni peor, cada quién va forjando su forma de vida.

—Tienes razón.

—Claro. Yo también leía filosofía en mi juventud. A ver si me acuerdo —dirige la mirada hacia el techo —: Uhm… Nietzsche, Schopenhauer, Camus, Sartre, ¿Quién más?, a ver, uhm…Sócrates, claro y Platón, ¿qué me dices de él?

Percibo que intenta evaluar lo que sé y aquello me incomoda. Quiero decirle que no leo para que me anden preguntando qué entendí sobre una u otra cosa.

—No mucho, la verdad. No lo he leído tanto.

—Ah, Saavedra, me parece que duermes más de lo que lees —lanza una risita burlona y bebe su cerveza.

—A lo mejor. Cuando los leo no me concentro demasiado en captar exactamente lo que quieren decir, sino busco experimentar cierta sensación —digo, sintiendo que me desvío del tema.

—¿Qué sensación?

—La sensación de estar *vivo*. De que me hago preguntas y busco respuestas. Eso: Busco respuestas —replico, por fin resuelto.

—Ayayay, Saavedra resultó todo un filósofo —dice con los ojos brillantes. La situación me hace gracia. Evidentemente, Oviedo empieza a embriagarse. Yo también.

—Ja, ja…un poco —respondo, satisfecho.

—Y dime, Saavedra, ¿Qué harás cuando halles la respuesta? —me mira, desafiante —. ¿Serás feliz?

—Uhm, creo que la respuesta dará lugar a otra pregunta —digo.

—Y esa pregunta a otra respuesta y luego otra vez, la pregunta —asiente, curvando los labios en un gesto despectivo.

—De hecho, sí. Supongo que así funciona eso: Preguntas y respuestas, en un ciclo continuo.

—¿No te parece jodido eso? —dice, sirviéndose el resto de cerveza.

—Uhm, no. Creo que no —replico.

—A mí sí, Saavedra. Mira, déjame contarte: Cuando era joven… Eh, ¿cuántos años tienes?

—Veintisiete.

—Ya. Más o menos por ahí, también me hice las mismas preguntas que tú y busqué, busqué mucho, y encontré algunas cosas. La *verdad* es jodida, Saavedra. Si cavas y sigues cavando, algo encontrarás, pero no te va a gustar, te lo aseguro. Si piensas demasiado, terminas decepcionándote de la vida y eso es una mierda —Oviedo me parece más grande, como si se hubiera hinchado. Está ofuscado, pero no molesto, lo sé, sino embotado por el alcohol. Se fija que las cervezas terminaron y busca a la moza con la mirada —. Un par de *chelas* más ¿no?

Reviso la hora en mi celular: 8:15 pm. Es temprano. Afirmo. La chica responde a su llamado, toma el pedido y se marcha apresurada.

—¿En qué estaba? Ah, la *verdad* —me mira con aire de superioridad.

—Vaya —digo, porque no se me ocurre decir otra cosa.

—Te recomiendo que leas lo suficiente para tener una vida tranquila, sin demasiadas complicaciones. Las preguntas necesarias y las respuestas…uhm… normales pues. Deja esos laberintos verbales a esos tipos aburridos que no saben tener una vida como la de los demás. Te lo digo por experiencia. La vida es más simple cuando no le das tantas vueltas —hace un gesto como si hubiera dicho algo profundamente sabio. A mí me parece una estupidez, pero solo asiento.

Cuando Oviedo dice que buscó mucho me siento impresionado. «Qué loco», pienso, «quién lo diría». Pero luego me suelta aquello de que la vida es más sencilla si no le das tantas vueltas. Me dan ganas de reír, de refutar sus afirmaciones, pero me embarga lo de siempre: La sensación de que lo que voy a decir es demasiado brutal, tan violento que terminaré por espantarlo, dejarlo mudo, bebiendo rápido su cerveza y diciendo que se tiene que ir. Entonces, me callo. Pierdo la mirada en las paredes y las fotografías que cuelgan de ellas. Sonrío un poco cuando coincido con sus ojos. Él ha de estar pensando que me ha dado una gran lección de vida y eso me hace gracia. Quiero decir, ya hablábamos sobre esto con Francisco: La gente que cree tener la vida resuelta tiene esa manía de decirte cómo pensar y cómo hacer las cosas. Seguro son bienintencionados, no digo que no, pero sus consejos no me cuadran, me parecen demasiado simples e ingenuos. Me aburre un poco y me molesta no poder decirle lo que realmente quiero, pero actuar como Diógenes, el Perro, haría que termine en la cárcel, como dijo Oviedo, o perdiendo mi trabajo. «Siempre la estúpida y perversa

obligación de agradar», pienso y tramito una risa amarga que se me enreda en las tripas. Pero no estoy molesto, digo, ya no lo estoy. ¿Por qué habría de estarlo? A lo mejor debería encontrar una forma amable de decirle que no puedo estar de acuerdo con él, que pienso que hay que darle todas las vueltas posibles a la vida, que no hay nada más genial que divagar en torno a lo que significa existir y que si se me va la vida en ello, no tendría por qué sentir que la he desperdiciado. Después de todo, ¿qué criterio se emplea para decidir que una vida ha sido bien vivida o no? ¿Quién impuso ese criterio, esa regla, ese parámetro?

La moza trae las cervezas. Las pone sobre la mesa y las destapa. Recoge las botellas vacías y se va. Intento ver su rostro, pero hace las cosas de tal modo, con tanta prisa, que fracaso.

—Así son las cosas, Saavedra —suspira y se acaricia el vientre abultado.

—Así es la vida —digo, impostando la voz. Oviedo echa una risa. Está satisfecho, se le nota. Sirve las cervezas.

—¡Salud¡

—¡Salud!

Se hace un silencio entre nosotros. Agradezco la música de fondo, es menos incómodo así. Me sabe mal no poder proseguir con nuestra interesante conversación sobre filosofía, pero Oviedo le puso un contundente punto final con eso de no darle tantas vueltas. Si insisto en ello quedaré como un imbécil. Él siempre dirá lo mismo y siempre tendrá razón. Tiene una especie de autoridad sobre el tema, hay algo que se la otorga. Será la edad, el hecho de que es mi jefe o su afirmación "Yo también me hacía esas preguntas", como si conociera perfectamente el camino y pudiera decir, con absoluta certeza, de que lo que encontró allí no es de gran utilidad.

Supongo que tengo que hablar sobre algo.

—¿Tienes hijos, Tomás?

—Dos —dice, recorriendo el lugar con la mirada. Es extraño, pero no sube nadie.

—Ah…Y, ¿qué hacen? —pregunto, intento no aburrirme.

—Estudian. Ambos están en la universidad. Uno ya termina, la otra recién empieza.

—¿Qué estudia ella? —digo. Tengo una natural curiosidad por las mujeres más que por los varones.

—Psicología —dice y se sirve otro vaso. Yo apenas le doy un sorbo al mío.

—Interesante —murmuro, solemne.

—Supongo que sí.

—Me da la impresión de que no te gusta —indago.

—No tanto, Saavedra. La psicología siempre me pareció una cosa inútil, pura palabrería —dice.

—No sé, Tomás. Tal vez no deberías subestimarla.

—Además, mi hija es un poco…cómo decirlo…inestable. No la veo como psicóloga, la verdad. Está un poco perdida.

—¿Qué edad tiene?

—Dieciocho.

—A esa edad todos estamos medio perdidos, ¿no te parece?

—Sí, pero no tanto. Verás, sale con un idiota —dice. La expresión de su rostro me recuerda a la de un cachorro regañado. Me hace gracia.

—Vaya, ¿es un filósofo? —digo.

—No bromees con eso, Saavedra. En verdad es un idiota, un inútil. Hasta creo que es un drogadicto —se queja, visiblemente afectado.

—Bueno, tiene dieciocho años. Seguramente no será un amor definitivo. Déjala experimentar, ya conocerá a alguien mejor —«Ya me conocerá», pienso y río por dentro.

—Dios te oiga, Saavedra. Es que no lo soporto. Menudo imbécil. La verdad es que no comprendo cómo puede gustarle…en fin.

—¿Cómo se llama? —me gana la curiosidad.

—Para qué decírtelo —alza los hombros como un niño resentido.

—Digo, ¿Cómo se llama tu hija?

—Ah, Andrea.

—Bonito nombre.

—Andrea Oviedo. Suena bien, ¿verdad? —sonríe tímidamente. Me alegra que recobre el ánimo.

—Suena muy bien, Tomás.

—Espero que algún día encuentre a un hombre decente. Decente e inteligente —dice. Mi rostro adquiere una involuntaria expresión de esperanza –decente, inteligente y con las cosas claras —añade. Yo me río, servicial.

De pronto, saca su celular, entra a la galería y selecciona una foto. Me la muestra.

—Es ella —dice, con orgullo enternecedor.

La veo. Es hermosa. Tiene el pelo castaño y lleva un cerquillo que le cubre las cejas. Sonríe, usa brackets. Su mirada me transmite calma, es dulce y delica-

da. No entiendo por qué me la muestra. Ahora fantaseo. Yo sería un buen tipo con ella. Incluso me esforzaría por tener las cosas claras de inmediato. Si fuera un filósofo, lo sería muy de vez en cuando. Procuraría no molestarla con mis preguntas y ya no le daría tantas vueltas a cualquier asunto. «Demonios, Tomás, tiene que terminar con ese imbécil», pienso.

—Es guapa. Me da la impresión de que madurará pronto —digo, conteniendo la emoción de haber visto algo realmente conmovedor. El alcohol me pone así.

—Eso espero, Saavedra —responde y guarda su teléfono.

Otro largo silencio. Me siento agotado, amodorrado. Oviedo suelta un eructo leve y se recuesta en la silla, como un gran sapo insatisfecho, con la mirada perdida en las botellas ya vacías. Yo sigo dándole cuerda a la imaginación. Pienso en cómo me sentiría si Oviedo fuera mi suegro y en si acaso valdría la pena dejar de hacerse preguntas siempre que Andrea estuviera conmigo. «Pero no es tan simple», concluyo. Soy consciente de que, automáticamente, le he conferido las cualidades que me fascinan y que por eso la deseo, más allá de su atractivo físico. Aún retengo su imagen y me pregunto cómo será realmente, cómo sonará su voz y cómo será cuando se enoja o está terriblemente triste. Esas cosas son interesantes. Tengo esa curiosidad y encuentro improbable que haya una manera de satisfacerla. Asumo que Oviedo está reconcentrado en sus pensamientos. Ahora me parece un idiota que ha perdido la lucidez de tanto quejarse. Yo he de parecerle una criatura igual, pero quizás algo más melancólica: Delgado y con unas gafas sucias y un incipiente bigote que crece mal. «Debería conocerla», pienso, «¿por qué no? Sería divertido».

—Bien, Saavedra. Ya es tarde —dice. Veo el celular: 9:30 pm.

—Es cierto, Tomás. Gracias por las cervezas. La próxima invito yo —replico.

—No te preocupes, muchacho —se levanta de la silla y se arregla el traje. Yo hago lo mismo.

—¿Qué harás este fin de semana? —dice.

—Iré a visitar a unos amigos —miento.

—Ah, ya.

—¿Y usted?

—Estaré con la familia, supongo —dice, con un leve aire de resignación.

—Comprendo —digo.

Echo una mirada a la mesa que ocupamos, al parlante sobre ella en donde ahora suena una canción criolla. Percibo que aún tengo ganas de beber y que no se me ocurre decírselo porque ya no tengo nada que decir. Pasa siempre que me pongo algo ebrio: Quiero más. Sé que es tonto, de modo que intento razonar conmigo. Esta vez me convenzo con relativa facilidad. Bajamos las escaleras. No sé por qué tarareo la canción, me parece que nunca antes la he escuchado. No me gusta, pero necesito hacer algo para matar el silencio. A Oviedo parece no importarle. Se acerca a la barra donde el barman está secando unos vasos con un trapo. Conversan brevemente y paga la cuenta. Ríen.

La noche es fría y oscura. No hay estrellas sino gruesas nubes que se aprietan, veo sus contornos con dificultad. La ciudad, iluminada por los postes, me parece húmeda, aunque no haya rastro de lluvia. Me siento helado. Tengo la cabeza pesada y vibrante. No pienso en nada, pero hay un rumor discreto que simula ser un flujo de ideas. En todo caso, son pensamientos que no me importan, simples percepciones de lo que me rodea: Los autos, veloces. Algunas personas cabizbajas. El ruido de todo eso, entremezclado, me da la impresión de que es artificial, como si fuera un audio pregrabado y reproducido infinitamente. Oviedo mira alrededor con aire satisfecho y cansado. Tal vez tenga esa psicodélica sensación de que todo depende de él, de que el mundo le pertenece. Yo la sentí alguna vez, pero ahora no puedo recrearla. Me resigno a ver la ciudad, gastada, ajena y levemente hostil. Oviedo me pregunta a dónde iré, si quiero que me lleve a casa. Le digo que me deje en la Plaza de Armas. Se me ha ocurrido una idea. Me dice que ya es tarde y que debería descansar, que no piense continuar la fiesta. Me cuesta reír un poco, pero solo puedo hacer eso. Tengo la lengua pastosa y una dificultad por pensar respuestas a preguntas que no quiero oír. Subimos a la camioneta. Me reconforta posar mi trasero en ese asiento grotescamente cómodo. Me recuesto como si fuera a emprender un largo viaje. Cierro los ojos, comienza a darme sueño. Pienso nuevamente en Andrea y en todas las mujeres que me han gustado y dejado de gustar inmediatamente, en el trabajo y en la posibilidad de renunciar para dedicarme a escribir, en la pobreza y la frustración, en la estúpida crueldad con que se mueve el mundo. Me estremezco, satisfecho. Me parece que las ideas que elaboro no influyen en mis sensaciones. Me siento escindido, mis pensamientos se enredan sobre mi cabeza, son una corona de espinas mal hecha que no significa nada, mi cuerpo es una especie de caverna en la que estoy por pura casualidad. Oviedo me dice que ya estamos en la Plaza. Abro

los ojos y bostezo. Le agradezco por las cervezas nuevamente y le deseo un buen fin de semana. Él hace lo mismo. Nos estrechamos la mano. Recojo mi delgado maletín del suelo y desciendo de la camioneta. Oviedo se marcha.

9

La idea que me ronda es esta: «Tengo que ir a la casa de Patricia».

La embriaguez me otorga un tipo particular de lucidez que también puedo llamar valentía. Hay cosas que no me importan, cosas que no me dan miedo. El adormecimiento del cuerpo es el letargo del alma. De todos modos, la paranoia fue amainando en los últimos días. La sospecha de ser culpado se fue desintegrando. Ya no tengo ideas al respecto y eso me alegra.

Veo la hora en el celular: 9:55 pm. Patricia ya debe estar durmiendo y no me importa molestarla. Incluso no me fastidia la idea de que se dé cuenta de que estoy ebrio. Estoy dispuesto a decirle lo que se me ocurra en un primer momento: «Patricia, necesito hablar contigo. Quiero que me des ideas para escribir la novela. Nada de homenajes, es más una cuestión personal». Tengo la boca seca. Compro una botella de agua mineral en una carreta. La bebo hasta la mitad. Me siento mejor. Subo a un taxi, doy la dirección. El trayecto durará unos diez minutos. Cierro los ojos. Me siento relajado. El viaje a oscuras me remite a un sueño a punto de convertirse en pesadilla, una un poco boba y tierna, como aquellas que se tienen de niño. Pienso en eso y en cómo me es difícil sentir nostalgia o extrañar algo. Me reprocho esa incapacidad de imaginar, esa dificultad de elaborar escenarios en donde las cosas suceden como en la vida cotidiana. Recuerdo a Francisco y nuestras conversaciones, nuestros excesos de abstracción, nuestra soberbia desaforada. ¿Qué buscábamos? Divertirnos, sin duda. Ya no encajar sino quebrar el molde en el que no calzaríamos nunca. De pronto me estremezco, asaltado por el miedo: Ahora estoy solo en esto. No habrá un interlocutor para mis pensamientos. Nadie me entenderá, *ergo*, seré un extraño, casi un loco. Entonces asumo que tendré que callar, asentir como un imbécil ante la perspectiva de alguien poniéndole punto final a la discusión diciendo «Así son las cosas» o «Así es la vida», tal como acaba de suceder con Oviedo. El auto se detiene. Abro los ojos. Me desperezo. Pago y desciendo. Estoy frente a la casa de Francisco, a oscuras. Alcanzo a ver la fachada gris. Intermitentemente, un poste contiguo la cubre con una tenue luz amarillenta. La bombilla está a punto de quemarse. Veo alrededor: Está desierto. Son las 10:15 pm. El frío me envuelve y me siento inseguro. La valentía provocada por el alcohol ahora me parece una broma, un falso combustible. Me siento cobarde y lento. En momentos como

este me hace falta recordar la razón por la que sigo viviendo. «Preguntas, respuestas», pienso. Evoco la imagen de una carretera interminable que algún día dejaré inconclusa, asumo que ese será el fin del camino para mí. Una sensación de rabia y luego de indiferencia me embargan. He practicado este sentimiento, su progresión se me hace tan conocida que casi lo siento sin pensar o pensando en otras cosas, como si intentara anticipar otras sensaciones. Procuro ser más listo que yo. Bostezo, por aburrimiento y ansiedad. Tengo que actuar.

Presiono el timbre. Adentro resuena el llamado, un sonido seco y vibrante que parece esforzarse inútilmente por remecer las paredes. Espero un momento. No hay respuesta. Presiono una y otra vez. Si después de esto no responde asumiré que viajó o que ha muerto. Llamo una vez más antes de preocuparme. De pronto, percibo unos ligeros pasos. Pasos apurados y asustados, suspicaces. Una voz detrás de la puerta dice:

—¿Quién es?

—Hola Patricia, soy yo, Ricardo —digo.

—¿Ricardo? ¿Qué haces aquí a estas horas? —me reprocha, escandalizada, en voz baja.

—Lo lamento. Sé que es tarde, pero tenía la necesidad de conversar contigo —me disculpo.

Patricia abre lentamente la puerta hasta la mitad y asoma el rostro para verificar si realmente soy yo. Luego sale al umbral, lleva una bata anaranjada y unas viejas pantuflas negras, mira a ambos lados de la calle y luego a mí.

—Ya estaba descansando. Podías venir más temprano o llamarme al teléfono. Anda, pasa.

Ingreso, cabizbajo. Inmediatamente percibo el cambio de atmósfera. Ahora es cálida y mansa. Me siento a salvo, es extraño.

—Te pido disculpas, Patricia. Fue repentino —alego. Me siento incómodo. Pienso que no debería dar pretextos.

—Siéntate —dice, señalándome el sofá donde alguna vez vomité. Lo hago. Ella hace lo mismo, en un sillón azul situado a la derecha.

—Gracias.

—Bueno, ¿Qué querías decirme?

¿Qué quería decirle? Ah, eso. Pero, ¿Cómo decírselo? Ahora me parece tonto. No tiene caso empezar por ahí. Tengo que encontrar una manera de llegar a ese punto de tal forma que parezca natural, espontáneo, inevitable. Me desespero. Incluso pienso en irme, en dar un pretexto y salir corriendo. Desconfío de mi capacidad de conversación. No me ocurre a menudo, pero

cuando sucede me siento devastado, como una criatura a punto de morir. Rebusco, intento ordenar mis ideas.

—Patricia…

—¿Sí? —inclina la cabeza hacia mí.

—No sé cómo decirlo, pero…pero en serio me duele la muerte de Francisco —digo. Creí que aquella frase iba a tener una resonancia especial en un momento como este, sin embargo, me parece haber dicho una tontería.

—Te entiendo, Ricardo, era tu mejor amigo —asiente, amable.

—Mi único amigo, en realidad —respondo, como si se tratara de una ironía.

—Yo también estoy muy dolida por su partida.

—Me hubiera gustado hacer las cosas de otra forma —me disculpo.

—Creo que a todos —dice, con un tono de sabiduría.

—Sí. Quiero pedirte perdón por las cosas malas que hice y le induje a hacer. Lo siento.

—Ya no tiene caso, no te preocupes —replica. Me sorprende que me consuele y que en verdad me duela.

—Él era un hombre extraño, tenía una sensibilidad especial —digo, casi murmurando.

—Uhm, lo sé…lo sé, Ricardo. Aunque no pude comprenderle —dice—. Como madre, eso me hace sentir mal. No pude comprender a mi propio hijo.

—Descuida. Él era así. En realidad, no quería ser comprendido —respondo, recordando algunas conversaciones —. Francisco era un artista.

—Entonces, ¿qué quería? —dice. Se sobresalta, pero es un sobresalto adormecido, como si algo la contuviera. Entonces, comprendo: Es posible que esté medicada.

—No sé, Patricia, Francisco era un hombre difícil. Seguramente se fue haciendo complejo a medida que intentaba ser un buen artista —respondo. Siento que me excuso, que miento o que expreso mal lo que podría decir correctamente si no estuviera tan nervioso.

—¿Crees que lo fue? —dice, con una expresión distante. Tiene los labios contraídos de tal modo que me dan a entender que ninguna respuesta la satisfará.

—Yo creo que sí y creo que fue feliz siendo como fue.

—¿Qué tan feliz?

—Muy feliz.

—Eso espero —dice, con gesto resignado.

Se hace un silencio pesado entre ambos. Veo alrededor, el discreto amueblado de la sala. Un par de mesitas situadas junto a las paredes, los floreros encima, conteniendo flores artificiales, un portarretrato con una foto de Francisco. El lugar es sombrío, deprimente. Me pregunto cómo logra seguir viviendo aquí. Podría hacer tantas cosas, como vender la casa y comprarse un apartamento en algún edificio de la ciudad, comenzar una nueva vida. Pero, qué se yo. No sé mucho sobre Patricia, en realidad. Francisco y yo no solíamos hablar sobre nuestras familias. Supongo que no nos importaba tanto hacerlo puesto que estábamos ocupados en cuestiones más egoístas, por decirlo de alguna forma.

—¿Quieres tomar algo? —me dice, acongojada.

—Sí, gracias. ¿Puede ser un té? —contesto, descubriendo que en verdad lo necesito.

—Está bien. Ya vuelvo —replica, mientras se levanta con cierta prisa. Imagino que quiere escapar de este ambiente tenso que hemos creado.

Me quedo solo. La cocina está al fondo. Sigo mirando el lugar. Intento evocar las veces en que estuve aquí. Aquí había una tv en la que solíamos ver películas cuando Patricia no estaba. Películas que nos desquiciaban. Recuerdo escenas. *Trainspotting, Las múltiples vidas de Mr. Nobody, Miedo y Asco en la Vegas, El club de la pelea.* Esas cosas. Tantas cosas. Luego salíamos a caminar por las calles, intentando reconstruir los pasajes más interesantes. Hablando sobre aquello, discutiendo la posibilidad de recrear algunos momentos por el bien de la sociedad. Éramos patéticos, ahora que lo pienso, pero me gustaba. Me levanto, silencioso, simulando curiosidad. Examino las paredes, los cuadros de paisajes tan exóticos que parecen extraterrestres. Deslizo mis dedos por la superficie. No sé por qué lo hago. Me parece que intento dar la impresión de que mis movimientos son inofensivos. ¿Qué pretendo en realidad? Sé dónde queda la habitación de Francisco. Hay que atravesar el estrecho pasillo y detenerse a la mitad. Allí hay una puerta, un picaporte redondo. Basta girarla para estar dentro, si no está asegurada. Pienso que no debería hacerlo, que si Patricia me sorprende no sabría qué decirle. Esta vez me quedaría congelado. La situación sería muy extraña. Decido esperarla a la entrada del pasillo. Ahí viene.

—Toma —me alcanza una tacita de porcelana sobre un plato igual de pequeño. Un cimbreante halo de vapor se eleva hasta la altura de nuestros rostros.

—Gracias —Patricia intenta avanzar hacia la sala. Le impido el paso.

—Patricia, ¿Cómo está la habitación de Francisco? ¿Aquí sucedió? —digo.

—Ricardo, no quisiera hablar de eso —responde desviando la mirada.

—Lo siento, perdón —pienso que fui demasiado brusco, pero no tenía alternativa. Bebo el té. Está caliente, pero lo soporto. Se hace una pausa.

—Sí, aquí pasó. Ya está todo limpio y ordenado. Vino un policía y lo dejó todo en orden.

—Comprendo. ¿Sabes? No quiero incomodarte, pero pienso que Francisco dejó algo.

—No, Ricardo. Él no dejó nada, ni una nota. Nada —dice, la veo un poco alterada.

—Uhm, me refería a algo artístico —digo.

—¿Algo artístico?

—Sí. Él era músico. Hubo un tiempo en que trabajaba en algunas canciones. Tal vez haya escrito algo. Quizás dejó algunos borradores.

—¿Y para qué los quieres? —ahora sé que está enfadada.

—Bueno…creo que podría hacer algo con ellos. Escribir algo, tal vez.

—¿Para qué?

—Uhm, seguro Francisco tiene algo interesante allí, algunas ideas… uhm…brillantes. ¿Sabes?, esas ideas eran parte de él. Esas ideas son él…a lo mejor… —me siento un idiota.

—Ah, quieres escribir algo sobre eso —dice, como si aquella idea le repugnara.

—Eh, sí. Yo creo que Francisco era muy listo y tal vez a algunas personas les interese conocerlo.

—Deberías dejarlo en paz, Ricardo. Ya sé que eres escritor, pero deberías dejarlo tranquilo. Sabes…

—En serio, Patricia, Francisco tenía cosas importantes que decir.

—¿Y eso a quién le importa? ¿De qué sirve tener ideas importantes si al final te conducen a la muerte, Ricardo? ¿Qué clase de ideas son esas? —solloza.

—Yo sé que es difícil de entender —digo, intentando consolarla.

—No se trata de entender. Hay cosas que sencillamente están mal —se limpia las lágrimas. Trata de silenciar su llanto.

—Perdóname, Patricia. Pero te aseguro que Francisco tenía algo valioso que decir y creo que es mi deber hacer que esas ideas sean conocidas.

—Es mi hijo.

—Era un artista.

—¿Y eso qué?

—Déjame intentarlo, por favor.

—Escucha, Ricardo, Francisco está muerto. Aunque todo el mundo lo recuerde o aprecie sus ideas, no volverá.

—Lo sé. No se trata de eso. Ahora lo que importa es justamente aquello que dejó. Él ya no…ya no ésta —digo, bajando la mirada hacia la taza humeante.

—Haz lo que creas mejor. Supongo que tú lo entendías más que yo. Pero una cosa te digo, no vuelvas a insistir con eso de las ideas brillantes. No intentes hacerlo parecer un héroe en lo que sea que vayas a escribir. Si crees que ver sus cosas te hará sentir mejor, hazlo, pero no te atrevas a mostrarlo como un héroe, porque no lo es, solo era un chico con problemas…

—Está bien —digo.

Patricia me mira con encono y piedad. Me hace un gesto señalándome que espere, regresa por el pasillo y sube las escaleras. Aprovecho para terminar de beber el té. Dejo la taza y el plato sobre la mesita más cercana. Lamento haber tocado la herida, haberle dicho todas esas cosas. Me pregunto si las dije realmente convencido o si solo fue una treta para acceder a su cuarto. Me siento malvado, un carroñero. Fui honesto, ciertamente. Sí creo en la brillantez de Francisco y en que merece ser oído, pero sé que no podré hacer lo suficiente por conseguirlo. Algo me dice que por más que lo intente no lograré sacarlo del anonimato en que se ha sumergido. Como dije, esto lo hago por mí, para salvarme de lo que sea que me amenaza, esa opresión en el pecho, esa sensación de vacío, tedio y enojo, para darle un sentido a mi existencia, para hallar esa *verdad*. Patricia está de vuelta, trae un juego de llaves en la mano. Da pasos suaves y morosos. Se detiene frente a la puerta, inserta la llave y gira el picaporte. Está abierta. Da un paso adelante, estira el brazo hacia la oscuridad y enciende la luz.

—Procura darte prisa. Necesito descansar. Avísame cuando termines —me dice como si no se dirigiera específicamente a mí.

—Está bien —asiento.

Ella sale y veo que desaparece por las escaleras. Tengo ante mí la habitación de Francisco. Nunca la vi tan ordenada, tan limpia. Su cama con un edredón rojo. Su almohada de tela amarillenta y raída aún conserva la sombra de su cabeza. Al lado, en el rincón, recostada en la pared, yace su guitarra en su estuche. Su armario y su biblioteca a la derecha. Sus libros. Allí está la novela gruesa que le presté y que nunca me devolvió. No la pienso tocar. Su escritorio está ubicado junto a la pared, frente a la cama. Veo un par de cuadernos escolares y, en el centro, su laptop. Me pregunto si puedo encenderla y ver qué hay, pero seguro

me tomaría demasiado tiempo. Tomo uno de los cuadernos. Le doy una mirada rápida. Veo garabatos y dibujos. Tengo que ser minucioso si quiero obtener alguna información útil. Entonces, lo decido: Me llevaré la laptop y los cuadernos. No se trata de un robo. Pienso devolverlas en cuanto haya investigado todo lo necesario. Prefiero no pedírselo a Patricia porque ya le he fastidiado demasiado. Además, no quiero ofrecer más razones para hacer lo que pretendo. No tengo ninguna razón más y temo no lograr ser convincente. Veo alrededor, como si temiera a alguien observándome. Salgo de la habitación, silenciosamente, dando pasos extremadamente delicados. Me dirijo a la sala. He dejado mi maletín sobre el sofá. Lo tomo. Vuelvo a la habitación. Agarro la laptop, en cámara lenta, y la guardo. Hago lo mismo con los cuadernos. «¡El cargador!», pienso. No está sobre la mesa. ¡Demonios!. Lo busco en el suelo. Tampoco. Busco en los cajones del escritorio y lo encuentro al fondo del tercer cajón, junto con demás cables, audífonos y un micrófono. Lo guardo con dificultad. Me cuesta mucho cerrar el maletín, ha perdido la forma. Ya no hay espacio, no tiene caso ir por la novela. Me yergo y arreglo mi ropa. Intento serenarme. El corazón me late tanto que me retumba todo el cuerpo. Pienso que han pasado segundos pero lo mismo pudo haber transcurrido media hora. No lo sé. Me apresuro a llevar el maletín a la sala y lo coloco en la parte menos visible del sofá. Luego retorno al cuarto. Echo un vistazo. Emito una suerte de súplica. Apago la luz, aseguro la puerta y la cierro. Me quedo unos segundos frente a ella, en el pasillo sombrío. Miro el celular. Calculo que solo transcurrieron unos cinco minutos. Reviso que todo esté en orden. De pronto, pienso que sería demasiado sospechoso salir sin nada luego de haber hecho todo el drama de pedirle revisar y llevarme algo. Me llevo un susto enorme al pensar que estaba a punto de llamar a Patricia sin haberme percatado de ese detalle. Corro hacia el maletín y saco los cuadernos. Aseguro todo, nuevamente. Ya está, estoy listo. Llamo a Patricia. Primero suavemente, susurrando y luego me veo obligado a gritar. Ella dice algo desde el segundo piso y luego baja las escaleras.

—Y, ¿ya está? —dice, somnolienta.

—Sí, sí. Gracias, de verdad —digo, visiblemente nervioso.

—¿Encontraste algo?

—Sí, estos cuadernos, nada más. ¿Puedo llevármelos por un tiempo? Un par de semanas, a lo sumo —contesto, blandiéndolos.

—¿Un par de semanas? —inquiere, como si no me hubiera oído.

—O menos. Los revisaré lo más rápido que pueda.

—Un par de semanas, Ricardo —me dice, innecesariamente severa.

—De acuerdo. Está bien.

—Me caigo de sueño —dice, bostezando.

Rezo porque sea cierto. Se lleva la mano a los párpados para masajeárselos. Aprovecho el momento para recoger el maletín y llevarlo lejos de su vista.

—En serio, gracias. Perdona la molestia —digo.

—La próxima vez llama con anticipación y ven temprano. Me cuesta conciliar el sueño.

—Lo haré, lo haré. Adiós.

Salgo de la casa y ella cierra la puerta sin decir nada más ni dirigirme alguna mirada. Me siento aliviado, eufórico, feliz. Ni siquiera siento frio, a pesar del viento. Me quedo parado en la vereda. Veo el poste de luz agonizar, torpe. Me pregunto qué habrá escrito Francisco en esos cuadernos. Qué contendrá aquella laptop. Quizás grabaciones, borradores de sus canciones. Fantaseo con toda esa información. «Ahora sí, tengo que escribir la novela», pienso. Busco un taxi en la calle desierta. Me dirijo a la avenida principal. Quiero llegar a casa.

TRES

1

Francisco intentó componer las canciones para su segundo álbum. De vez en cuando me hablaba sobre él. Decía que se sentía bloqueado, que las ideas no llegaban a consolidarse y que las que ya tenía le parecían una burda prolongación de las anteriores. Quería hacer algo nuevo, pero no encontraba la forma. Le pregunté si pensaba escribir el álbum él solo, como había hecho el primero y me respondió que sí, que era la única manera que encontraba de hacer algo. Le sugerí que podría convocar a otros músicos para que le ayudaran a elaborar un álbum con varios instrumentos, más completo. Él se limitó a mirarme fijamente, como si meditara, y a decirme que no le parecía una buena idea, que apenas podía soportar tener las canciones escritas para lanzarse a grabarlas rápidamente, que no tenía paciencia para lo demás, que más que escribir canciones lo que le gustaba en realidad era tener ideas y exhibirlas, acompañadas de alguna melodía. Le dije que tal vez sería mejor que se dedicara a escribir, simplemente, y me respondió que también le gustaba la música y que no estaba dispuesto a abandonarla. Le dije que dejara de atormentarse y de tener tanta prisa. Él sonrió.

Su primer álbum me parece bueno y extraño. Es decir, suena bien pero no tan bien. Siendo honesto, ahora dudo que alguien vaya a sentirse apasionado hasta el punto de volverse un fanático, pero Francisco oía álbumes de ese tipo. Alguna vez me habló de cierto Daniel Johnston, Nick Drake, Pato Patín o de Daniel F, pero nunca me sentí verdaderamente atraído por ese tipo de música. A lo sumo me interesaba Bob Dylan, pero solo un poco. Yo soy más de oír bandas, la verdad.

Puede inferirse que no me gusta demasiado la música de Francisco y es cierto. Lo aprecio más por sus ideas que por su música, pero sus ideas están en su música y es por eso que me gusta. Solo puedo decir que como artista era un buen pensador. Bueno, tenía ideas algo bizarras que me parecían divertidas. A veces no terminaba de entenderle, pero procuraba estar atento por si acaso se le escapaba algo que podría serme útil después, cuando quisiera escribir.

—Quiero que mi música permita luego estar en absoluto silencio, sin angustiarse, que sea una especie de puente que conduzca a cierto estado y ser feliz, sin la necesidad de un estímulo exterior concreto —me dijo una vez.

A menudo solíamos hablar sobre la soledad. Sobre nuestra soledad. Por lo general, concluíamos diciendo: «Todos estamos solos» y nos quedábamos callados un buen rato. Yo pensaba que era una frase lapidaria, aburrida y gastada, pero ineludible. Intentábamos llegar a otra salida, decir algo más, pero ciertamente era difícil. Los pensamientos que merodeaban en mí, las ideas que concebía, no me abandonaban cuando las expresaba. Lo que decía era un eco distante de lo que realmente quería decir. En todo caso, tenía la impresión de que nunca terminaría de decir lo que en verdad deseada. No obstante, aquello era maravilloso, según me hizo notar Francisco: Que nunca terminara de decir lo que quería constituía un gran antídoto contra el aburrimiento, siempre que no me desesperara antes. Nos preguntábamos por esa sensación de estar siempre incompletos, por esa tendencia a buscar a alguien y obligarle a escucharnos. ¿Qué carajos era eso? Nos divertíamos responsabilizando a la *sociedad* de todas las taras humanas. Incluso de la tristeza. Sobre todo de la tristeza. En algún momento Francisco despotricó contra ella, en broma. Me dijo que asumirla en un tono irónico ayudaba a sortear el límite que chocaba con nuestra sensibilidad. Había algo que conectaba la tristeza como *idea* con lo fisiológico en nosotros y que solo era posible rastrearlo si no nos lo tomábamos en serio. «Además, ¿qué es lo serio?», preguntaba y yo le decía algo como «Lo serio es todo lo que nos rodea». Esa era la sensación general, después de admitir que estábamos solos: Que todo cuanto nos rodeaba era una especie de prisión estúpida. Y era así porque no podíamos decir lo que realmente deseábamos. En cambio, había que escoger cuidadosamente las palabras que el interlocutor de turno exigía escuchar y este ni siquiera sabía por qué eran precisamente esas palabras. O sea, la gente hablaba por hablar, sin detenerse a pensar realmente qué demonios quería decir. «Si se detuvieran, se maravillarían o entrarían en pánico», decía Francisco. A veces pensaba que la soledad era el resultado de reconocer que no podíamos, nunca,

decir lo que realmente queríamos. La frase «No me entiendes», era una grotesca obviedad. Nadie lograba entender a nadie y esto era pasado por alto porque el mundo no podía detenerse en ese tipo de exquisiteces o caprichos filosóficos. El mundo reclamaba ser tan práctico y tan simple como la vida de cualquier insecto condenado a morir pasadas las 24 horas. Y eso, más que ser triste, era tonto, pero, a pesar de eso, inevitable. Aquello era lo irónico, lo despiadadamente gracioso. Claro que nosotros nos enojábamos al principio y odiábamos al mundo y a la vida desvergonzadamente, como si volviéramos a tener 16 años y nos sintiéramos, otra vez, terriblemente eternos. Todos llevábamos un disfraz que había que ponerse en la mayoría de las circunstancias. Algunos lograban percibirse como personas honestas, aún con el disfraz puesto, pero a nosotros siempre nos parecían unos farsantes. Incluso nosotros lo éramos. «Es que no tenemos alternativa», decía él y yo asentía y pensaba en lo difícil que resultaba eso para todos y en lo injusto que era no poder decirlo.

2

Setiembre. Han pasado dos meses desde la muerte de Francisco. El trabajo se ha hecho más intenso. Oviedo parece tenerme por su hombre de confianza y me da más tareas. No sé cómo revertir el asunto. A veces me gusta trabajar, hace que la idea de escribir parezca un acto clandestino e ilegal que divide mi existencia en dos experiencias mutuamente excluyentes y eso me divierte. No volvimos a hablar de filosofía. De hecho, Oviedo no ha vuelto a invitarme unas cervezas y yo no quiero hacerlo porque temo los silencios con él.

No he tenido tiempo de revisar los cuadernos de Francisco. Los he ojeado con rapidez, antes de irme a dormir o al despertar, pero me parece que no voy a encontrar nada demasiado interesante. No entiendo su caligrafía. Son garabatos y borrones. Hay ideas que me parecen absurdas o incompletas. En todo caso, aún no me detengo a pensar en ellas, a analizarlas, a sobrevalorarlas.

Me reservo encender su laptop como una última esperanza. Sigo fantaseando con encontrar canciones inéditas, grabaciones de su voz, ese tipo de cosas.

Doy largos paseos por las noches, al salir del trabajo. Vestido de traje, con mi maletín oscilando con delicadeza, en mi mano. Ya no fumo, aunque a veces me siento tentado a hacerlo. Me he comprado unos audífonos. He vuelto a oír algunos álbumes después de varios años: *Doolittle* de Pixies, *In Rainbows* de

Radiohead, *Magical Mystery Tour* de Beatles. Oigo las canciones a todo volumen mientras recorro las calles, sin destino. A veces me detengo en la puerta de una cafetería o de un bar y pienso si acaso sería buena idea ingresar, pero la gente en el interior me desanima. La idea desaparece de inmediato y prosigo. A veces me siento solo pero no triste. A veces pienso que ya no puedo ponerme triste, aunque pienso que me hace falta experimentar alguna emoción en su lugar. Pienso que ese vacío es el que me hace sentir solo. No leo, aunque sé que debería hacerlo, para entonarme antes de escribir la novela. Entonces, intento recordar los libros que leí y los estilos que me impresionaron e hicieron desear escribir de esa manera. Pero ahora me es difícil hallar algo bueno y me angustio por eso. ¿Qué pasa si no lo consigo? En todo caso, no podré sentirme triste, a lo sumo un poco decepcionado y vacío. Me doy cuenta de que me he convertido en un tipo extremadamente introspectivo. Paso horas en mi habitación, sobre la cama, tendido boca arriba, mirando al techo. Me parece que imagino cosas, futuros felices, en donde todo lo que he deseado se ha hecho realidad. Es como si viera una película tras otra. Películas bien hechas, interesantes siempre. Me detengo, como si pudiera, en algún pasaje en particular y construyo diálogos, los perfecciono. Me siento bien. Demasiado bien. «Si la vida consistiera solamente en tirarse boca arriba y fantasear, sería perfecta», pienso. Cuando me devuelvo a la realidad experimento una especie de amargura y rabia y un poco de vergüenza. Me siento ridículo, como el niño que es víctima de las burlas de sus compañeros de clase, pero no me cuesta mucho reírme también yo. No tengo problemas en reconocer que todo, absolutamente todo, es susceptible de ser descubierto como algo absurdo y eso, no sé por qué, me da alivio. Me da pereza retomar el informe que tengo que presentar y solo me alienta la idea de que tengo que deshacerme de él para poder comenzar, por fin, mi novela. Aunque nunca la comienzo, obviamente. Me dejé crecer el bigote y me parece que me sienta bien.

3

Hoy, domingo, he dispuesto las cosas de tal modo que no tengo otra opción que empezar realmente con mi trabajo. Despierto, me visto rápido. Un polo morado, un pantalón jean y mis zapatillas de tela son suficientes para cubrir mi desnudez. Me asomo a la ventana, veo la calle y el sol reluciente. Rescato mis lentes de sol del primer cajón de la mesita de al lado de mi cama. Tiene las lunas rayadas por

el descuido y los años. Lo escupo y froto contra la tela de mi polo. Me los pongo sobre mis lentes normales. Si no, no puedo ver. Los lentes de sol son baratos y no veo nada si no los uso así. Tiendo la cama mientras escucho alguna canción. Canto un poco. Me veo al espejo. Mi bigote y yo y las ideas que se me ocurren me hacen creer que hoy es el día definitivo. Sigo cantando mientras me cepillo los dientes. Me enjuago la boca, el sabor fresco me hace sentir que es posible que lo logre. Busco las llaves. Las guardo en el bolsillo del pantalón. Cierro la puerta. Mi familia está de viaje. Estaré solo algunas semanas. Voy al Minimarket de la esquina por el desayuno. Me pongo los audífonos. El sol me quema la cabeza de inmediato. Me agrada. Veo el celular: 9:15 am. Pongo una canción de Ramones. Hace tiempo que no escucho a Ramones. Recuerdo algunos pasajes de mi vida que fueron acompañadas por el *punk*. No siento nostalgia o me encargo de no sentirlo. Me da flojera extrañar el pasado. Me siento genial. El mundo exterior me parece hecha con la música que retumba en mi cabeza. «Este es mi mundo», pienso y me siento arrogante como si yo mismo lo hubiera hecho mal a propósito. Hay un tipo de enojo que es muy agradable, un enojo emparentado con la valentía. Pienso en Francisco, siento su ausencia y eso me hace pensar en el futuro, en la complejidad y el aburrimiento, en el éxtasis y la muerte que me siguen a donde sea que vaya. Me río de la muerte porque la música me da valentía. Llego al Minimarket. La puerta se abre en sincronía con mis pasos. No hay mucha gente. La chica de la caja mira su celular y ríe. Me detengo frente a ella y le sonrío. Ella me ve con unos ojos odiosos y su sonrisa desaparece. Pienso que me detesta porque la desconecto de algo que la hace feliz. Me dirijo a los mostradores. Busco los cereales y el yogurt. Los encuentro al instante, los tomo, pero tengo ganas de caminar por los pasillos, hacer como si necesitara comprar más cosas. Ingreso en la zona de licores y tabaco. Recuerdo los viejos tiempos. Es divertido. Veo a una chica merodeando por el lugar. Es delgada, lleva el pelo negro y lacio. Tiene una hermosa nariz recta. Ha de tener 18 años. También lleva lentes de sol. Ciertamente, es mi tipo de mujer. Me pongo nervioso. Está ligeramente despeinada. Sospecho que se fue de fiesta y no sabe cómo llegó a parar aquí. La noto perdida. Me sitúo a su lado. Veo las mismas cosas que ella. No sé qué pretendo. De repente, me siento estúpido porque me doy cuenta de que quiero hablarle, convencerle de hacer algo. Juego a darme valentía. En el fondo sé que no lo haré y eso me alivia. «Estoy demasiado viejo para esto», pienso y río. Ahora la música es una balada. Una balada de Ramones, claro. La atmósfera me ablanda el corazón. Entonces, recuerdo una parte de *El guardián entre el centeno,* cuando

Holden intenta convencer a una chica de abandonar su hogar e irse a vivir lejos, ellos dos. Creo que la chica le rechaza, le dice que se ha vuelto loco. Luego Holden quiere irse a vivir solo a una cabaña y todo eso, aislarse del mundo. En su momento me entusiasmó y también quise irme. Luego vi ese pasaje nombrado o reproducido en otros libros y también pensé en hacerlo. Tenía 23 años cuando intenté escribir mi primera novela, pero no lo conseguí. No pude convencerme de las cosas que decía. En todo caso, comenzaba a parecerme ingenuo pensar como Holden. En realidad, no había salida a ese sentimiento de insatisfacción por más que uno se fuera a vivir al culo del mundo. De todos modos, el libro me agrada y me gusta poder recordarlo ahora, pero sé que a mis 27 años no podría escribir algo como eso. Sería demasiado fácil. La chica gira el rostro hacia mí y veo sus labios moverse. Me toma unos segundos darme cuenta de que me habla. Me quito los audífonos. Ella me dice que si podría comprarle tabaco. Su voz me enternece, es delgada y un poco ronca. No lo dudo y le pregunto que cuál quiere. Ella dice que cualquiera le parece bien. Señalo el más barato diciéndole que es muy bueno. Ella asiente y sonríe. Le digo que coja una cajetilla y lo hace. Luego nos quedamos en silencio. No tengo nada que decirle salvo que me gustaría acompañarla adonde sea que quiera ir, pero me siento vacío y, por tanto, acobardado. Noto que la chica está un poco ebria. He visto muchas chicas ebrias a lo largo de mi vida ebria. Sé lo que se siente y lo fácil que es pedir a la gente algo de dinero para comprar tabaco y otras cosas más. Por eso la comprendo. La vida parece más rápida cuando se está drogado, más sencilla y más violenta y, si uno tiene preguntas, las respuestas parecen claras. Pero eso solo cuando se está así, luego la lucidez retorna casi como una traición, como una condena, y uno tiene que adaptarse a la verdadera forma de la realidad o sucumbir. Yo me aburrí de eso. Francisco también. La chica me sonríe con el tabaco en la mano. Me pregunta cosas personales. Le doy mi nombre y ella el suyo. Se llama Ariana. Me dice que estudia Marketing, que salió de fiesta, que sus amigas la dejaron tirada, que le parece que terminó con su novio, que no recuerda. Se ríe. No sé qué decir. O sea, tendría que decirle que la comprendo y luego contarle experiencias parecidas. Tengo ganas de contarle esas cosas. No sé, tal vez le divierta. Sospecho que no está triste pero que podría estarlo pronto. Me pregunta a qué me dedico. Le digo que trabajo en una compañía de seguros. Miento. Me hubiera gustado decirle que soy escritor, pero hasta ahora no he escrito un carajo. Nunca me molestó tanto como ahora. Me siento más vacío, un fraude. Entonces, me da la impresión de que no merezco hablar con ella ni desear todo lo que empiezo a

querer en ese momento: Abrirme realmente a alguna persona y contarle lo extraño que me siento y, sin embargo, nada angustiado o, en todo caso, angustiado de una manera que se asemeja a la anticipación de la felicidad, una felicidad difícil e inédita que aún no experimento pero que es muy probable que suceda pronto. Pero todo eso atravesado por una ansiedad que me desestabiliza, me inquieta, casi paraliza y me incita a querer decirle algo a alguien con tal prisa como si se acabara el mundo. Eso es lo que siento y me gustaría contárselo, pero me parece que no soy digno de decirle esas cosas. En todo caso, temo que no me entienda. Es eso, en realidad. Ella nota mis audífonos sonando sobre mi pecho, puesto que me los he quitado. Coge un auricular y se lo lleva al oído. Me pregunta quién es y le digo que los Ramones. Me dice que no le suena. No dice más. No dice «Pero suena genial». Me decepciono, pero Ariana no deja de agradarme. Ya lo dije, es mi tipo de mujer. En todo caso, es el físico de mi tipo de mujer. Ya tiene unos puntos extra por eso. No me importa que desprecie la música que me encanta, ni que ignore los libros que considero vitales. Su físico gana, me invita a tenerle paciencia, a no tomarme en serio sus opiniones hirientes, a pensar más allá de su comportamiento inmediato. Pero estoy pensando idioteces, quizás hipnotizado por su aspecto tan genial, tan cínico y despreocupado.

Entonces, vuelvo a la realidad. La chica tiene que retornar a su casa, beber mucha agua, dormir varias horas, luego llamar a su novio y reconciliarse con él y todo eso, hasta la próxima fiesta. Eso es lo que tiene que pasar. Mientras, yo, tengo que largarme a desayunar yogurt con cereal. Encerrarme todo el día en mi cuarto, leyendo los cuadernos de Francisco y revisando su laptop. Le alcanzo un billete de 20 soles. Supongo que le alcanzará también para el pasaje. Le digo que vaya a casa a descansar. Ella asiente con una media sonrisa. Agradece. Se hace una pausa. Deberíamos estar mirándonos a los ojos, intentando adivinar qué quiere decir cada uno, pero nos tenemos ahí, uno frente al otro, bloqueados, protegidos por los lentes de sol, tan geniales y solitarios. Entonces ella me pide el número de celular y se lo doy. En realidad, sucede al revés, pero da igual. Ella accede a dármelo. Registro su número. Escribo su nombre en letras mayúsculas y al lado pongo "Minimarket-Tabaco" para acordarme del contexto en que la conocí. Nos decimos adiós. Yo sigo caminando por los pasillos, vigilando que Ariana se acerque a la Caja, pague y se marche para luego ir yo. Sería ridículo volver a encontrarnos, terrible. Me aseguro de que se haya ido. Calculo el tiempo que le tomaría conseguir un taxi. Espero unos minutos más. Luego me dirijo a la salida, pago lo del cereal y el yogurt y salgo a la calle. El sol me pega en el

rostro con violencia, como una bofetada. Sigo escuchando a Ramones, sigo sintiéndome genial. No he perdido nada, ninguna oportunidad. Tengo una misión.

4

Progresivamente, Francisco fue perdiendo el entusiasmo por su proyecto. No sé si tuvo el control de ese desánimo. Es decir, si fue abandonándolo de forma consciente a medida que fue notando que las ideas ya no funcionaban, sin decepcionarse de sí mismo sino del mundo en el que sus pensamientos ya no encajaban o, por el contrario, si se dejó arrastrar por una lamentable ola de desesperanza que lo hizo sentir un inútil y creer que el problema era su sensibilidad más que cualquier otra cosa.

Solíamos hablar sobre nuestra aparente incapacidad de adaptarnos al mundo. Yo le decía que ese era un gran tema para un álbum y él respondía que ya lo había hecho en el primero y yo me sentía un idiota por no haberme dado cuenta. O tal vez sí lo había notado, pero se me ocurría que podría trabajar sobre eso, sobre aquellos *cimientos conceptuales*. Él decía que podía ser, pero que no encontraba la forma, el camino. Repetía que sabía que necesitaba ser claro, emplear imágenes más sencillas, más accesibles, pero que aquello suponía una gran pérdida para el mensaje que quería dar. Era todo un dilema intentar ser un artista tal como Francisco entendía que era un artista. Se lo pregunté una vez y me devolvió la pregunta, con aire serio. «Qué esperas conseguir como escritor», me dijo y yo lo pensé un poco caóticamente. Me fue difícil, porque aún no había escrito nada importante, solo algunas cosas, unos cuentos y eso. Le dije que quería divertirme, pasarlo bien, sentirme genial, que la gente me lea y encuentre cosas interesantes en las cosas que se me ocurren decir. «Qué más», inquirió. ¿Qué más? A ver, que mis textos den alivio a quien lo necesite. Que lo que escriba ayude a dar sentido a la confusión del que se siente a oscuras. «Qué más», exigió, con una sonrisa medio perversa. Yo me enojé un poco por el juego estúpido en el que había entrado. «Nada, huevón, que la gente me admire», terminé por decir. Entonces, él rio, pero percibí el disgusto, la decepción, la burla.

Se tomó un tiempo para reunir sus palabras. «Todo el mundo quiere ser admirado», dijo, «Todo el mundo quiere ser considerado una persona interesante y las cosas funcionan de tal modo que cada uno recibe una pequeña confirmación de que lo es. Les dicen: ¡Eres genial!, pero no se detienen a preguntar

por qué, por qué rayos lo soy. A lo mejor no preguntan porque no quieren saber la verdad, la verdad de que no son geniales más allá de la luz que irradia esa confirmación automática y pueril. Esa confirmación que se dan todos, a cada minuto, mutuamente, como si se tratara de un acto solidario y noble. Y no lo es, man. Yo puedo decir que se hacen daño, que se lastiman, engañándose unos a otros diciéndose que son geniales sin razón alguna, pero solo quedaría como un idiota, como un intelectual de mierda, aguafiestas, pretencioso y que no ha aprendido el juego, la dinámica con que ahora funcionan las cosas, pero lo sé, lo he meditado y no es que no lo entienda o no me agrade. Lo entiendo, sé que lo entiendo, y me agrada hasta cierto punto, pero no tanto, porque más allá solo encuentro redundancias que me aburren y deprimen». Eso dijo y yo me quedé mirando su rostro desencajado y vehemente, su mirada lacerante como si yo fuera el responsable de todo eso. Le dije «A lo mejor solo te aburre y deprime a ti». Él echó una sonrisa complacida y, tras un largo silencio, dijo «Una vez me pregunté: Si eres inteligente, ¿Por qué no puedes cambiar al mundo? ¿Por qué no puedes adaptarte a él?». «¿Y qué te respondiste?», dije. «Nada. Que el mundo no puede ser cambiado desde la perspectiva del *individuo*; que es el individuo cambiado, moldeado, adaptado, el que cambia al mundo. O sea, que es el mundo el que se cambia a sí mismo. Y el individuo desaparece». «Reprofundo», digo, por molestar. «Ni tanto. He visto, bueno, he leído a tanta gente demasiado lista y demasiado triste y me parece una injusticia. ¡Cómo una persona tan lista puede estar triste! ¡Cómo puede tener una visión tan pesimista del mundo si se supone que puede decir cosas al respecto! Porque la vida es básicamente *decir* cosas respecto a lo que sucede alrededor. Una cosa no puede ser triste en sí misma, sino que hay una serie de palabras que se enhebran hasta llegar a esa conclusión». Yo pensaba en lo que quería decir. Parecía tener sentido, pero a ratos también me sonaban a disparates. En todo caso, se había armado una discusión interesante. Yo dije «Pero la tristeza es algo natural, es obvio». «No, huevón, la tristeza no es natural, lo natural es sentirse jodido, pero eso no es estar triste. Estar jodido es sentir que nuestra vida está a punto de irse a la mierda, ¿lo notas? Es más visceral. Está en el cuerpo. La tristeza es una concesión», dijo. «¡Qué! Deliras, man. ¡Cómo va a ser una concesión!». «Lo es, porque las palabras lo son. ¿Cómo expresas lo que crees que llevas dentro? ¿No es con las palabras? ¿Acaso las palabras están dentro de ti?». «Ah, carajo», dije, sin entender demasiado. Luego rio, complacido con lo que sea que haya dicho.

Se ponía así, a veces, inquisitivo y cruel, como si se tomara así mismo demasiado en serio. Quizás lo hacía. Tal vez esa era la razón de su estancamiento creativo. Su ambición rebasaba la mínima sensatez que soportaba al mundo. Entonces, lo vi en silencio, largo rato, mientras él observaba alrededor. Me preguntaba si creía todo lo que había dicho. ¿Cómo era posible no estar triste, al menos de vez en cuando? ¿Qué pretendía Francisco al declarar la posibilidad de no estarlo nunca más? ¿Qué le pasaría al hombre en caso lo consiguiera? Francisco tenía el aspecto de saber las respuestas, pero yo no me atrevía a plantearle todas mis dudas.

Esa fue la primera vez que mencionó aquello de hacer algo totalmente radical con la *sensibilidad*. Ya estaba lejos de las preguntas típicas sobre el sentido de la vida y esas cosas. Parecía ya no interesarle o importarle poco. En momentos así lo sentía a kilómetros de mis ideas. Yo solo quería ser escritor y tener buenas cosas que contar. Sabía que era malo narrando historias, que no se me ocurría alguna fácilmente. Por eso quería escudriñar las ideas filosóficas. Me parecían un terreno más fértil para mi creatividad, pero Francisco llegaba a intimidarme con las cosas brutales que decía. Así y todo, lo veía desmoronarse en el intento de crear su segundo álbum. Álbum que nadie esperaba, desde luego. Eso hacía la situación más graciosa y patética. Él lo sabía. No es que padeciera su fracaso todo el tiempo, solo a veces, y cuando sucedía era como si se enojara primero consigo mismo y luego con el mundo.

5

Tenía razón, no encontré nada interesante en sus cuadernos. Me pasé un par de horas examinando los garabatos. «Qué decepción, Francisco», pensé. Bueno, comprendo que intentaba escribir canciones. Solo encontré restos desperdigados de ellas. Intentos fallidos, supongo. Tenía anotados acordes y dibujos sobre dónde colocar los dedos para hacer alguna acrobacia con la guitarra. Versos absurdos, incompletos y tachados. A intervalos, hojas vacías. Hubiera preferido encontrar reflexiones como las que solía hacer cuando conversábamos. Me hubiera sido más útil. En todo caso, siempre fui un mal lector de poesía. No me gusta. De entrada, me parece demasiado cursi. Igual, para soportar el aburrimiento, me puse a leer una novela: *El extranjero*. Es una de mis favoritas. Me interesa el tipo al que parece no importarle nada. Siempre me pareció que lo único que

quería era que lo dejaran en paz. Y aquello no es posible, supongo. Una pena. Francisco también la leyó. Hablamos sobre ella. Nos preguntábamos si acaso éramos como el buen Meursault. Nos gustaba creer que sí, pero sabíamos que estábamos lejos de aquella actitud. Nosotros queríamos ser artistas, o sea, influir sobre los demás. De modo que sí nos importaba algo. De alguna manera, nos importaba la gente.

Yo quería ser escritor para dejar de sentirme un fracasado, pero me iba dando cuenta de que esa sensación me acompañaría toda la vida y que eso no estaba mal del todo. Tener la posibilidad de perder no debería ser tan devastador. Tal vez ese era el mensaje que quería dar. Pero aquello ya lo sabía todo el mundo. Entonces, ¿qué decir? ¿Qué decir si ya todo está dicho? Nos agobiábamos pensando en eso. Sospecho que aquello fue lo que lo motivó en parte a tener todas esas ideas raras después. «Los artistas son seres invasivos por naturaleza. Por lo menos deberían intentar decir algo realmente interesante», pensábamos. Interrumpo mi lectura y pienso en mi trabajo como escritor. Si yo muriera en este momento también encontrarían mis cuadernos emborronados y nada más. Nadie podría completar el trayecto que voy tanteando. ¿Supondría una gran pérdida? Obviamente, no. No podría haber dicho nada nuevo. Pero, ¿todo individuo tiene el deber intrínseco de decirlo? ¡Demonios, no! Entonces, ¿por qué lo hacía? Por sentirme bien, simplemente.

Convencido de que los cuadernos me serán de poca ayuda, me dispongo a encender la laptop. Estoy nervioso, no sé por qué. Supongo que, si no encuentro nada allí, tendré que hacer las cosas por mi cuenta, más solo que nunca, y eso me da un poco de miedo. La laptop es vieja y demora en encender. Tensión. Mientras, pienso que aquí es donde grabó su primer álbum. «Aquí sucedió el arte», digo y no puedo sentir nada profundo, no me conmuevo y eso me molesta. No encuentro un sentido trascendente a su música, ya no. Quizás hasta el arte se desvanezca. Veo la pantalla encendida, cargando. El fondo es negro, aburrido. Hay pocos íconos en el escritorio: Internet, un programa para editar audios, Word, un lector de pdf, una carpeta. Antes reviso los otros discos, busco los archivos escondidos. No hay nada. Me jode. Entro a internet. Está todo como nuevo. Ninguna red social abierta. Pienso que Francisco lo borró todo antes de matarse. Que prefirió borrar todo rastro de lo que sea antes de dejar siquiera una nota. Me está dejando sin opciones. Merodeo un poco por aquí y por allá. Escucho su álbum en internet. Ni siquiera su canal está abierto. Sospecho que el resto de sus canciones se han perdido, salvo que las haya guardado en un USB.

De todos modos, ya no quiero molestar a Patricia. Me siento decepcionado. Decido cerrar todas las ventanas y concentrarme en el escritorio. Vi algo ahí, una carpeta de archivos. Dice: "Nueva carpeta". Hago doble click. Otra carpeta. Dice: "Nadia Palacios". Doble click. ¿Qué?

6

No sé en qué momento dejó de pensar definitivamente en aquél segundo álbum. Respecto a sus ideas, a sus convicciones, las cosas habían cambiado, desde luego. Todo fracaso supone un desencanto y todo desencanto es una oportunidad para evolucionar. Su claridad y alegría tenían algo de sórdido, de inaudito. Su repentina renuncia parecía alegrarle. Uno lo imaginaba liberado del lastre del deseo de ser un artista. De ser un artista tal como él lo concebía. No sé cómo hizo ese cambio y si este tuvo algo que ver con sus desquiciadas ideas respecto a la inutilidad y perversidad de la tristeza.

En todo caso, ignoro qué ocurrió primero: Si su fracaso o su escepticismo frente al mundo. Quizás sucedió poco a poco, imperceptiblemente. Tal vez participé de su transformación. A lo mejor fue tomando mis respuestas, mis objeciones, como combustible para sus ideas. Fui su interlocutor de inteligencia mediana, aquel que le ofrecía las respuestas poco convincentes que lo soliviantaban hasta la risa.

Las últimas semanas no habló de su música. O, mejor dicho, habló mal de ella. No dijo que fue un error sino un paso necesario, pero poco elegante. Un periodo oscuro, una infancia torpe, ruin y obligatoria de la que emergía, acaso, como una criatura enérgica sin un destino preestablecido. En definitiva, un ser extraño, absurdamente feliz. Pero todavía hablamos del arte. Él insinuó su inutilidad, su obsolescencia, su *desaparición en su falsificación*. Recuerdo que le dije «Man, te estás volviendo un nazi» y él respondió «Supéralo bro, el arte ya no existe».

Fue una de nuestras últimas conversaciones. Me daba la impresión de que estaba dando el siguiente paso y que debía seguirlo, pero no comprendía bien lo que quería decir ni lo que había que creer.

No estaba enojado, sus palabras no eran producto del resentimiento. Había una especie de paz en todo lo que decía, una tranquilidad cínica que, sin embargo, no era indiferencia, porque Francisco estaba dispuesto a hablar, a argumentar. Solo hacía falta que le preguntase, pero no sabía exactamente qué.

Dijo «A lo mejor el mundo necesita *héroes menores*. Personajes pintorescos que reproduzcan la sensibilidad, la vieja sensibilidad, establecida de forma arbitraria e improvisada por generaciones y generaciones de individuos finalmente dóciles y resignados. Esos héroes son los carceleros que de vez en cuando traen la comida y dicen que, más allá de los inconvenientes, la cárcel es buena y hay que respetarla. Dicen cosas así: Es más fácil estar adentro que afuera». Yo respondí «Es necesario que haya gente que diga cosas diferentes». Él dijo «No es necesario cuando no hay nadie que lo necesita, cuando ya todos están cómodos con la situación, con la vida». «¿Y quién te ha dicho que están cómodos?», repuse, «¿Acaso la gente no se siente perdida, sola, asustada, enfadada con las cosas?» «¿Y qué hacen al respecto?», exclamó, «¡Consumen la misma mierda que confirma la dinámica de la soledad, el miedo y la frustración!». Su rostro impetuoso me impresionó tanto que dejé de pensar. «Dicen que hay una soledad y un vacío, pero, ¿por qué lo dicen? Porque no tienen alternativa, porque lo han oído desde niños, desde el primer día en que les enseñaron a hablar y ahora lo escuchan por todas partes. Son clichés, los sentimientos, esos sentimientos, son lugares comunes. Y no digo que esté mal, puesto que no hay alternativa, lo que pretendo es señalar que es posible concebir una sensibilidad que prescinda de la experiencia de la angustia existencial como necesaria continuación de la felicidad y esta como su contraparte natural». «No tiene sentido», dije, por decir algo. «Puede parecer absurdo al principio. La tristeza y la alegría como una dicotomía necesaria e inevitable tiene cientos de años. Hay que estar triste para aprender a valorar la alegría, dicen. Pero, ¿qué hacen cuando la tristeza se prolonga demasiado o la alegría dura muy poco? ¿Por qué parece descabellado exigir una alegría permanente, una felicidad implacable?», dijo. «Porque no es posible», repliqué, «Porque el dolor es inherente al individuo». «El dolor físico, sí», espetó. «¿Qué quieres decir?». «Lo que llamamos sensibilidad es solo la forma en que empleamos las palabras para interpretar nuestra experiencia, digamos, *visceral*. Si el corazón me late a mil y me sudan las manos digo que tengo ansiedad. Digo la palabra *ansiedad* para interpretar esos cambios en mi cuerpo. Lo mismo con todas las cosas que suceden aquí. Como te decía, las palabras no están dentro del cuerpo sino fuera, en el mundo, en la sociedad», inquirió. Solo pude decir «Continúa». «¿Recuerdas eso que dijo Wittgenstein?», preguntó. «¿Qué dijo?» *"Los límites de mi lenguaje son los límites de mi mundo"*, citó. «Muy solipsista para mi gusto», repuse. «Dale una oportunidad. Si el lenguaje que uso no es mío, no lo inventé yo, sino que me fue dado, entonces, mi lenguaje y el mundo, que no

soy yo, me son ajenos, entonces, no estoy viviendo realmente. ¿No te parece una putada?». «Ya no te sigo, huevón. Baja un poco», dije. «Sigamos», dijo, riendo, «Ahora, me permito hacer una ligera variación con propósitos estrictamente teóricos: "Los límites de mis *sentidos* son los límites de mi mundo". ¿Eso es mentira?». «Uhm, supongo que no», respondí. «No lo es. Lo que me sucede a mí o, mejor dicho, lo que le sucede a mi cuerpo, me compete solamente a mí. Aunque yo diga un montón de cosas, aunque me esfuerce mucho intentando describirte lo que siento, lo que siento quedará en mí». «Vivimos en comunidad», dije, «Tenemos que decirnos cosas, inevitablemente, tenemos que creer en las cosas que decimos». «En efecto, pero también tenemos que sospechar que lo que decimos pudo y puede ser de otra manera y aquello tener una resonancia distinta en nuestro cuerpo. En realidad, no hay nada que lamentar, pero tal vez sí que cambiar. ¿No te parece divertido, esperanzador?», respondió. «Uhm…no lo sé», dije. «Digo que podríamos intentar una nueva forma de experimentar el mundo a nivel *conceptual* y, por tanto, a nivel vital. Los conceptos y la vida no son incompatibles, obviamente. Hay unas palabras que refieren a ciertos sentimientos. Entonces, por qué no nuevas palabras para nuevos sentimientos, o, rayos, las mismas palabras para nuevos sentimientos, nuevos sentimientos para las mismas experiencias viscerales. ¿Quién puede oponerse a esta nueva política sentimental? Y, si lo hace ¿Con qué argumentos?». «¿Y tú crees que eso es lo que tiene que decir un artista? ¿Eso es lo que tú quieres decir como artista?», repuse. «Uhm…quería, la verdad. Creo que empecé a elucubrar esas ideas con naturalidad y supuse que sería fácil escribir canciones diciendo todo aquello. Pero, como habrás notado, no es tan sencillo de decirlo porque incluso no es sencillo de pensarlo. Y no por razones intelectuales sino…*emocionales*. Es mejor estar adentro que afuera, dentro del *canon sentimental* que nos gobierna, más o menos bien, y no fuera, donde todavía todo es incierto y no hay ninguna garantía de éxito. Por eso digo que a lo mejor el mundo solo necesita héroes menores, que no se salgan de la cárcel, de la cárcel sentimental, que estos den vueltas en torno a los mismos tópicos de siempre, simulando alguna novedad, pero nada radical, sino solo una apariencia de novedad, la suficiente para dar la sensación de autenticidad y vanguardia, pero en el fondo no sucede nada realmente nuevo. Al fin y al cabo, si funciona ¿por qué cambiarlo? Si una crisis existencial superada propicia un periodo de felicidad, si la dicotomía de dolor y placer funciona, ¿por qué intentar alterar esa dinámica? Es que funciona, está bien, supongo que está bien. Ya es una cuestión personal tender hacia una u otra posibilidad, pero yo

ya me cansé, me aburrí de lo mismo, ¿entiendes?", dijo. «Entiendo», repliqué.

7

Un montón de fotos y videos. Exactamente 539 archivos. Deslizo la barra vertical y veo las cuadradas miniaturas que forman un colorido mosaico. «¿Qué es esto?», pienso. Son fotos y videos, nada más. «Pero, ¿qué hacen allí?». Hago click en la primera imagen. Aparece una chica sonriente, ligeramente ladeada. Tiene el rostro ovalado, una nariz respingada, los ojos almendrados y unos labios redondos. Es guapa. Le calculo unos 19 años, aunque es difícil precisarlo. Tiene el cabello rojo, moteado de diminutas y puntiagudas estrellas desperdigadas con algo de armonía. Obviamente, es un filtro. Me gusta, pero no comprendo qué hace allí. Supongo que es Nadia Palacios, pero ¿quién es Nadia Palacios? Nunca he oído hablar de ella. Francisco no la mencionó en nuestras conversaciones, pero está allí, replicada en todas esas fotografías que voy viendo. Es ella, identifico su rostro, pero los colores de la piel, los ojos, los labios y el pelo varían en cada una. Es cada vez más hermosa, más resplandeciente, en diferentes posiciones, sonríe, se muestra seria, enternecida, conmovida, feliz y serena. Nadia en todas las formas posibles, en todos los gestos. No entiendo, pero me gusta. Quedo hipnotizado. Aún alcanzo a preguntarme qué significa todo aquello. Por qué Francisco tiene todas esas fotos, obviamente descargadas de su red social. Paso a los videos y es ella en movimiento. De hecho, bailando, bailando bien, mal, otras haciendo nada, mirando a la cámara, sonriendo y poniéndose seria. Todo brevemente. Los videos duran 15, 20, 50 segundos. El asunto tiene gracia, pero aun no entiendo. Quinientas tantas cosas de casi lo mismo, de la misma persona. La veo tantas veces que me parece perfecta. Me cansa, me asusta, no sé, me excita, me aburre. Es ella como un fantasma, transparente y brillante. No la conozco de nada y, no obstante, su presencia se me plantea como algo que puede convencerme, que puede hacer que piense en ella y me pregunte cosas como si ya la conociera de algo o supiera de antemano que su naturaleza es intensa, fuerte, real. A veces tengo la impresión de que me mira directamente a los ojos. Sonrío. Sus videos me enternecen y dan risa, me saturan. Quiero entender qué hace. «Tal vez no se trate de entender. Está aquí, simplemente», digo, un poco resignado ante el milagro. Es la misma persona, aunque parezca distinta. La imagino como una criatura mitológica, encerrada en una cámara que modifica su

aspecto caprichosamente. Un ser enteramente maleable que brilla y permanece.

Mientras veo a Nadia, pienso en el motivo de Francisco para acumular todas esas fotos y videos. Rebobino todos sus discursos, escrudiño aquellas partes en donde tal vez haya dejado una señal. Me concentro en las últimas veces, en las que comenzó a decir disparates. No encuentro nada. «Hubiera grabado las conversaciones», pienso. Paso las fotos frente a mí, en automático. Mis pensamientos van, por un lado, acelerados, mientras mis ojos lagrimean de tanto tenerlos abiertos. Quizás hasta babeo. Mi cuerpo adquiere una levedad que me agrada, como si mi alma se concentrara y adhiriera a la tapa de mi cráneo, como gotas de sudor. Por una extraña razón, me siento satisfecho. Ahora me cuesta concentrarme en la pregunta del por qué todo esto. Llegado cierto momento puede que no me importe. Nadia es ciertamente hermosa, pero su belleza es críptica, cerrada, como inaccesible, casi inexistente, ilusoria. Me siento morir, pero es una muerte tan solitaria e inexplicable que solo puede dar risa. En todo caso, me parece que presencio dentro de mí la revelación de que toda tragedia es en realidad una comedia y que toda comedia es irremediablemente personal. Quiero decir, ¿Nadia existe? Obviamente, la estoy viendo. Debe existir, tiene que hacerlo, porque ahora pienso en ella y me pregunto dónde estará, en qué lugar se hallará su existencia hecha materia. Eso. Estoy conmovido, no sé qué me ocurre. Me da la impresión de que mis preguntas, todas mis preguntas, son inútiles.

8

Recuerdo la última conversación que tuvimos. Mejor dicho, quiero recordarla. Es probable que no lo consiga, que cada frase que le atribuya sea un torpe remedo, una interpretación fallida. Me da la impresión de que hablar demasiado y en abstracto diluía nuestros cuerpos, los desvanecía porque los ignorábamos. Éramos ideas revoloteando, insignificantes e insatisfechas, felizmente enojadas. Tal vez por eso no me percaté de aquella intención mortal. En cierto modo, nos habíamos convertido en tipos tan racionales que dejábamos de lado el juego emocional. Supongo que éramos algo así como unos teóricos despistados y desesperados.

Mientras Francisco elogiaba su renuncia, su fracaso, yo sentía el prurito de la escritura. Ignoraba en qué momento ni cómo habría de hacerlo, pero tenía la sensación, la seguridad, de que, tarde o temprano, lo haría.

Obviamente, no sospechaba que Francisco moriría. Sus nuevas ideas me

extrañaban y me hacían sentir cierto temor de él, pero también me parecía que aquello era una evolución interesante de su trabajo. Esperaba que concluyera, que, una vez lograda la claridad, compartiera conmigo las virtudes de ese nuevo razonamiento. Pero no sucedió. Me dijo que su hallazgo era intransferible, que si lo quería lo buscara. No era egoísmo, ahora lo sé mejor, simplemente así eran las cosas.

Despotricó una vez más contra los *héroes menores*. Ya más sereno, dijo: «El *juego actual*: Que todas las personas puedan hacer lo que los artistas, no es tan inofensivo como pudiera parecer. Porque para experimentar el arte se precisa de una *distinción* marcada entre artista y espectador. Pero si no existe la necesidad de definir lo que es un artista y lo que es el arte o la experiencia artística, tampoco importa lo que se pretenda hacer con todo aquello. Artista y espectador son roles muy diferentes. El artista dice cosas y el espectador las oye y la experiencia artística es la experiencia de interpretar el mensaje. Cuando el espectador se disfraza de artista dice algo que no proviene de sí mismo, es una copia sin esfuerzo, cacofonía. Pero todo esto no importa, no puede importar, porque sueno irremediablemente dogmático. Esa es la encrucijada que hay que resolver. Y resolver una encrucijada que no importa a nadie más que a uno mismo parece una pérdida de tiempo ¿no? Cuando las cosas están bien no importa tanto intentar que estén mejor si hay un riesgo de perder lo que ya se tiene».

Yo entendí que la noción de artista que Francisco tenía iba llegando a un saludable fin. Era por eso que él mismo renunciaba a ese proyecto, a ese segundo álbum, pues su teoría era impracticable. «Que ahora todos puedan ser artistas, sin mayor complicación, no es un gesto de amabilidad recíproca, tampoco un avance. Es, sencillamente, *la desaparición de la posibilidad de un tipo de experiencia*. Todos celebrarán lo corriente como genial porque solo pueden decir cosas corrientes para sentirse geniales. En esta situación, ¿qué importa lo verdaderamente genial? Si todos son cómplices, la repetición será real, se hará verdadera, legítima y, a la larga, genial. ¿No te parece divertido?», dijo. «No», respondí y no pude agregar más. «Solo queda la retirada de los dogmas, de lo que llamamos fervor, de nuestra amada verborrea teórica. ¿Tuvo alguna vez utilidad? Vemos que no. No pudimos cambiar al mundo porque solo somos individuos pugnando contra instituciones que son *fantasmas* que poseen a otros individuos. Siempre ha sido así y no cambiará. Sospecho que estamos en la edad de darnos cuenta de ello. Atravesamos el periodo del verdadero desencanto, descubrimos que el de la adolescencia fue solo un simulacro. Supongo que podría no importar, pero, por alguna razón, me importa».

9

Camino por la ciudad. Tengo los audífonos puestos pero el álbum ha terminado hace bastante tiempo. De modo que solo oigo el ruido del rededor. Automóviles, gente hablando en distintos volúmenes y velocidades. Tiendas comerciales reproduciendo la música de moda. Perros ladrando, niños balbuceando a la altura de mis piernas. Todo eso filtrado por los auriculares apagados. Estoy como paralizado. Como si mi capacidad de pensar se hubiera atascado en una sola cuestión. Estoy así desde la semana pasada, cuando que revisé la laptop de Francisco. En modo automático.

He realizado un montón de informes. No sé bien sobre qué, ni me importa. Oviedo me explota lo mismo, pero creo que ya no me considera su hombre de confianza. Me parece que nunca lo fui. Siento que solo soy una máquina para él, para la empresa, para todo lo que me rodea y para mí mismo. Si pudiera decir algo al respecto, diría que me siento igual, indolente, pero un poco traicionado por Francisco. Quiero decir, no es una traición que duela, sino que me enrarece, me enajena, hace que todo fuera de mí me parezca ridículo y perverso y todo dentro de mí inútil e insípido, como si nada tuviera el suficiente sentido o nada pudiera convencerme completamente. ¿Por qué rayos no me lo dijo? ¿Estaba enamorado de ella? ¿Todas sus reflexiones habían llegado a la conclusión de que lo mejor que podía hacer era coleccionar todas esas fotos y videos? ¿Ese era su gran próximo movimiento? No podía entender y lo peor es que nadie podría ayudarme a hacerlo. Seguro podía abandonar el asunto tal como estaba. Resignarme a admitir que esas fotos no tienen ninguna razón profunda para estar allí, que están porque a Francisco le pareció interesante, simplemente. Nada más. Pienso en eso y recuerdo lo que me dijo Oviedo: «No le des tantas vueltas». Odio admitir que tal vez tenga razón. Quizás debería dejar de preguntarme y aceptar que las cosas son así. ¿Y, después qué? Ocuparme de otros asuntos, supongo. Cuestiones más útiles y productivas. Todo el mundo tiene razón cuando su consejo es ese. Hay preguntas que no conviene hacer y hay cosas que se tienen que hacer. Veo a las personas que pasan por mis costados, en sentido contrario, y a las que están aún bastante lejos. No nos conocemos. Somos un montón de seres extraños compartiendo esta época de la historia y parece no importarnos. Seguro. Es que estamos ocupados en otras cosas, más urgentes, de las que dependen nuestras vidas. Hay que vivir, claro. ¡Maldición! Me enojo un poco. Pienso tantas cosas, en forma caótica. No debería. Tendría que calmarme, respirar y

acomodar cada pieza, cada unidad de pensamiento, en su lugar, para que las cosas funcionen. Pero estoy furioso porque no puedo entender, porque quiero hallar un sentido más complejo en las cosas que veo. No quiero aceptar que las fotos y esos malditos videos están ahí porque sí, porque al estúpido de Francisco le pareció buena idea.

A lo mejor debería estar enojado conmigo. Quizás no le parecí lo suficientemente confiable para que me contara sobre Nadia. Tal vez lo que necesitaba en realidad era a alguien que le dijera «Bro, deja de pensar en esas cosas, deja de preguntarte tanta huevada», pero obviamente ese alguien no sería yo. Yo quería oír más de lo que decía, aunque me pareciera extraño y me diera algo de miedo. Aunque se estuviera desquiciando poco a poco. Ya no podíamos volver a la cotidianidad de las cosas. No queríamos saber nada sobre la vida del otro en esos términos porque estábamos convencidos de que no valdría la pena, de que nos aburriríamos, porque era demasiado corriente, poca cosa en comparación con lo que pensábamos, con nuestras ideas despiadadamente novedosas y controvertidas.

O, tal vez, solo yo pensaba de esa forma e incitaba a Francisco a lanzarse a esos *viajes* porque yo no podía hacerlo, porque no era capaz. A lo mejor, nos hubiera convenido hablar sobre el trabajo, sus dificultades y virtudes. Despotricar un poco y luego reconocer que, pese a todo, las cosas no están tan mal. Hablar de todo, pero solo lo necesario y estar cómodos con ello. Tal vez las cosas así hubieran funcionado. Que me dijera que le gustaba una chica y que pretendía conquistarla y yo alentarlo y preguntarle cómo era y esas cosas. Quizás podíamos hacerlo de esa manera, pero ya es tarde. Él está muerto y yo estoy aburrido. Aburrido y desconcertado. Pero no triste. Hace tiempo que no puedo acceder a ese estado. Y no me arrepiento. Francisco iba diciendo esas cosas y yo objetaba contra ellas, pero, poco a poco, fui entendiendo lo que quería decir, supongo. ¿Es posible no estar triste? ¿Y si lo es, es un problema o un avance? No estoy triste pero no sé cómo me siento. Ahora, ese es el problema, pero no me parece tan complicado. Puedo solucionarlo. La cuestión es que antes tengo que resolver lo de las fotos. Estoy convencido de ello. Lo necesito. Tengo que averiguar quién es Nadia Palacios.

10

«O tal vez las cosas estén bien así», dijo, «¿Quién soy yo para decir que el mundo funciona mal, para despreciarlo y pretender cambiarlo? Supongo que a todos les parece que algo no funciona como debería, como creen que debería. Y se las arreglan, a su modo. Y se duelen, a veces, sufren, pero qué se puede hacer. Así son las cosas. Nosotros no escribimos las reglas. Las reglas *esenciales*. Aquellas que son prácticamente inmutables, incuestionables». «Si ahora todo el mundo puede hacer lo que sea para atraer la atención del resto y este hace lo mismo con igual propósito y todo aquello se convierte en un estilo de vida y se divierten haciéndolo y si se aburren, se las arreglan, y si padecen, saben lidiar con eso; entonces podemos decir que las cosas están bien. Si los cambios son solo pequeños cambios que en realidad no lo son y a nadie importa. Si la gente puede reírse de todo, incluso de su soledad y sus taras sociales sin pretender hacer algo más porque les basta, ¿quién soy yo para decirles que están mal? Evidentemente, nadie. Y tendrían todo el derecho de reírse de mí, de tacharme de petulante, por intentar plantear cuestiones que ya no tienen caso en esta época». «A lo mejor el problema soy yo, nosotros, que jugamos a no encajar porque tenemos un miedo terrible de comprobar que no podemos hacerlo cuando en verdad lo intentemos. Que somos nosotros los que tenemos que cambiar nuestro modo de ver las cosas. Que todo está permitido, todo menos pensar de esta manera, preguntándonos sobre cosas que a lo mejor son bobadas, más vanas que la vanidad misma. Quizás deberíamos aprender a ver, a limpiar nuestros ojos, y comprobar que lo que nos rodea es lo mejor que podría sucedernos. Que tenemos suerte de estar vivos y gozar de estas novedades». «Miles de rostros y cuerpos ansiosos de ser admirados, por cualquier motivo. Cualquier estrategia sirve. Da lo mismo. Nadie tiene derecho a estar triste ante tanta belleza. No importa si no es real, importa un carajo si algo es verdadero o no, da igual, si podemos creerlo, si logramos convencernos de que funciona. Podemos hacer ese esfuerzo entre todos. El esfuerzo de convencer al otro de que merecemos ser vistos hasta en nuestros mínimos e insulsos movimientos. Que todo puede ser arte. ¿Por qué no? Que la multitud manda porque la multitud siempre existió, porque el individuo es terriblemente fugaz, transitorio, efímero y reemplazable. No tenemos derecho más que a obedecer y así está bien. Es mejor no intentar derrumbar eso porque no se puede. Tenemos que reconocer cuáles son nuestras limitaciones y vivir dentro de esos márgenes. Divertirnos y sonreír y si acaso sentimos algo dentro, exhibirlo, como

si aquél que está afuera tuviera la respuesta. A lo mejor lo tiene. Este lenguaje nunca fue nuestro del todo. Nos lo prestaron, nos lo alquilaron y tenemos que pagar el precio de poseerlo. Nuestra soledad convertida en un espectáculo está bien, distribuida como una breve película que todos habrán de ver y decir que la han visto y luego reemplazarla por las películas de tantos otros. Porque somos importantes siempre que no lo seamos por demasiado tiempo. Porque todos tienen el derecho de ser geniales lo más rápido posible». «Las cosas están perfectamente bien, Ricardo. Nosotros somos los que estuvimos mal todo este tiempo. Pero eso no es malo del todo, porque aún podemos infiltrarnos en la fiesta. Puede ser divertido. Bailar y pensar en esas cosas o no pensarlas, simplemente».

CUATRO

1

Busco a Nadia en mi red social. No me es difícil encontrarla. Hay cuatro perfiles con el mismo nombre, pero tengo sus fotos y la identifico rápido. De hecho, allí están todas las que Francisco descargó. También los videos. Le envío una solicitud. Espero. Me pongo ansioso. Quiero saber quién es, de prisa, sin pensarlo demasiado. Si fuera posible, descargaría toda esa información en mi base de datos y esperaría a ver cómo me siento, qué pienso a partir de todo eso. Me da pereza tener que asimilarlo de a poco, hablarle y esperar a que responda, a que responda y luego decirle algo más, pero no tengo alternativa. Esto es demasiado lento. Dejo el móvil sobre la mesa. Me tiro en la cama, boca arriba. Busco en el suelo la novela de Camus. Leo pasajes aleatoriamente. No me concentro, en el fondo espero que Nadia acepte la solicitud para enviarle un mensaje. Prefiero no escribirle antes de eso. No quiero que mi mensaje pase desapercibido. Ella tiene que saber que existo, es lo primero que tiene que ocurrir. Abandono el libro y vuelvo al celular. Nada. Lo actualizo una y otra vez, por si se trata de un problema con la señal. Nada. Respiro profundamente como si esto fuera importante. ¿Lo es? No estoy en condiciones de responder. Ni siquiera puedo pensar con claridad. Odio esta situación, pero, de alguna manera, también me divierte. aunque no puedo explicarlo. Se me ocurre que exagero. Que tengo demasiadas expectativas sobre este asunto, pero me gusta. Es como un nuevo propósito: Resuelvo esto y luego escribo la novela. Tal vez me engaño, quién sabe.

Tengo hambre, voy a la cocina y no encuentro nada. Busco las llaves, me pongo los lentes de sol sobre los normales y salgo. He dejado el celular, para no tener que revisarlo a cada rato. Así me torturo más. Lo siento necesario. Tengo que aprender a esperar o a pensar mientras la angustia me disuelve el cuerpo. Se siente bien, supongo. Mal. De alguna manera, esta combinación de sensaciones me da la impresión de que estoy viviendo algo profundo, como especial. Recorro la avenida hasta la esquina, donde hay una juguería. Pido un jugo de fresas y un bizcocho. Noto que me cuesta comer, que pienso en todo menos en digerir bien. Seguro me veo torpe, confundido, indefenso, pero no me importa. Termino y pago la cuenta. Quiero ir al parque que queda a la vuelta, pasear un poco. Me lo planteo seriamente, pero no tiene caso. Tengo que volver a casa y revisar el móvil. Voy corriendo. De pronto, me siento estúpido. Pienso que hay entusiasmos que no deberían ocurrir. Sigo corriendo, ya no tan de prisa, más bien trotando. Llego a casa, empujo la puerta, subo las escaleras y entro. Me lanzo sobre el celular. Lo actualizo. Sí. Ahí está la notificación: Nadia ha aceptado la solicitud.

Ahora me parece que sucedió demasiado pronto. Me paralizo, fascinado. Alguien, al otro lado del móvil, ha visto la solicitud y, sin pensarlo mucho, la ha aceptado. Sonrío. Estas cosas aún me parecen curiosas, tengo la sensación de presentir el alma de alguien a kilómetros de distancia, de pensar en ella y convencerme de que existe. Me distraigo viendo sus fotos, una a una. Las conozco muy bien, puesto que las he repasado muchas veces en la laptop de Francisco. Intento rehacer el conjunto de pensamientos que he elaborado en torno al tema: ¿Qué relación tenía Francisco con esta mujer? ¿Por qué demonios no me dijo nada? Quiero conocerla, definitivamente. Quiero que me diga cosas que desconozco y que a lo mejor no quiero conocer. Por un momento, me convenzo de que tengo una gran capacidad para socializar. Me siento autosuficiente, enorme. La cabeza me cosquillea, siento que rebalso. Abandono el móvil y recorro la habitación murmurando sin sentidos. Busco el libro que estaba leyendo. No sé por qué lo hago. Seguro porque quiero desconectarme del momento. Es demasiado sospechoso. Hay cosas tan sencillas, que seguro no significan nada, que me animan, como si fueran una posibilidad que nace de las entrañas de lo normal, de lo aburrido y ordinario. Inexplicable todo. Sórdido y divertido. No lo encuentro. Es raro. Busco otro, cualquier cosa. Es como si ahora estuviera jugando a escapar. Supongo que distiendo el momento para examinarlo más de cerca, si acaso es posible. Pero sé que no tiene caso, es decir, tengo que hacerlo. Me detengo, respiro hon-

do. Ciertamente, sigo algo nervioso. Me percato de que saqué mi viejo ejemplar de *La metamorfosis*. Lo dejo sobre la mesa. Tomo el celular. Pienso. Ni modo.

—Hola.

—Hola.

2

Me tranquilicé. Al final, tuve la sensación de que dominaba el asunto. Después de todo, no es cosa del otro mundo. Hasta lo más terrorífico termina por aburrir, hasta lo más bello. Averigüé cosas esenciales: Tiene 22 años, estudia Diseño Gráfico y radica en esta ciudad.

Luego de eso, hablamos sobre cosas cotidianas y me aburrí un poco. Sus respuestas eran demasiado cortantes, como a la defensiva y yo comprendía que cualquier motivo podía incitarla a ser de esa manera, pero tenía que seguir insistiendo, esforzarme más. Necesitaba respuestas. Cuando no se me ocurrió qué más decirle, intenté ser gracioso, pero al parecer no funcionó. Supongo que estoy algo oxidado. Ahora que lo pienso, hace tiempo que no hablo con nadie fuera del contexto del trabajo, donde solo suelto frases insoportablemente manidas. Me siento extraño, gris, como de otra época. Pienso si acaso sería interesante hablarle sobre ello, pero me parece demasiado prematuro y honesto. No es una inseguridad que tema contar, eso lo sé. A mí me divierte saber que soy algo torpe para eso, incluso me gusta. «Lo difícil es sublime», pienso, «pero tal vez no es útil». Ella me preguntó un par de cosas. Qué edad tengo y a qué me dedico. Como siempre, mentí acerca del trabajo. Incluso pensé en decirle la verdad, pero me pareció estúpido. Recordé que estaba realizando una investigación y que no era prudente decir ciertas cosas. Casi a la fuerza, activé mi paranoia. De todos modos, la conversación se tornó más tediosa. Por lo general, siento que no hay mucho que contar cuando lo que se cuenta son cosas cotidianas. Me cansa, es como si me metiera en la misma prisión de siempre. Me siento arrogante y quiero decir cosas poco comunes, pero desentonaría con la situación. Entonces, me resigno a inventar cualquier pretexto para terminar el diálogo, dejando en claro que deseo continuar hablando, pero en otro momento.

3

Es desolador verificar el contraste entre la facilidad de ver su rostro y la dificultad para conocerla. Casi sin darme cuenta, he memorizado sus rasgos faciales y sus movimientos. Me cuesta ser objetivo, no imaginarle ciertos atributos que, desde luego, son los que me gustaría que tuviera. Tendido sobre la cama, pienso en lo que siento o busco sentir respecto a Nadia. No es automático, desde luego. No hay algo en mí que me diga «*Esto* es este sentimiento». No. Las cosas no funcionan así. Francisco tenía razón: Todo sentimiento es visceral, corporal. Lo puedo experimentar como un *vacío* en el pecho, pero no es un vacío propiamente dicho. Llamarlo así es solo una metáfora, quizás algo torpe. Necesito pensar, interpretar las señales físicas y ponerle un nombre, pero no se me ocurre alguno. Supongo que puedo decir «Estoy confundido» y estaría bien pero no me basta. Aún me siento un poco ridículo. ¿Por qué corrí con tal desesperación por ver el celular? ¿Qué significa? ¿Me importa Nadia? ¿Para qué? Fijo la mirada en el techo. No pienso, me estremezco, me da la sensación de que me pierdo, como si mi voz se desvaneciera, me abandonara. Se siente bien. Se me ocurre que sería genial quedarme así, para siempre, con una especie de leve pensamiento en permanente desaparición. Pero no puedo sostener este estado por mucho tiempo, tengo que pensar.

Necesito tener información extra sobre Nadia, para poder decirle cosas. De modo que vuelvo a revisar su perfil, con más cuidado. Canciones, memes, videos, frases irónicas o terriblemente sentimentales compartidas de otras fuentes. No me sorprende, la verdad. He visto miles de perfiles iguales. Sé que no debería ser diferente, pero me siento un poco defraudado. Podría decirle cualquier cosa, entonces, como si no hablara de nada. Tal vez el problema radica en que busco en el lugar equivocado, pero es el único disponible, al menos por el momento. Aunque me río con esos memes, claro. Para eso están. Pienso en el deseo permanente de reír. En la proliferación de cosas que mueven a la risa. Me cansa. Me pregunto si también les sucede a los demás. Puede que no, puede que rían sin parar, sin agotarse. Supongo que está bien. Aunque me siento excluido de esa posibilidad, siento que no me pierdo de nada. En todo caso, extraño un poco las conversaciones con Francisco y me resigno a que no las volveré a tener. Guardo las fotos recientes de Nadia. Es extraño, siempre que veo su rostro tengo ganas de ser comprensivo, de escucharla. Se siente bien, pero recuerdo que no es tan fácil. No pierdo el entusiasmo, porque es un entusiasmo abstracto, demasiado

racional, es decir, creo, egoísta y puro, sincero, independiente. Imagino su voz, invento conversaciones.

Debo parar. Ocuparme de otras cosas. Mi novela, por ejemplo, que no he comenzado siquiera. Me cuesta dejar de pensar en Nadia. No hay un sentimiento claro, desde luego. Supongo que es curiosidad, esperanza de que constituya una pieza importante en la construcción de mi libro. Lo que siento es un interés casi científico o eso quiero pensar. En todo caso, es la misma curiosidad que podría sentir por cualquier persona cuyo rostro se me ha hecho forzosamente familiar.

4

Los días transcurrieron así, enviándonos mensajes esporádicamente. Diciéndonos cosas que a la larga no tenían ninguna importancia pero que en el momento tenían sentido. Yo me divertía. A medida que intercambiábamos textos tenía la sensación de que la conocía cada vez mejor, pero en cuanto me preguntaba qué era aquello que conocía, no sabía qué responder. Era un espejismo, en todo caso, y no podía sostenerme de eso. A veces me imaginaba que Nadia no existía, que a lo mejor era un bot programado por algún tipo con demasiado tiempo libre. Si me esforzaba, aquella idea permanecía, adquiriendo fuerza de convencimiento. No me asustaba, obviamente. La paranoia es un deporte para quienes sobrepiensan las cosas. De algún modo, llegaba a resolverlo. ¿Qué pasaría si Nadia fuera un bot? Nada. «¿Quién no lo es?», me pregunté y pensé en que sería una cuestión interesante que debatir con Francisco. Entrena a una persona para decir una serie de cosas ante una serie de eventos y lo hará. Entrénala más y será capaz de hacer combinaciones, aparentará creatividad, pero en el fondo, no será más que repetición. Hay círculos de los que nadie puede salir: El círculo de la sensibilidad, el círculo del entretenimiento, el círculo de los pensamientos. Intenta salir de allí y serás odiado o te sentirás perdido.

Pensaba en todo ello, con una enorme satisfacción, como si repasara un texto que precisamente se salía de algún círculo. A veces pensaba aquello en el trabajo y me estremecía de felicidad y luego solo reía ante la idea de que era imposible decirlo en voz alta. ¿Quién entendería? Nadie. ¿Qué caso tenía entonces?

Ese sentimiento es curioso. A nivel corporal, supongo que produzco una serie de químicos que recorre mi cuerpo y me hace sentir que salgo de esta realidad. A nivel conceptual, solo puedo tener ideas. A nivel sentimental… ¿Qué?

Claro. No es más que la *intersección* entre lo corporal y lo conceptual. Interpreto las señales de mi cuerpo, las interpreto con el lenguaje. Eso es un sentimiento. Había un punto, lo creía cercano, en donde el dominio del lenguaje, de cierto lenguaje, permitía el dominio de los sentimientos. Aunque esto lo tenía solo en borrador, teóricamente. Y ni siquiera eran ideas mías sino de Francisco. En todo caso, ¿quién no es un ladrón de ideas? Me preguntaba si sería capaz de meter todas esas cuestiones en mi novela, si acaso tenía la esperanza de que alguien llegara a entenderlas y sucediera algo, algo nuevo, en este mundo que me parecía insoportablemente simple y lleno de miedo. Claro que tenía esperanza, pero no era una esperanza en el futuro. Quiero decir, solo lo pensaba por pensar algo.

Llegado cierto momento, me sentí preparado para hablarle de Francisco. Hasta entonces, no le había mencionado mi vínculo con él. De algún modo, esperaba que lo descubriera, pero no sucedió y tampoco es me que sorprendiera que fuera así. Aún le confería ciertos atributos como la sensibilidad o la tendencia a ser sincera, pero creo que lo hacía porque no tenía alternativa. Siempre que hablas con alguien tienes que asumir que te está diciendo la verdad, sino todo se vuelve una farsa o una farsa demasiado evidente. Aunque también era algo involuntario. O sea, uno siempre quiere que las cosas salgan bien y a veces eso significa asumir que las cosas son de cierta manera que podemos comprender e incluso querer. No tenía salida, por decirlo de algún modo.

—Oye, ¿conoces a Francisco?
—Uhm, Francisco qué.
—Francisco Torres.
—Uhm, me suena.
—Te suena, ¿nada más?
—Sí, ¿por qué?
—¿No era amigo tuyo?
—No sé, solíamos hablar.
—Ah, ¿y de qué?
—Cómo de qué. Cosas. De la vida.
—Ah.
—Sí.
—¿Y era interesante?
—¿Qué cosa?
—Hablar con él. ¿Te decía cosas interesantes?
—No sé, lo normal. Pasábamos el rato, nada más.

—Ah, ya. Entonces, nada.
—Sí.
—¿No te dijo más?
—¿Cómo qué?
—No sé. ¿No te contó cosas sobre su vida?
—Ah, sí. Que trabajaba en una empresa.
—¿Y qué más?
—Nada más. ¿Por qué? ¿Lo conoces?
—Claro. Era mi amigo.
—¿Era?
—Sí.
—¿Qué pasó?
—Se murió.
—¡Ay, qué pena! ¿Cómo así?
Estuve a punto de decirle que se mató.
—Un accidente.
—¿Cómo así?
—De tránsito. Iba a visitar a su padre.
—Vaya, lo siento. No sabía.
—¿No viste su perfil?
—Uhm, no.
—Igual no hay nada. No lo usaba demasiado.
—Ah, ya. Qué pena, de verdad.
—Entonces, ¿no lo conociste en persona?
—No.
—¿No quedaron alguna vez?
—Bueno, sí. Pero cancelé a última hora porque tenía algo que hacer.
—Entiendo.
—Hablamos un par de veces, por teléfono.
—¿Y, qué tal?
—Uhm, normal. Era gracioso.
—Sí, así era él.
—Sí.
—¿Y, recuerdas si te dijo algo importante?
—¿Algo como qué?
—Uhm, no sé, algo sobre la vida.

—No te entiendo. No, no creo. No recuerdo.

—Ah, ya.

—¿No te contó que era músico?

—¿Era músico?

—Sí.

—No, no me dijo nada sobre eso. Qué bonito.

—Sí.

—¿Y qué, cantaba?

—Uhm, cantaba mientras tocaba la guitarra.

—Qué bien.

—Sacó un álbum.

—Qué bien. ¿Lo puedo oír en internet?

Por un momento estuve tentado de decirle que sí. Que estaba allí. Pero me contuve. Supongo que no se lo merecía.

—Ah, no. Solo hizo algunas copias.

—Ah, qué pena. Me hubiera gustado oírlo.

—Sí. Bueno.

«Nadia es un *bot*», pensé. No sentí nada, salvo ganas de reír. Imaginé a Francisco descargando todas esas fotos y videos. ¿En qué momento lo hizo? Quiero decir, ¿qué pensaba? Me pareció harto ridículo e idiota. En cierto sentido, lo compadecí. No podía comprender qué lo había movido a hacer eso, como si la idolatrara y necesitara hacer una especie de altar virtual a donde acudir a adorarla, a entregarse plenamente a ella, a pensarla. Pero, ¿por qué a ella? No parece extraordinaria, genial, sino todo lo contrario, una persona tan normal como todo el mundo. ¿Por qué adorarla? Yo mismo me sentí un imbécil al comprobar que le estaba atribuyendo ciertas cualidades que a lo mejor ni tenía. Que seguramente no tenía. Pero, ¿por qué? Simplemente yo también tenía ganas de hacerlo. Me pregunté de dónde provenían esos ánimos y me di cuenta que eran las mismas ganas que me movían a creer que las cosas podrían salir bien. Era eso: Esperanza. Jodida esperanza, la que me impulsaba a pensarla de tal modo que anulara todas las otras oscuras posibilidades. Pura complacencia, entonces. Puro actuar como cualquier otra persona. Me reí de lo sencillo que parecía resolverlo todo.

Solamente había que ceder, entregar las armas con las que habías medio derrotado al oponente. Esa era la única victoria a la que podías acceder: Darte cuenta de que no podías ganar, de que no había forma de salir del círculo. De pronto, una rabia insólita escaló mis entrañas hasta quemarme el cerebro. Me

pareció que Francisco había sido malogrado por un agente pernicioso y obligado a decirme todo lo que me había dicho. Y yo le había creído. En algún momento, su inteligencia se turbó, se manchó, con tal pericia que ninguno de los dos se dio cuenta. Y dijimos cosas como si estuviéramos a punto de encontrar la solución definitiva y Francisco dijo aquello de que había encontrado la *Verdad*, con mayúscula, y, sin embargo, solo se trataba del círculo repitiéndose.

No podía más que vivir en una ilusión y dejar engañarme porque los límites de tal engaño rebasaban inmensamente mi capacidad de distinguirlos. ¿Había que sufrir por eso? ¿Estar triste por reconocer los límites de mi existencia? Claro que no, pero tampoco podía admitir una celebración o resignarme, simplemente. La rabia estaba, allí, la percibía como una especie de esperanza negativa, como un impulso que me exigía hacer algo a pesar de saber que no podía hacer nada, como si negara, despreciara el consuelo de la resignación. En este punto, sentí un quiebre en mí, una ruptura, una liberación, la sagacidad desatada que también era esa rabia, pero destilada, sofisticada. Recordé el rostro de Nadia en las fotos. Me conmoví. Luego fui corriendo hacia la laptop a verlas. Todos sus rostros configuraban en mi sensibilidad una nueva noción de belleza. La veía y me quebraba ante la idea de que podía adorarla, aunque no encontrara una razón para hacerlo. Ningún motivo más que el deseo mismo de entregarme. Entonces, la ausencia de una razón se volvía contra mí, me juzgaba y exigía un mejor movimiento digno de mi inteligencia, pero esta estaba acorralada. No había salida. La encrucijada estaba en todas partes y el único responsable de que fuera así sería siempre yo, el que deseaba, el que tenía esperanza. De eso se trataba vivir, pero para mí no bastaba con sentirlo, había que decirlo y decirlo de muchas maneras. Era el mundo y yo. Era el mundo sobre mí, aplastándome y exigiéndome vencerle, aunque no tuviera ninguna posibilidad de hacerlo. Eran mis sentimientos mutando a riesgo de desintegrarse. Era mi rabia, doblegada y burlada, reinventándose para que yo no enloqueciera y cayera en el abismo de lo *normal* donde sabía que nada en mí podría funcionar. Era, en fin, una lucha tan personal que daba la impresión de que era absurda, peligrosa, insoportablemente solitaria. Pero solo en apariencia, desde luego, como todo.

Nadia está en algún lugar de esta ciudad, riéndose de esto, como si viera el más divertido de los memes, satisfecha con sus respuestas planas y con sus fotos que no dicen nada pero que lo exigen absolutamente todo. Entonces, sé lo que tengo que hacer. Lo sé con una claridad abrumadora, incuestionable: Tengo que matarla.

CINCO

1

Se estableció como un rumor continuo, como una sustancia extraña incorporada, sin mayor dificultad, en la corriente de mi sangre. Estaba convencido de que tenía que hacerlo. Todo el mundo comprendería si le contara las razones. Incluso se conmovería. Me sentía más solo que nunca, más tranquilo, y para explicar tal estado, para darle un rigor conceptual, tenía que proceder, sin duda.

Creía en Nadia, en su existencia, casi en su ubicuidad y en esa especie de aparente trascendencia que significaba sus frases cortas y sus fotos perfeccionadas hasta el hartazgo.

Me di cuenta que hacía lo mismo que Francisco: Coleccionaba sus fotos. Las iba incorporando al altar que había construido. Cuando pensaba en él, aún podía compadecerlo, porque creía que su fervor era frágil o fallido en comparación con el mío. Veía su sagacidad aplastada por el entusiasmo y la contundencia de haber hallado la *verdad*. Había que virar, retornar a la claridad de lo simple sin dejarse devorar por lo simple. Yo lo sabía. La muerte de Francisco me había ayudado a darme cuenta. Tenía que estar agradecido y lo estaba, pero aquello no me impedía despreciarlo. Era eso: Desprecio y lástima y una necesidad de reivindicar su esfuerzo, corrigiendo o terminando lo que supuse él había comenzado. Su fracaso era respetable y, en cierto modo, también un tipo de victoria, en el sentido de que se había atrevido a explorar en ese terreno insólito. Tras su desaparición comprendí que no había podido rehacer el camino y que ahora era mi turno de intentarlo.

2

Pensé en la forma más práctica. Un arma, claro. Nunca me había visto envuelto en actos de violencia, salvo las veces en que intercambié algunas trompadas cuando estaba ebrio. Nunca nadie me había apuntado con un arma y ahora yo tenía que hacerlo. Estaba nervioso. Aquella decisión afectó mi desempeño laboral y tuve que hacer un esfuerzo sobrehumano para continuar haciendo los informes con mi conocida eficiencia. Dormía mal o no podía hacerlo, pensando en las diferentes situaciones en que desembocaría el primer movimiento. Calculaba milimétricamente cada gesto, cada palabra. Eliminaba cualquier posibilidad de arrepentimiento. Me daba valor, respirando profundamente, sintiendo mis entrañas envueltas en ese ardor típico y persistente que suelo interpretar como ansiedad. También intercambiaba mensajes con Nadia. No tenía que perder el contacto con ella sino, más bien, conseguir un acercamiento. Tuve que ingeniármelas para tener algo que decir y no delatar mi propósito. Evidentemente, no la odiaba. Se trataba más bien de algo que tenía que hacer como una espontánea prolongación de mis razonamientos. No había locura, ningún desquiciamiento, sino la fría certeza de que aquello tenía que suceder por el bien de mi existencia y el de la humanidad. Nadia respondía a los mensajes como si todas las cosas estuvieran en su lugar y asumieran tranquilamente su naturaleza. Hablar con ella me daba cierta paz y una comodidad que terminaba por adormecerme; pero sabía darme cuenta a tiempo de que era un engaño, una red que me tendía, divertida, cada vez que tenía la oportunidad. Salía airoso, desde luego, pero cansado. Tenía que darme prisa.

Por su parte, Oviedo parecía intuir mi intención y tratar de obstaculizarla, asignándome responsabilidades cada vez más absurdas. Pero no podía cejar ni dejarme en evidencia renunciando. De modo que tenía que obedecer con una exagerada sumisión que tal vez me daba la apariencia de estar aprendiendo a resignarme al papel que me correspondía por azar o cualquier cosa. En cierto sentido, tenía gracia. Aún recordaba nuestra conversación en aquel bar y a veces me parecía demasiado extraño lo que me había dicho, como si se tratara de un mensaje urgente que me tenía que transmitir, que yo debía asumir. Ese tenía que ser un momento decisivo en nuestras vidas. Él el salvador y yo el salvado y, no obstante, no había ocurrido ni tenía posibilidad de suceder.

Me sentía orgulloso por ello, casi inmune a ese tipo de discursos que ciertamente no me provocaban más que risa. Mis propias ideas solventaban mi con-

fianza. Mis convicciones, elaboradas en conjunto con el buen y malogrado Francisco, eran de otra constitución, demasiado vanguardistas para el ritmo de este mundo que me parecía se estaba agotando y mutando en una suerte de caricatura en donde las cosas no tenían mayor sentido que el de un espectáculo cada vez más torpe, infantil y redundante, pero curiosamente, bastante placentero. Me daba la impresión de que, con nuestras discusiones, Francisco primero y luego yo, emprendíamos el camino de pertenecer a ese mundo, pero lo suficientemente protegidos para no ser lastimados por él. Eso nos hacía extraños respecto a los demás y no nos asustaba. La ansiedad era el resquicio de una tristeza obsoleta que había perdido su influencia sobre nosotros. *Tristeza* era una palabra vacía a la espera de un nuevo significado que tal vez ni nos molestaríamos en elaborar.

Oviedo jamás entendería eso y yo no podía hacer más que bajar la cabeza como si él tuviera razón. ¿No era gracioso? Claro que sí. De modo que ahí estaba yo, haciendo los informes, reuniendo y analizando datos y convirtiéndolos en gráficos que seguramente importaría a todos menos a mí. Ese era el destino. Yo podía resignarme a comprender tal estado de cosas y a sufrir mi desadaptación, pero, ¿acaso había otra alternativa? Por supuesto que sí y el primer paso era conseguir el arma y terminar con ella. No había otro modo, por más que lo quisiera realmente.

Por eso me he pasado varias horas buscando a alguien que pueda proporcionármela. Se me ocurrió que podía saltar de contacto en contacto, en mi red social, y dar con alguien que tenga un revólver de sobra. El amigo del amigo del amigo. La gente ha perdido el pudor por exhibir cualquier cosa con el afán de parecer genial y eso me parece genial. No pierdo el entusiasmo, alguien debe haber. Reparo en un contacto que tiene cierto aspecto amenazante. Ya sé que me dejo llevar por las apariencias, pero es la única referencia que tengo en este momento. Fracaso. Tanteo entonces perfiles de algunas mujeres. No me detengo en ellas sino en los tipos que les escriben algunos comentarios. Indago cientos de nombres. Solo bastará encontrar a alguien sosteniendo un arma o insinuando que está fascinado con ellas. Me canso un poco, pero debo seguir. No me queda mucho tiempo.

Ahí está, mi proveedor, con un nombre estúpido que me causa risa. Reviso sus fotos. Efectivamente, ha de tener varias. Posa con ellas, con el dorso desnudo. Usa lentes de sol. Se ve genial, no puedo negarlo. Le envío una solicitud. Espero poco más de media hora y me agrega. Le escribo. Intento ser amistoso, pero me resulta difícil. A lo mejor no hace falta. Nunca he estado en contacto

con personas de ese tipo. No sé cómo actuar. Le pregunto si tiene un revólver que me pueda vender. Ni siquiera tengo una coartada para tenerlo. Es evidente que lo necesito para cometer un crimen. Afortunadamente mi red social no lleva mi nombre. Al menos tuve esa precaución. El tipo me dice que sí, que tiene uno, "calibre 38". Demonios, yo no sé nada sobre eso. Debí investigar un poco, pero llevo prisa y me cuesta pensar. Entro a internet a ver de qué diablos me está hablando. Claro, ahora entiendo. Es un arma confiable y posee cierta gracia, como si fuera un juguete, súper práctico y cabe en un bolsillo. Le pido que me envíe una foto. Me dice que no puede hacerlo, por seguridad. Le suplico y me siento ridículo haciéndolo. Por alguna razón, el tipo accede. Supongo que tiene que hacerme sufrir un poco. Veo el revólver. No es ni por asomo como los que vi en internet. Deslavado y chato, viejo. Le pregunto si aún funciona. Dice «Está en perfecto estado». «Seguro que sí», pienso. Sospecho que no estoy en condiciones de ser exigente. No quiero comenzar otra búsqueda. Le pregunto si no tiene otro. «No», responde con frialdad. Estuve a punto de preguntarle si acaso no tenía un amigo que pudiera ofrecerme más opciones, pero no lo vi pertinente. «¿Cuánto?», pregunto. «1000 lucas», dice. «No seas malo, bro», digo, indignado por el precio exorbitante. No sé nada de armas, pero seguro me quiere tomar el pelo. «800», responde. Lo pienso. Prosigo con el regateo. «Dejémoslo en 600», digo. «¿Tú estás huevón, no?», me dice. Me asusto. «¿Para qué chucha quieres el arma? ¿A quién quieres enfriar?» Entonces, comprendo que no solo me está vendiendo el revólver sino también la amabilidad de no hacer preguntas. «No, la necesito por seguridad. Nada más», me excuso. «Te creeré», espeta. «Entonces, 800», planteo, avergonzado. «Ok», zanja. Naturalmente, quiere el dinero en efectivo. Gestiono también las balas y el tipo no duda en ofrecérmelas a un precio abusivo, tan seguro de que no replicaré. Acordamos el día de la entrega: Mañana, miércoles, a las 10 pm. El tipo me dice que podría ir a mi casa o cerca de allí a entregármelo, pero yo rechazo el ofrecimiento. No quiero que por ningún descuido se me vincule con el mundo del hampa. Entonces, él dice «Detrás del *Coliseo en Ruinas*». Aquello queda a unos ocho kilómetros de aquí, hacia el oeste, donde todo es oportunamente oscuro, baldío y desgraciadamente peligroso. Yo no puedo hacer nada más que acceder. Me da un número telefónico, advirtiéndome que, si soy algún tipo de soplón, no dudará en usar conmigo el revólver que pretendo comprar y que de ese modo verificaré su calidad. Eso me causó gracia.

Son las 9 pm. Me dirijo al cajero automático de la Plaza de Armas, a retirar el dinero. Mientras, pienso en lo rápido y fácil que es comprar un arma. Me indigno por el mal funcionamiento de la sociedad. Con razón andamos todos paranoicos y pesimistas. Con razón nos avergonzamos de vivir en este país donde todos se pueden postular para delincuentes con bastante probabilidad de éxito. Veo también que mis ahorros se verán mellados por este capricho ciertamente necesario. «¿Qué puedo hacer?», me pregunto, «así es la vida». Camino, mirando a los costados y hacia atrás, cuidando de que nadie me siga. Hace frío y estornudo un par de veces. Repentinamente, me siento un niño en medio de la calle, perdido y asustado. Es una sensación que me aborda con violencia. Me sacude y arroja al suelo. Desde mi altura, imagino al niño caído, débil y magullado y no puedo sentir nada, salvo una especie de pena que contengo hasta que se disuelve en mis entrañas. La niñez ha pasado tan veloz como la adolescencia y no espero que la adultez sea diferente. Me gusta. Saboreo cada segundo que me atraviesa como una serie de indiferentes alfileres que, a fin de cuentas, no tocan partes vitales sino solamente rozan lo que pueden herir y lo que puedo evitar que hieran. El niño se levanta, sonríe y desaparece de mis pensamientos y, en cierto sentido, me siento satisfecho por eso, por esa imagen recurrente que me parece una boba, pero divertida metáfora del tiempo que nos parece que se acumula en nosotros, aplastándonos o empujándonos hacia alguna especie de lugar oculto en nuestro interior, cuando en realidad no sucede, no puede suceder, nada de eso. Llego al cajero, extremadamente suspicaz. Menos mal no hay nadie. Me lanzo a introducir la clave de mi tarjeta y a extraer el dinero que guardo apresurado en los bolsillos del pantalón. Hecho esto, salgo de prisa del cubículo y hago el trayecto hacia mi hogar, procurando no pensar en nada, pero pensando de todos modos.

3

Tomo un taxi hacia el lugar pactado. Estoy nervioso. Ensayo lo que voy a decir. Incluso practico extender el dinero y recibir el revólver. Ordeno cuidadosamente las palabras de tal modo que no le inciten a meterme un balazo en el cráneo. Nada tiene que estar fuera de lugar. Tengo que expresarme con una serenidad que ahora no poseo. Debo inventarla, entonces. Actuar, ser convincente, meterme en el papel. Todo aquello me suena a falso pero necesario. Me pregunto si acaso no he estado actuando por demasiado tiempo, dónde radica auténtica-

mente mi personalidad, mi *yo* verdadero. Me parece que es una pregunta que no tiene sentido. Todo el tiempo he sido yo. Actuando, fingiendo, pero yo. He sido auténtico incluso cuando simulaba ser de cierta manera. He fingido porque no tenía otra salida, como ahora, que tiemblo descontroladamente y respiro con una desesperada disciplina, odiando mi cuerpo asustado, ignorante de ciertas experiencias, pero intentando adoptar la actitud de un hombre que sabe de qué van las cosas. Me da risa. Hay un toque irónico en todo esto. Sé que soy un farsante, pero me esfuerzo por ser auténtico, aunque, a estas alturas, no sé bien qué significa serlo. Respiro. El taxista me mira por el espejo retrovisor y nota mi nerviosismo. Se inquieta. Tal vez piensa que le voy a asaltar. Le di una dirección próxima al lugar del encuentro. Ya estamos cerca. Debería hablar un poco para tranquilizarlo, pero no se me ocurre decir nada, salvo lo que voy pensando «Oiga, soy un farsante», «¿Sabe?, me cago de miedo». Imposible decirle esas cosas, mejor quedarme callado.

El auto se detiene. Estamos en un desierto y desigual cruce de calles. La carretera es de tierra. Apenas hay alumbrado público. Es la periferia de la ciudad, el suburbio. A estas horas, probablemente, no hay más que ladrones y drogadictos merodeando, extasiados y ojalá embebidos en sus disparatados viajes psicotrópicos. El taxista me mira por sobre el hombro como diciéndome que estamos en problemas y le devuelvo una expresión que señala que solo yo lo estoy. Pago el pasaje, preguntándole antes si podría avanzar un poco más, un par de cuadras, o esperarme unos cinco minutos para que me lleve de regreso. Me responde con un «No» rotundo. No insisto y desciendo. El taxista huye y yo lo envidio. Hace un frío de mil demonios y no estoy tan abrigado. Estornudo. Veo el lugar, es horrible. Las casas apenas están en pie, en medio de montones de tierra y basura desperdigada. Algunos perros deambulan, husmeando inútilmente algo que comer. Un gato negro, a lo lejos, sentado sobre sus patas traseras, mira al horizonte. Parece un sabio extraterrestre que, tras haber aterrizado aquí por accidente, medita la forma de salir. Me gusta esa idea: Escapar. Pero antes tengo que obtener el revólver. Avanzo las cuadras que me faltan. A decir verdad, conozco un poco este territorio, debido a mis antiguas noches salvajes y bobas de drogadicción. Alguna vez fui uno de esos cuestionables elementos de la sociedad que pululan por las calles, como saltimbanquis que han extraviado su circo. Pero ya no, obviamente. Estoy retirado. De modo que me desplazo con cierto dominio del terreno. El *Coliseo en Ruinas* fue tal – un coliseo – en algún momento de la historia de esta ciudad, cuando se pensó seguramente que esta zona podría ser

el centro. Las cosas no siempre salen como uno quisiera. Eso lo sé de sobra y seguramente también cada uno de los habitantes de este rincón. Ahora el Coliseo está cada vez más derrumbado, pero aún es posible entrar a alguna suerte de recinto a realizar todos los actos ilícitos posibles, corriendo el riesgo, eso sí, de ser pulverizado por un trozo de techo. Doy la vuelta hacia la parte de atrás. Aguzo los sentidos, camino como si en cualquier momento fuera a pisar una mina. En el fondo, tengo miedo, aunque mi cuerpo sea un insensible témpano de hielo. Me detengo bajo la luz tenue de un poste situado a unos metros de aquí. Escribo a mi proveedor. Espero unos minutos a que vea el mensaje. Responde «Ya llego». Espero diez minutos más y el tipo surge de las sombras, como si hubiese estado allí todo este tiempo, escrutándome. El tipo no es el de las fotos. Este es enclenque y feo, despeinado, con el rostro picado por el acné. Me asombra que vista apenas una chompa raída, un short y unas sandalias delgadas. El tipo bosteza como si lo hubiera despertado. «Seguro vive por aquí», pienso. «¿Y?», dice. «Eh, sí, traje el dinero», respondo. «A ver», exige. «Primero el revólver», replico, haciéndome el interesante. «No jodas. La plata», reclama. Cedo. Saco del bolsillo un fajo de billetes. Noto que estoy temblando. Naturalmente, temo que me robe. Digo «Hace un frío de mierda». Mi proveedor toma el dinero y lo cuenta, entusiasmado, casi sonriendo. Me echa una mirada de satisfacción. Dice «Bacán. Espérame un toque». Yo digo «¿Por qué? ¿Adónde vas?». «A traer el arma pe, huevón», responde. Me siento humillado. Definitivamente me va a robar y no voy a poder hacer nada. El tipo desaparece. Quedo inmóvil, preguntándome con qué demonios voy a matar ahora a Nadia. Estoy convencido de que no va a volver. Veo alrededor: Oscuridad e irregulares retazos de luz provenientes de los otros postes, casi todos a punto de caer. Es una zona verdaderamente deplorable. Por un momento experimento la sensación de que todo está fuera de lugar, sobre todo yo. También tengo el convencimiento de que no podría ser de otro modo y que es mejor sentir cualquier otra cosa que no sea abatimiento. De pronto, el tipo aparece trayendo una bolsa negra de plástico conteniendo algo que seguramente es el arma. Estoy aliviado y agradecido. Casi me reprocho por pensar que este buen hombre me iba a hacer daño. Pero, pensándolo mejor, más minuciosamente, el asunto no ha terminado: Aún puede extraer el arma y dispararme, solo porque sí. Sería macabro, pero es plausible. Nadie sabe qué trama la gente cuando nos situamos frente a sus ojos. Es un misterio con el que tenemos que lidiar. El tipo sonríe y me extiende la bolsa. La tomo y abro. Aquí está, tal como la vi en la foto: Fea y vieja, pero tengo la impresión de que así está

bien. La sostengo como si fuera a usarla. Acomodo el dedo en el gatillo, extiendo el brazo. El tipo saca un paquete de papel de su bolsillo y me la da. Son las balas. «¿Funciona?», pregunto. «Ya te dije que sí», dice, «¿Sabes usarla?» «He visto algunos videos», miento. «Trae», ordena. Dudo, pero obedezco. El tipo abre el revólver, saca una bala de su bolsillo y la coloca en el tambor. Apunta al costado, hacia un montículo de tierra. «Tienes que mantener el brazo firme», dice. «Ya», respondo. Se queda quieto, concentrado en la mira. Trato de imaginar que el montículo es algún organismo condenado. Reparo en que no puedo pensar bien debido a que sigo asustado y que lo mejor que se me ocurre hacer es pedirle el arma y salir corriendo. Pero no puedo, este tipo está atento en lo que sea que pretende hacer. Dispara y veo saltar la tierra del montículo y desaparecer con el viento. Se ríe y dice: «¿Ves?» No hubo ruido, apenas un sonido frío y seco. Yo digo «Sí, entiendo». «La vaina es no dudar, sino estás frito», prosigue, como si necesitara de sus malditos consejos. «De acuerdo. Oye, gracias, pero ya es tarde». El tipo se ríe y me entrega el revólver. «¿No necesitas nada más?», me dice. No entiendo a qué se refiere y él parece notarlo porque me mira como si yo fuera un idiota. Saca algo de su bolsillo: Una bolsita conteniendo polvo blanco. «Ah, no, bro, gracias. Ahí nomás». «También tengo hierba», insiste. «No, en serio», me excuso. El tipo se decepciona y me mira con desprecio, pensando tal vez que soy el farsante más grande del mundo. «Borra mi número», dice y desaparece tal como surgió, de súbito.

El camino de regreso me resultó menos angustiante. Aunque no dejé de ponerme paranoico con cada ruido extraño. Incluso me pareció oír unos disparos a unas cuadras de donde me hallaba. Me detuve en un rincón, en las sombras, y extraje algunas balas con las que cargué el revólver. En realidad, lo hice espontáneamente, como si supiera hacerlo, aunque no tenía conciencia de ello. Supuse que era un conocimiento ya predispuesto por las películas que había visto. Caminé demasiado, con el arma cargada, debajo de mi chaqueta, con un solo pensamiento acosándome: Disparar. Afortunadamente fui acercándome a la carretera principal, donde todo parecía menos amenazante y sinuoso. Me desplacé otro poco hasta que una vieja camioneta me recogió. Para entonces ya había descargado y guardado el revólver en mi bolsillo. El conductor era un anciano parlanchín que intentó conversar conmigo, pero me mostré lo más antipático posible. En cierto modo, seguía asustado. Al llegar cerca de casa, le pagué más de lo que me había pedido. Vio el billete, sonriendo, y seguro que ya no le importó que le hiciera el desplante de no responder cuando me hablaba.

4

Poseer el arma me dio algo de seguridad. Ciertamente, estaba más cerca de concretar lo planeado. Incluso me parece que mi conversación con Nadia se volvió más fluida. Sospechaba que le divertía, que le parecía inteligente. No me lo dijo, pero ella misma empezó a decirme cosas que me parecían interesantes. Solía escribirle incluso en el trabajo. Me divertía, pero sabía que no era factible cambiar el curso del destino. Tenía que suceder. Ya estaba bastante comprometido con la cuestión como para echarme atrás. ¿Cómo volver a aquél anterior estado de cosas? Ya ni siquiera me era posible recordar cómo me sentía o imaginar cómo podría sentirme si acaso poseyera aquella antigua…sensibilidad. Yo ya era un individuo distinto, o casi. Solo tenía que hacerlo. El último paso que dar para comenzar la nueva era de mis sentimientos.

Le escribo a Nadia. Le digo que me parece que ya hemos conversado lo suficiente, que me interesa conocerla, que me muero de curiosidad. Ella manda unos emoticones sonrientes, horrorosos. Le digo que hablo en serio, que sería bueno conocernos más, de otro modo. Ella responde que le parece buena idea. Le digo que este domingo sería magnífico. Ella dice: «Cae 29. Lo siento, no puedo. Tengo un compromiso». Tal vez miente. En todo caso, no puedo saberlo. Mejor no especular. No sé qué hacer, no quiero parecer desesperado. Si digo que da igual, que podemos dejarlo para otro momento, me tomará mucho tiempo retomar el tema y tal vez para entonces ya ni nos hablemos. No puedo dejar pasar esta ocasión. De pronto, ella dice «¿Qué te parece el 31?» Reviso el calendario: Cae martes. Le digo que ese día trabajo hasta tarde. Ella responde «!Cómo¡¡Si es Halloween!». Es cierto. No había reparado en ello. Halloween es una festividad extraña, hiperbólica y caricaturesca. Tal vez sea una señal que no debo dejar pasar. Respondo «De acuerdo. El martes».

Luego la situación se tornó extraña. En un primer momento supuse que tendríamos que vernos en alguna parte de la ciudad, pero la idea no me entusiasmaba demasiado. En realidad, no quería pasar tiempo con ella puesto que sabía cuál era mi verdadero propósito y no quería que ninguna idea interfiriera con él. Dubitativo, le propuse vernos en un hotel y ella accedió. No lo podía creer. No objetó, no preguntó cuál era mi sospechosa intención. Simplemente dijo «Está bien». Me pareció perfecto, incluso sentí un súbito ardor que me invitaba a replantearlo todo. Pero no podía hacerlo, obviamente, mis ideas bullían con igual o mayor intensidad. Le di el nombre y la dirección del hotel: América, en

la avenida con el mismo nombre, a 45 minutos de aquí. Yo me encargaría de la reservación y todo. Tenía el contacto del lugar, puesto que antes solía ir allí con frecuencia. Ella aceptó. Fijamos la hora: 7:00 pm.

Así será, entonces.

5

Volví a fumar los baratos, asquerosos y adictivos Carlyle. También a beber. Supongo que estoy algo nervioso. Me paso las noches escuchando *soundtracks* de películas, mientras practico con el revólver descargado. Desnudo de la cintura para arriba, frente al espejo de cuerpo completo que tengo en mi habitación, compruebo mi flexibilidad, mi casi esbeltez y la sensación de hallarme al borde de un abismo, corroyéndome los músculos, las entrañas, el corazón. Escucho los ruidos secos y metálicos del martillo, detonando el proyectil imaginario y mil pensamientos se agolpan y desintegran al mismo tiempo.

Un alivio, el simulacro de un alivio, me brinda una suerte de consuelo, de seguridad, de certeza en el futuro. Luego, intento olvidar el rostro de Nadia, su cuerpo. No puedo. Ya no hace falta acudir al altar, a babear y a aplastar todas mis ideas con el peso, la seguridad de su existencia. No hace falta sostener el símbolo, el objeto que la representa, para apreciar su esencia. Creo en ella, la adoro y me rindo a sus pies. Río. Hay ideas que se hacen cada vez más fuertes, recurrentes, cuando las emparentas con la vehemencia, el fervor y la honestidad de querer hacer las cosas de manera excepcional.

Yo, Ricardo Saavedra, atravieso el camino, lo sé, hacia cierto conocimiento inédito, insólito, renovador y vital y no pienso dar un paso atrás. No es posible. Recién he llegado al punto de partida: Estoy aquí, dándome valor, practicando, frente al espejo, cada tiro, cada respiración. Quizás pueda ser incomprensible para algunos, descabellado, pero se hará fácil con el tiempo, necesario.

A pesar de la ansiedad, del vacío, veo alrededor con optimismo. Me es más fácil sonreír, incluso en el trabajo. Me siento cada vez menos un farsante, aunque sé que sigo fingiendo. En todo caso, es una sensación extraña pero placentera. Ya no estoy enojado con el mundo. Comprendo cómo funciona y, ante el pensamiento de que no hay nada que se pueda hacer, consigo inventar una suerte de camino alternativo que resuelve todos los problemas. Me siento libre, aunque mi cuerpo siga preso. Eso es lo que siento. La tristeza es, por fin, un viejo recuerdo.

Tal vez parezca un tipo insensato, demasiado arrogante, pero siempre he tenido preferencia por los arrogantes frente a los modestos. No es posible lograr grandes cosas con la humildad a cuestas. Uno no tiene que pedir permiso para ser genial. Ese el problema, tal vez: El miedo a ser distinto, a salirse de las convenciones. Todas las tradiciones se equivocan en cierto sentido — ¿Por qué no? —, aunque sean sumamente bellas. Había que ser objetivo, racional, para elaborar las nuevas emociones, para interpretar las sensaciones del cuerpo en función a un nuevo ordenamiento del lenguaje. Y yo lo sabía debido a las delirantes ideas del buen Francisco que, no sé cómo, había dado con el primer indicio.

Reconozco la imposibilidad de la que hablaba. Pareciera que el corazón se me sale del pecho cuando intento decírselo a alguna persona, cuando imagino decírselo, más bien, puesto que no hablo ya con nadie. Y, ciertamente, empezó como un juego. Decir «¿Qué pasaría si no existiera la tristeza, si no la conociéramos?» fue una travesura. Y empezamos a creer en ella. Cuando intentas ser racional para defender alguna cosa, vas a encontrar los mejores argumentos si te empeñas un poco más de lo habitual. En realidad, solo es cuestión de perseverar. ¡Demonios!, después de todo, la vida no deja de ser un patético cliché, porque los consejos más corrientes terminan funcionando para lo que sea que quieras conseguir si te empeñas en creer que eso significa algo. Es como si la *verdad* estuviera a la vuelta de la esquina para todas las personas que se vuelven lo suficientemente paranoicas, persistentes e individualistas como para sospechar que aquello que les dijeron en la escuela o en cualquier otro lugar no es más que una vil patraña, una distracción, un entretenimiento para desviarles de encontrar eso que tal vez, que seguramente, es más importante que cualquier otra cosa.

Pero, vaya, nada es realmente importante, si lo vemos desde la perspectiva de nuestra brevedad, de nuestra condición de seres efímeros. En todo caso, había que mantener la calma frente a esta certeza. La serenidad en los músculos, respirar hasta apaciguar, resolver, desenredar, la idea de que el fin es algo necesariamente trágico. Y no lo es, seguramente. ¿Por qué tendría que serlo? Practico y pienso en todas estas cosas como si estas ideas formaran parte de mi respiración. «Pensar y respirar», murmuro, «pensar y respirar son lo mismo». Aprieto el gatillo y me veo, tan solo, tan pequeño desde todas las perspectivas posibles, con un optimismo insólito, lo sé, una alegría que se funde con todas las emociones intensas y de cierta perversidad para trasmutar en algo nuevo, algo verdaderamente nuevo.

Después, agotado, rendido, dejo el revólver sobre la mesita de noche, con delicadeza, como si se tratara de un objeto ritual, y me recuesto en la cama, satisfecho. La música sigue sonando y yo intento recordar las escenas de cientos de películas que pretendieron elevar algunos momentos a la categoría de lo trascendente. Sonrío e imagino el silencio natural que rodea toda existencia y todos los artificios que se han ido inventado para no caer en la inquietud de saberse solos. «Nos lo hemos arreglado bien», pienso, «pero no lo suficientemente bien». Suspiro, caigo dormido y sueño.

6

Es domingo. Me propongo hacer varias cosas: Visitar la tumba de Francisco, comprar algún disfraz para la noche de Halloween y tomar algunas cervezas en La Caja.

Nadia dice cosas graciosas. Eso está bien, pero a veces me entretengo en la red social y encuentro retazos de lo que me ha dicho en las cosas que dice el resto de la gente y me incomoda un poco, me decepciona. Tal vez solo quiero oír cosas originales. Quizás pienso que es necesario oír cosas despiadadamente originales. Pero al final, no deja de tener gracia.

Si me preguntaran qué siento por ella, podría decir que siento un adormecimiento placentero y luego, probablemente, diría que me agrada. Pero sé que no me agrada del todo.

Es como una pared, una pantalla increíblemente blanca, en donde, de repente, veo su rostro y su cuerpo y me gusta, pero, cuando quiero darme cuenta, compruebo que esa pantalla me va envolviendo y ella, Nadia, desaparece, como si no tuviera nada más que decir y lanzara, ya desde algún lugar ignoto, aleatoriamente, una sarta de frases un millón de veces repetida, con el solo propósito de distraerme. Esa desaparición se me plantea como un ardiente recordatorio de lo que tengo que hacer.

Es entonces cuando me parece que Nadia es un fantasma, un bot, un mecanismo extraño que pretende introducirse en mí y poseerme. Es allí cuando sospecho que la odio. Pero como mi odio es ya una emoción nueva, una suerte de alegría y rabia multiplicada y mezclada con la soberbia o la sensación de saberme ensoberbecido, no puedo más que pensar que mi plan, mi misión, es el más claro y divertido de todos los que existen en este preciso momento.

Nadia es un misterio, desde luego, y yo debo desentrañarlo, pero ya no con

odio o rabia sino con una suerte de excitación que es el colmo de lo sublime, de lo bello, o eso espero.

7

Son las 11 am. Todavía pienso en Francisco, pero lo siento lejano, como si definitivamente ya no existiera. Supongo que sus ideas me han convencido y él se ha disipado después de mi rendición. Todavía escucho sus canciones, de vez en cuando, aunque me gustan cada vez menos. De algún modo, es como si ya no lo necesitara.

Me levanto de la cama. Me pongo un pantalón jean, un polo negro con la estampa de un cráneo humano en llamas, mis lentes dobles y unas zapatillas de tela. Comeré en el camino. Tengo cierta prisa por estar allí e intentar decirle cosas y ver si siento algo.

Experimento la soledad como un deseo de estar del otro lado de todo cuanto ocurre. Fuera de lugar. También reconozco cierta comodidad, una especie de regocijo permanente que me causa un poco de risa y algo de decepción al verificar que, tal como dijo Francisco, no puedo compartirlo con nadie.

Enciendo un cigarrillo, pese al calor. Siento a las personas tan lejos de mí que me encanta y asusta en cierto modo. Quisiera hablar con ellas, en verdad, pero no sé cómo. Creo que temo no soportar decirles algo y que nada cambie en el mundo, ni un poco. Me asusta la inefectividad de los pensamientos, su inocuidad, mientras todo alrededor ocurre como si no importáramos más que para hacer que las cosas sucedan mecánicamente.

No importa pensar, no importa intentar decir cosas si al final nada puede ser cambiado. ¿Es así? ¿Solo queda la resignación de hacer las cosas tal como lo hicieron todos los que pasaron por este mundo? ¿Tiene que ser tan aburrido? E intercambiamos miradas deliberada y estúpidamente tristes. Es divertido. Fingimos. Nuestra honestidad no es más que una farsa de la que no nos damos cuenta. En cierto sentido, es excitante, como si nos despojáramos del disfraz solo para encontrar otro debajo de él y otro debajo. Pero no puedo decir nada al respecto, nada sobre esas personas que transitan a paso lento. Solo me limito a observarlas con simpatía y a sonreír.

Estoy frente al cementerio. De pronto, me doy cuenta de que el portón está abarrotado de gente. «Un funeral en curso», pienso. Escucho el rumor de la

oración que alguien dirige y el llanto de los dolientes. Parece que el rito tomará tiempo. Pienso que no podré entrar y me pregunto por qué quería hacerlo en realidad. No tengo una respuesta clara. Sé que Francisco ya no está y que, por tanto, no podría oírme. «Tal vez sea la costumbre», me digo, «Quizás lo necesite» y luego me pregunto qué clase de necesidades son aquellas que comienzan con un pensamiento, una idea. «Necesito hablar contigo», «necesito saber qué sientes», «necesito que respondas». Me quedo congelado ante la escena.

Siento incomodidad, como si el mundo me asestara un puñetazo en el estómago vacío. Me pregunto por el sufrimiento de las personas, por la admisión de ese sufrimiento y por las ceremonias que fungen de catalizadoras, de sintetizadoras. Lanzo un suspiro de resignación. Temo que no podré verlo. Sospecho que no volveré a buscarlo nunca más. No sé si ya no lo necesito. Tal vez ya no, como se deja de necesitar una droga, porque ha dejado de producirse. Su muerte termina de convencerme. Bien, la acepto.

Avanzo unos pasos. Desvío el camino. Paso cerca del funeral, tal vez con la intención de ver al cadáver. No lo consigo. Enciendo otro cigarrillo y tengo la impresión de que mis pensamientos fluyen en modo automático. Debí traer los audífonos. Atravieso las calles, indiferente. Me gusta. Recuerdo la escena de una película, en donde un tipo avanza por una larga avenida y, a medida que lo hace, ve que también se hunde en sí mismo, literalmente: Su cuerpo — ¿simbólico? — cayendo en una especie de abismo que es su mismo cuerpo. Una locura. Obviamente, el tipo estaba drogado. Creo que solo se puede experimentar esa sensación en tal estado. Yo, en cambio, estoy sobrio, aunque, debo reconocerlo, algo nervioso cada vez que pienso en Nadia y en lo que tengo que hacer.

Quizás también estoy cayendo en algún abismo y todavía no me he dado cuenta.

8

Deambulo por la Plaza de Armas. He llegado por inercia. Aunque tengo mucha hambre, veo que tengo más ganas de caminar. O tal vez me he dejado llevar por los pensamientos. De pronto, veo que una chica se aproxima. Sí. Me parece conocida y me da la impresión de que también intenta reconocerme. ¡Es Ariana! Ella esboza una sonrisa de complicidad, como si ya nos hubiéramos visto muchas veces. Me resulta gracioso. Otra vez lleva lentes de sol. Nos saludamos. Ella

dice que me recuerda bien, a pesar de que estaba ebria o quizás debido a ello. Yo me limito a sonreír. Me toma un tiempo zafarme de los pensamientos borrosos. Le digo que es agradable volver a verla, saber de ella. Ella asiente. Se la ve hermosa, más que la primera vez. Me siento fascinado nuevamente.

Debido a todo lo que he ido pensando en el transcurso, tengo ganas de abrazarla y decirle una serie de cosas cursis, pero me contengo. No quiero arruinar el momento. Ella pregunta qué hago por aquí. Me gruñe el estómago. Le digo que busco algo que comer. Ve su celular. Dice que le parece muy temprano para almorzar. Le digo que no he desayunado. Me reprocha amablemente. Dice que podríamos comer algo por ahí. Le digo que está bien.

Experimento ternura. Una ternura que me estremece y hace que desee expresárselo. Decirle que este momento es demasiado feliz para mí. Pero, tal vez exagero. No lo sé. Reacomodar mis emociones a veces me parece un excéntrico delito. Estoy alegre de un modo extraño y me aterra no poder bajar de esa especie de cúspide egoísta. Pero, no hay vuelta atrás. Sonrío. Pregunto a dónde quiere ir y ella responde que conoce un restaurante muy bueno cerca.

Nos dirigimos allí. Me sorprende la elocuencia con la que respondo a sus preguntas. Hablamos sobre la embriaguez de las fiestas de fin de semana a la que nos arriesgamos de vez en cuando. Le digo que no bebo hace tiempo y omito contarle que he estado bastante solo estos últimos meses. Le pregunto qué hacía por la Plaza. Me dice que regresaba de visitar a una amiga.

Llegamos al lugar. Es devastadoramente elegante. Me intimida un poco. Ariana se ve satisfecha. Me gusta mirarla. Nos acomodamos en una mesa, frente a frente. El mozo se aproxima y nos entrega la carta. Me saco los lentes de sol y ella hace lo mismo. Le hace gracia que lleve dos puestos al mismo tiempo. Le explico que lo hago porque los de sol son demasiado baratos y me arruinan la visión. Me concentro en sus ojos, aunque ella no lo note. En cierto sentido, pretendo captar cosas *profundas.* Me digo que este momento es bello y que debería concentrarme y memorizar hasta el más mínimo detalle. Me esfuerzo en ello. Ella me ve con gesto de atraparme *in fraganti* y se hace una pausa que debería ser incómoda pero no lo es. A veces soy listo resolviendo este tipo de situaciones o eso quiero creer. En todo caso, tiene unos ojos hermosos, oscuros y perspicaces. Sonríe y dice que la verdad es que ella no tiene hambre y que solo pedirá un refresco, que me acompañará mientras coma. Yo asiento. Tengo tal apetito que elijo lo primero que veo en la carta: Un tallarín saltado. El mozo parte con el pedido. Mientras, hablamos de cosas cotidianas. Pienso en que no

debería inclinarme hacia el aburrimiento con demasiada facilidad, que puedo controlarlo, que, de algún modo, puedo decidir qué es divertido y qué no lo es. Esto lo es. Me convenzo y experimento nuevamente una ola de entusiasmo. Me gusta escucharla. Me dice cosas sobre su universidad y sobre algunos profesores que le resultan pesados y arrogantes. Me los imagino. Le digo algo sobre la arrogancia, que me gusta, que me parece interesante, incluso mejor que la humildad. Ella hace un gesto de no entender del todo y prosigue. «He dicho una tontería», pienso. Ariana se entrega a la digresión y oscila entre temas variados. El mozo trae la comida y el refresco para ella. Me dispongo a devorar el plato. Ariana continúa hablando y yo la miro, atento. La escena es agradable.

Luego se hace un silencio. No es incómodo, sino necesario. Saboreo la comida. Ella me mira como si tratara de indicarme que es mi turno de hablar, de decir algo. Pienso en todo lo que ha ocurrido desde la extinción de Francisco. Me da pereza contarle lo de su muerte, pero se me ocurre, súbitamente, hablarle sobre Nadia, decirle que la odio y que pasado mañana voy a matarla. Entonces, le digo que estoy escribiendo una novela. Pero ni siquiera he comenzado a escribirla, de modo que me siento un farsante. Ella se entusiasma y me pregunta de qué va y yo invento un argumento chapucero que no tiene nada que ver con lo que realmente pretendo. «¿Hasta cuándo tendré que fingir?», me pregunto, fastidiado. Ella dice que le parece interesante, pero me da la impresión de que no es así. Me da igual. Intento decir algo más, pero no encuentro nada. Me aburro. Solo quiero mirarla y que me diga algo, cualquier cosa. Otro silencio.

Siento que lo que tengo que decir no puede ser dicho sino en un momento de extrema vulnerabilidad y, obviamente, este no lo es. De pronto, ella extrae su celular y se hace una foto. La veo posar, divertida. Al principio me hace gracia, pero luego experimento algo parecido al pánico. Ella digita algo en la pantalla y dice «Listo». Sonríe. También yo. Luego me dice que nos tomemos una. No sé qué responder. Por alguna razón la idea se me hace repulsiva, odiosa. Debería decírselo, pero no me atrevo. No sé por qué. Siento ese viejo vacío en mí donde antes estuvo la tristeza. Río y me quedo en silencio. Tal vez estoy triste, pero no quiero admitirlo. Quizás la tristeza también muta, por cuenta propia. Es una posibilidad. En todo caso, no lo siento bien, realmente, sino de una forma remota, distante, como si tuviera un colgajo de piel y nervios, con un nódulo en el extremo, a unos cien kilómetros de mí, y latiera en ese lugar. Ella espera una respuesta. Le digo que no. Sonríe y guarda el móvil.

Pierdo el apetito. La idea de acabar con Nadia se hace palmaria, exigente,

posesiva. Me asusto un poco o me estoy enojando. No lo sé con claridad. ¿Cómo demonios saber que lo que sucede en mi cuerpo es tal o cual emoción? ¿Qué instancia que no sea yo, ajena a mí, tiene la autoridad de decidir que estoy sintiendo esta emoción y no la otra? ¿Será que las emociones son otro fraude de la humanidad? Tengo ideas impertinentes mientras veo los ojos de Ariana, intentando encontrarla allí. Pienso «Farsante. Eres una farsante» y ella sonríe como si en este momento se diera una conexión especial entre nosotros. También sonrío. No nos decimos nada. Ahora yo soy el farsante, maldita sea, y no puedo dejar de serlo. La prisión se estrecha y se fusiona con mi alma. Ahora mi alma es una farsa. Estoy vacío. Ariana no nota que me siento vacío y que ahora toda mi simpatía por ella se derrumba como un castillo de naipes. Me siento solo pero no genial. Tendría que decirle una serie de cosas para sentirme solo y genial pero no me atrevo. Por alguna razón no puedo decirle todo lo que considero importante decir. Francisco tenía razón: La *verdad* no puede ser transmitida.

De pronto, me doy cuenta que su sonrisa se torna extraña, frágil. Desaparece. Le pregunto qué pasa y ella se echa a llorar. «Demonios», pienso, «¿ahora qué hice?» Ella dice: «Nada. No pasa nada» y yo no sé cómo indagar en ella. De repente, dice «Soy una tonta».

No sé a qué se refiere. Investigo, debo hacerlo. Me habla sobre sus sentimientos y los problemas que se entreveran sinuosamente hasta resultarle absurdamente insoportables. Dice «Es absurdo» y se seca las lágrimas con una servilleta. Yo no sé qué decir. O, mejor dicho, sé qué decir, pero no puedo. Sonaría inapropiado, parecería una mala persona. Entonces, digo «Te entiendo», «todo va a mejorar», «las cosas pueden cambiar», «eres genial». Clichés. Soy un maldito repetidor de clichés. Un desgraciado, un traidor, un farsante.

Lo que en realidad me gustaría decirle es que hemos vivido engañados todo este tiempo. Que el problema está en las palabras que usamos para referirnos a nuestra experiencia corporal. Que atender al dolor físico no debería implicar necesariamente un dolor psicológico. Que aquél es una invención torpe y rudimentaria de la sociedad para arreglárselas en el duro, abrumador y desigual trajín de sobrevivir. Que toda la vida es un estúpido fraude y que si no renegamos públicamente de ella es porque nadie ha tenido la valentía de ser el primero en hacerlo.

Eso quiero decirle, pero sospecho que desvarío, que es algo loco y equívoco lo que pienso. Quiero decirle que lo que digo no es triste, para nada, sino, al contrario, soberbia, rabiosamente feliz, porque es como darse cuenta de que la farsa comienza, injustamente, claro, en nuestro interior y que, precisamente

por eso, no somos *nuestro interior*. Un interior inventado porque lo que en realidad llevamos dentro solo son tripas. Quiero decirle que nos han abarrotado y aturdido con estúpidas metáforas para referirnos a nuestra experiencia personal. Quiero gritarle que es posible inventar nuevas maneras de decir lo que sentimos y que así sentiremos mejor. Eso quiero decirle, pero, obviamente, no lo hago.

En cambio, me quedo en silencio, mirándole a los ojos y sintiendo una cosa que no es tristeza sino una burda mutación de ella, entremezclada con la sensación de que soy un cobarde, de que estoy solo y de que ella no podría comprender todo aquello, aunque quisiera.

Lo que sigue será probablemente esto: Ariana subirá más fotos suyas a su red social y un montón de gente le dirá cosas que la harán sentir mejor. También compartirá memes y frases un millón de veces repetidas. Se hallará en todo eso, será *eso* y su tristeza se disipará gracias a ese ejercicio colectivo hasta el próximo evento que la vuelva a entristecer y desesperar. Nada nuevo bajo el sol.

Me siento tan falso que quiero irme. Le digo que me acabo de acordar de algo urgente que tengo que hacer. Ella responde con una sonrisa tierna y decepcionada, como si supiera que miento. No puedo hacer más por ella que imaginar que le he dicho todas esas cosas, temblando de sinceridad. Recuerdo, una vez más, aquello que me dijo Francisco «No llorar para consolar a quien llora». Tengo ganas de llorar, de decirle todo lo que pienso, llorando. Pero siento que arruinaría toda mi misión. Ya no puedo hacerlo, como no puedo sentirme triste. No tengo ese derecho. Lo he perdido a cambio de algo mejor. Contengo ese nudo en la garganta y le sonrío. Le digo que las cosas van a mejorar y esta vez siento que digo una verdad. Pago la cuenta. Sé que la veo por última vez. Me voy.

9

Camino por la ciudad. Son las 4 pm. Siento que he perdido el rumbo, que mi destino consiste en divagar de un lugar a otro y de una idea a otra, sin orden alguno. Me gusta, como si no perteneciera a ningún sitio, como si no tuviera la necesidad de pertenecer a ningún lugar. El disgusto de ver a Ariana desvanecerse, desaparecer, integrarse a ese mundo que me parece un *aniquilador de individuos* se convierte en desencanto. Me veo en la desafortunada obligación de olvidarla, de desarmar las ideas que la convertían en una persona que me producía una felicidad particular. Supongo que soy un ingenuo, que siempre lo seré.

Pero dijo «Es absurdo», mientras lloraba. Tal vez fui demasiado duro al no intentar brindarle consuelo. Quizás debí decirle que a mí también me parece absurdo todo cuanto me rodea. Probablemente igualar, comparar nuestras nociones de *absurdo* podría habernos ayudado a comprenderlo mejor. Pero no lo hice. Tuve miedo. Miedo de parecer un desquiciado, de dar la impresión de llevar erráticamente las palabras, el lenguaje, por rumbos sórdidos e inimaginables.

No puedo atreverme a decir todo lo que pienso porque sé que lo que pienso atenta contra la tradicional comprensión del mundo. Eso es lo que me contiene, lo que me hace quedar en silencio: Son cambios radicales los que exijo y que sé nadie estaría dispuesto a realizar. El mundo funciona mediamente bien y es lo máximo que la sociedad puede conseguir. Y yo soy el patético teórico, que alucina mientras deambula por las calles. Eso es estar loco ¿verdad? ¿Qué dicen las convenciones sociales? ¡Eso es estar loco! Y yo río porque tengo la sensación de estar un paso por delante de todo cuanto se cree. Ya no necesito pertenecer a ningún lugar, cuando aquella se creía una necesidad congénita. No necesito tener esperanza en el futuro ¿Cómo lo hice? Solo tuve que escuchar a Francisco durante interminables noches de borrachera, asustado con todo lo que decía, creyéndolo delirar, exacerbado, alzando los brazos como si me fuera a golpear. ¿Francisco fue moldeándome para pensar de esta manera? Fui su discípulo, ahora lo descubro. Su proyecto intelectual se extendió a mí y sobrevive, sin ninguna pretensión de ser útil o transmisible, porque las ideas son, finalmente, privadas.

«Es absurdo», dijo Ariana. Absurdo. Absurdo. Absurdo. Lo que contraviene nuestro propio deseo es absurdo. Lo que sale mal, lo que nos daña, lastima, perjudica, decepciona, es absurdo. Y nosotros somos criaturas permanentemente deseantes. Deseantes de gozo, felicidad, de que todo salga perfecto. Yo quiero esto, ¡maldición!, lo quiero ahora. ¡Quiero todo! Y el mundo, mezquino, torpe, perverso, me lo niega, me lo negará cada vez que pueda, anteponiendo sus propios fines, para los que solo soy un juguete, una pieza fácilmente reemplazable. Niégalo. Niega que el mundo es absurdo. Que tus deseos tienen que ser moderados, restringidos por las convenciones que solo pueden ser la confirmación de nuestra impotencia, de nuestra tara inherente. No puedes porque es cierto. Y no puedo decirlo, solo pensarlo. Y no puedo sentirme triste ni enojado porque yo no soy el enemigo contra quien tengo que luchar, si acaso tengo que hacerlo. No hay un mundo interno, una instancia con los significados establecidos e inamovibles. Hay un lenguaje que me ha sido dado y un cuerpo con el que experimento el mundo. Nada más. Un cuerpo destinado a perecer y un lenguaje

maleable, maravillosamente versátil. Ahora puedo sentirme solo y genial. Solo, porque habitaré este cuerpo por el resto de mis días. Genial, porque no siento pánico al comprobarlo. Nadie tiene que inventar una máquina para poder lidiar conmigo mismo ni crearme la ilusión de que mi conciencia puede ser transferida a ella para así perdurar. Nadie tiene que decirme que, en el fondo de mi alma, no estoy solo, porque me gusta estarlo. Hablo conmigo mismo como si fuera el tipo más genial de la vida. Eso es arrogancia. Lo sé. Lo sé bien. Y no me asusta ni avergüenza. Imagina que la arrogancia es la nueva modestia. Imagina que sentirte genial es un maldito requisito para seguir en este mundo. ¿Acaso no te esforzarías por ser un gran arrogante? ¿Acaso no te esforzarías por sobrevivir, aunque sea por instinto? ¿No sería divertido? No obstante, ahora puede ser repulsivo y patético y puede mover al rechazo. Ahora, decir «No puedo estar triste» puede sonar a una tragedia, a una inhumanidad inconcebible. Entonces, imagina que te digo «No puedo sufrir» y considera que aquello es un tipo de sufrimiento. Imagina que digo «No puedo sufrir y eso me hace *sufrir*». ¿Acaso no estaría, nuevamente, del lado de quienes comparten el tradicional estilo de vida? Si lo piensas detenidamente, no hay forma de eludir esta posibilidad sin trastabillar los fundamentos de este actual modo de hacer las cosas. Absurda es la encrucijada en la que nos han puesto y que nos exigen resolver con obediencia y sumisión. Absurdo es también intentar cambiar eso. Nos ponemos en igualdad de condiciones con el mundo. Ahora solo falta definir qué es el mundo. ¿Eres tú? ¿Soy yo? ¿Es el lenguaje? Cuando pienso en el absurdo pienso que pienso en el absurdo debido al lenguaje que manejo. Tal vez en otro no exista esa noción. Pero siempre será el organismo vivo el que tendrá que enfrentarse al mundo. ¿No es divertido? Ahora pienso en Ariana y en que me tomaría por un trastornado si le dijera todo esto. Sería comprensible, la verdad. Por eso me quedé callado y entré en pánico y me fui; con cierta pena, claro. Porque no es que Ariana sea así por causa propia, obviamente. Hay muchas cosas detrás, miles de años detrás.

10

El martes es Halloween. Nunca antes se me había ocurrido disfrazarme, pero ahora tengo ganas de hacerlo. Ciertamente, será un acontecimiento memorable.

No soy un aficionado a las celebraciones masivas. Mi naturaleza solitaria me ha liberado de la necesidad de verme implicado en esos engorrosos trámites

sociales, aunque debo decir que tengo la suficiente destreza para pasar como una más de las tantas criaturas ávidas de fiesta, en caso sea estrictamente necesario. A veces, finjo tan bien que puedo parecer un verdadero extravertido.

Necesito un disfraz. La idea me parece entretenida. Yo, que me refocilo pensando y volviendo a pensar en que todos andamos vil o cobardemente disfrazados, pienso que ponerme un disfraz hecho de cualquier material abre la posibilidad de intentar un gesto de autenticidad, al menos como un juego.

Pero no tengo idea de qué disfrazarme. Ahora, mi personalidad es tan difusa como si estuviera escrita en otro idioma. No pienso expresar nada de lo que soy, puesto que no necesito ser comprendido, lo sé bien. Quizás yo mismo — tal vez solo yo — soy un disfraz y dentro de mí no hay absolutamente nada. «Cualquier cosa me sentará bien», pienso, «no soy tan quisquilloso con eso».

Me encuentro en un edificio comercial. Recorro cada puesto de venta. Hurgo entre la mercancía con una curiosidad que puede ser interpretada como una ligera desesperación o ansiedad. No sé lo que busco, pero lo hago con prisa. Cualquier cosa me servirá, siempre que, por lo menos, me guste un poco.

Disfraces de super héroes, villanos, muertos vivientes, personajes surgidos en internet de la manera más insólita y extravagante. La precariedad de la existencia asomándose en esos trapos coloridos que seguramente terminarán en la basura inmediatamente después del gran día. Ponte un disfraz y di que eres auténtico. Todos tienen que creerte. Es la tradición. Río. Estoy en el momento de mi vida en que se me ocurren frases que me parece rezuman cierta jovial novedad. Toda vieja idea fue alguna vez una cosa inaudita. El problema es nuestra desventaja temporal: Somos tan breves como para descubrir que las mejores ideas son solo sandeces. Alguien tiene que hacer el trabajo sucio de insinuar que las cosas no funcionan tan bien como parece. Alguien tiene que correr el riesgo de ser ignorado y morir enloquecido. Yo solo quiero un disfraz que haga juego con mi confusión y entusiasmo, con mis sueños que son alucinaciones demasiado egoístas, ingenuas e irónicamente esperanzadas. Comprendo que no puedo obrar de otro modo, que no quiero hacerlo. «Es demasiado divertido», pienso. Mi rabia y mi odio son sensaciones venerables y ya no tengo ganas de destruir porque todo ya lo está. Vivo entre escombros conceptuales, observando rostros fascinantes, sonrisas que no me dicen nada y que adoro que no pretendan decirme nada. O eso creo.

Un verdadero detective no tiene que dar ningún indicio de que lo es. Pero es Halloween. De modo que puedo revelar mi identidad sin que nadie sospeche

que en serio lo soy. Es como cuando me asumo un escritor por sobre todas las cosas. No sé lo que significa serlo, pero me gusta. Supongo que es como decir que vivo mintiendo todo el tiempo, fantaseando, alucinando, zafándome de este mundo que no me gusta por muchas razones, pero sobre todo porque no soy un dios y porque sé que la mayoría de mis deseos serán echados a la basura sin razón alguna, mientras se supone que deba ponerme a llorar. Pero no quiero hacerlo, porque me parece absurdo e injusto que las cosas sean así. Entonces, voy reajustando todas las ideas que conducen al llanto y las dirijo hacia la risa. ¿Podrías decir que soy una mala persona por intentarlo? No soy una mala persona. Solo estoy obsesionado con ciertas ideas y ciertas esperanzas. Después de todo, supongo que puedo ser un buen administrador de mis deseos y pensamientos. «Un escritor, eso soy, un detective», pienso, mientras atravieso millones de puestos, a la busca del disfraz ideal. ¡Ya lo sé! Tengo que conseguir un traje como el de Sherlock Holmes. Una especie de impermeable que me llegue hasta las rodillas, una gorra con orejeras abotonadas por arriba y viseras por delante y detrás. Al menos es como me lo imagino. No recuerdo haber leído algún relato ni visto alguna película sobre él. La imagen se me ocurre automáticamente. Tal vez todos los detectives tenemos un conocimiento tácito sobre cómo debemos disfrazarnos en Halloween.

11

De modo que voy buscando mi traje. Los dependientes me dicen que no tienen ese tipo de disfraz. Que tal vez lo encuentre en el siguiente puesto. Me alientan a no perder la esperanza y yo les agradezco sinceramente. Yo sé que lo encontraré, tarde o temprano. En todo caso, me da igual. Me da la impresión de que estoy jugándome un tipo de broma y que me he dado cuenta de qué va el asunto. «Debo detenerme», pienso, sin saber bien a qué me refiero. Voy pensando varias cosas en simultáneo, esa es la sensación, y las ideas se enredan, pegotean, se fusionan. Me río. Pregunto a una señora, me dice que tal vez le queda alguno y se sumerge en su mercadería. Yo espero. «A ver si le queda alguno», repaso y le pregunto «¿Viene mucha gente a buscar un traje de Sherlock Holmes?», pero no me oye de lo concentrada que está. Tras un par de minutos, sale con el disfraz envuelto en una bolsa plástica transparente. Me lo muestra. Sí, es un traje de detective. Lo saco de la envoltura y lo examino cuidadosamente. Me gusta. En

realidad, no es un impermeable, sino una imitación hecha de tela gris, igual que la gorra, que cumple con todas las características de una de verdad. Me dispongo a ponérmela ante la mirada aprobatoria y encantada de la vendedora. Me dice que me veo precioso y le creo. Me abotono el abrigo que me sienta como un polo de lo delgada que es. Le echo una sonrisa. «Señora, soy un detective», le digo y ella sonríe y asiente. Tras un silencio breve, le pregunto el precio. «60 soles», responde. Finjo sorpresa, pero me da igual. Llevo la billetera repleta.

De pronto, me parece ver pasar a alguien detrás de mí, por el pasillo. Giro sobre los pies e intento ubicarla. No sé bien de quién se trata, pero me veo poderosamente atraído por ella. ¿Quién es? ¿Por qué me siento abrumado por su fugaz imagen? Intento interpretar las pocas señales que he captado de reojo. Su cabello y la tez de su piel. Su sonrisa. Me figuro haber visto su sonrisa…sus brackets.

¡Es Andrea! ¡Andrea Oviedo! Cuando me doy cuenta, estoy corriendo tras de ella y la vendedora está corriendo tras de mí. Me llama *ladrón* y pide que me detengan. Pero no oigo bien, como si el aire fuera tan denso que no permitiera el paso del sonido. Estoy ansioso y exasperado. Quiero verla, quiero decirle que cuando vi su fotografía experimenté algo ciertamente honesto. Que la quise y que es muy probable que la quiera, si las cosas salen bien. Busco por los estrechos pasillos que se bifurcan laberínticamente. Hay muchas personas, pero ninguna es ella. ¿Adónde se fue tan de prisa? No puedo pronunciar su nombre. Sigo corriendo. No me atrevo a gritar porque en cierto modo sospecho que puedo estar alucinando, que tal vez vi a alguien con un aspecto parecido al de Andrea y que me apresuré a concluir que se trataba de ella. Un error de percepción, simplemente. Me detengo. De repente, noto que la gente me mira asustada y retrocede algunos pasos. Alguien me quita la gorra. Volteo. Es la señora. Me increpa mientras me golpea. Me insulta. Le pido que me disculpe. Intento decirle que me pareció haber visto a una persona de la que hace bastante tiempo no sé nada, que se trata de alguien importante y que no podía perder ni un segundo. La mujer se tranquiliza. Sabe que no soy violento. Estoy temblando, como si estuviera a punto de echarme a llorar. Dice «Págueme» y yo digo «Claro, claro» y saco mi billetera. «¿Cuánto me dijo?», pregunto, avergonzado. «60 soles», responde. Extraigo los billetes y se los alcanzo. Ella los recibe con rapidez y me echa una mirada de desprecio o compasión, no sé bien. Da la vuelta y echa a andar hacia su puesto. «Oiga, ¿Puede darme una bolsa?», digo, ella me ve por sobre su hombro y me indica que la siga.

Cuando llegamos, parece haber recuperado la simpatía por mí. En verdad, la situación es extraña, pero la dejo pasar. Me pide el disfraz. Me lo quito con cierta torpeza y se lo entrego. Ella lo dobla y lo coloca en una bolsa blanca. Me la extiende. La recibo, le agradezco y me disculpo nuevamente. Echo a andar.

Pienso en lo sucedido. ¿Era Andrea? ¿Y qué si lo fuera? Solo soy un desconocido para ella. ¿Qué podría decirle? Probablemente no se me ocurriría decirle algo importante, pero podría empezar por algún lugar, por algún tema. ¿Qué? ¿Qué es lo que todo el mundo quiere oír? No lo sé. Entonces, me plantaría frente a ella y me quedaría, nervioso, balbuceando cosas ininteligibles. O, tal vez, no. Quizás, por alguna razón, tenga absoluto control de la situación y le diga las cosas más importantes del mundo sin que me interese demasiado si las comprende. Le diría que conozco a su padre, el gran Oviedo, y que en la empresa nos hemos puesto cada vez más laboriosos y dedicados, que últimamente salimos tarde de las oficinas y que no nos importa que sea así. Que nos sentimos muy bien en el lugar donde estamos. Claro, le diría eso, un poco para ponerme en contexto. Pero luego comenzaría a decir que su padre me mostró su fotografía y que sentí algo muy especial, algo *trascendental,* y que me he hallado muchas veces tentado a buscarla en la red social para tener más de su rostro y su cuerpo pero que me contuve porque tenía la disparatada impresión de que lo arruinaría todo. Le diría que solo puedo ver morbosamente las fotos de Nadia y que no sé bien por qué, que es como una patética y humillante adicción.

Sospecho que solo me basta con recordar la imagen de Andrea para alcanzar cierto tipo de felicidad, una felicidad arcana y prehistórica. No quiero sus fotografías ni sus videos, solo quiero saber que ella existe realmente. «Solo así puedo concebir lo real», pienso, pero no sé si digo la verdad. Tal vez estoy actuando y no me doy cuenta. ¿Cómo saberlo? ¿Cómo saber si lo pienso verdaderamente convencido? ¿Cuál es el límite que lo verifica todo y que puede concederme, por fin, tranquilidad? Me siento extraño. Bajo las escaleras, piso tras piso. Mis ideas extienden sus tentáculos hacia todas partes, exigiéndome una solución. Respiro hondo, mientras veo únicamente mis pies. «Es extraño», pienso, «realmente extraño». «Pero, ¿qué es lo extraño?» «Sentirse extraño es como perder», me digo. Pero uno siempre pierde en función a las reglas de cierto juego. Cuando rechazas esas reglas, no hay modo de perder. Lo mismo sucede cuando te sientes extraño. Lo nuevo es siempre extraño. Y siempre habrá algo nuevo que nos exija una reacción. Pero lo nuevo ocurre como una consecuencia lógica de los hechos, aunque a simple vista no lo parezca. Entonces, de alguna manera, sabemos algo sobre

la naturaleza de lo nuevo. Lo nuevo atemoriza porque desconocemos qué tan peligroso puede ser para nuestra supervivencia. Todo miedo es, de algún modo, un miedo a la muerte. Halla una manera de dejar de temerle a la muerte y estarás un paso por delante de los demás temores. La sociedad nunca te enseñará eso porque *sociedad* e *individuo* son entidades absolutamente incompatibles, aunque no lo parezca. «Sentirse extraño debe ser un estado natural del individuo, un estado sumamente satisfactorio y del cual sentirse orgulloso, en silencio, claro, en completa soledad», pienso. Me doy cuenta de que, debajo de este nerviosismo, yace una zona de firme razonamiento y serenidad. Tal vez deba fingir estar ansioso para llegar a las conclusiones que necesito. Quizás debo simular que todos mis miedos son falsos. ¿Qué podría pasar si me atrapan? ¿Qué pasaría si me enfrento a un miedo verdadero o si digo que ya no tengo miedo mientras tiemblo a la vez? Desde luego, todo el mundo se reiría de mí, pero se estarían riendo de alguien que intentó hacer las cosas diferente, de alguien que lo está intentando. ¿Quién tiene el mayor mérito? No me importa dónde recaiga el mérito. En todo caso, no lo quiero.

12

Estoy demasiado cansado para ir a La Caja. De todos modos, se trata de un ritual que ya no tiene ningún sentido. Pretender ir a beber unas cervezas termina por parecerme anticuado e innecesario. Aquel bar pertenece a otra época de mi vida. Ya no encontraría nada allí. «La nostalgia es un estorbo», pienso, mientras retomo mi andar incierto por la ciudad. El pasado y el futuro son abstracciones demasiado imprecisas, pero no puedo vivir sin dejar de pensar en el mañana. Si no puedo dejar de interpretar las cosas, por lo menos trataré de tener cierto control sobre cómo he de hacerlo. No quiero sufrir. Nadie quiere, definitivamente, como nadie quiere sentir confusión. Pero, son demasiadas las voces que se oyen en el mundo y ninguna se distingue por sobre las demás. Un coro perverso de ángeles fraudulentos constituye el escenario donde todos se mueven sin saber bien por qué, perdiendo progresivamente la posibilidad de descubrirlo. Confusión, ambigüedad, vacío, aburrimiento y soledad. Nada de eso se resolverá si voy a La Caja a recordar las viejas conversaciones con Francisco.

Incluso cabe la posibilidad de que olvide cada cosa que me haya dicho y quede solamente con mis pensamientos. Después de eso, ¿quién podría garanti-

zar que realmente existió, que existió tal como yo dije que lo hizo? No debo dejarme amedrentar por esa posibilidad. Todo individuo está destinado al olvido. ¿Por qué es insoportable considerarlo? ¿Qué tiene la eternidad? ¿Quién o qué hizo que la necesitáramos? Nada de eso podrá ser discutido en La Caja, ese buen bar del que debo olvidar su ubicación.

Me siento misteriosamente renovado, henchido de una especie de valentía que me permite rechazar ciertas opciones. «Piensa tanto como puedas. Quédate lo suficientemente solo y en silencio como para descubrir que nada importa y que eso es genial», siento que dice una voz dentro de mí. Una voz que se repite como un mantra.

Sonrío al ver al mundo atardecer. Los transeúntes no saben de mi éxtasis y no tiene por qué importarles. Me lo hacen saber con sus miradas frías que termino apreciando, queriendo, divertido. Habito mi cuerpo en su totalidad y camino por las calles con una alegría que tal vez sea rabia o sorpresa, no sé, pero es suficiente. Ya no puedo ir a La Caja, porque Francisco no está allí. Y, sin embargo, poseo sus ideas, rondan en mí, hierven, avivando eventualmente la urgencia de terminar con mi cometido, cada vez más solitario.

Me dirijo a casa, quiero dormir.

«Tienes que estar abierto a la posibilidad de que la gente no quiera una solución definitiva», recuerdo que me dijo, tal vez.

13

Oviedo me llamó a su despacho. Cuando llegué estuvo un buen rato examinándome la cara. Me preguntó si estaba bien. Dije que sí. Dijo que me notaba cansado. Era cierto, lo estaba, pues me había pasado la noche del domingo bebiendo como un desquiciado. «Estoy nervioso, Oviedo», pensaba, «mañana es el gran día».

Oviedo dice que los directivos están satisfechos con mi trabajo, que quieren ofrecerme un puesto más acorde a mi "capacidad". Tal vez oigo mal. Todo me es borroso, molesto, indiferente. Apenas sigo la edulcorada y sospechosa cháchara de mi jefe pues intento pensar una frase coherente como respuesta, en caso me la solicite. Oigo: «Jefe de Área de Restablecimiento Financiero» «Presupuesto inminente» «Gastos forzosos» «Actualización Atemporal de Presupuesto» y siento que no puedo pensar, que las sustancias químicas que he introducido en mi cuerpo han cortado, cercenado, mis principales conexiones neuronales. Me

siento un idiota y tengo miedo. No percibo ninguna idea brillante en mí. Paralizado. Reparo en que se ha hecho una pausa, que Oviedo me mira fijamente a los ojos como si hurgara en mi interior. «!Qué¡ ¡Estoy vacío¡», pienso.

Mi jefe quiere pensar que acaba de darme la mejor noticia de mi vida y probablemente sea cierto, pero no estoy en condiciones de darme cuenta. De alguna manera, soy como un niño que está aprendiendo a hablar y quiere decir algo, pero no encuentra las palabras, no las siente nacer en él. El silencio se torna pesado. Entonces digo «Gracias, señor» y mi jefe relaja el rostro y me mira con una simpatía extraña, como si estuviera frente a un gusano. Luego comienza a hablar sobre mi nueva oficina y mi jugoso sueldo, sobre la mejora de mi calidad de vida. Creo que dijo algo sobre mis sueños. Tengo la sensación de que un agudo zumbido surge en el centro exacto de mi cerebro, se amplía progresivamente hasta rebasar los límites de mi cuerpo, hasta parecerme que el mundo entero retumba y que eso es precisamente mi vida y mis sueños: Una precaria estabilidad a punto de romperse. Solo puedo pensar en mi misión: Terminar con Nadia. Después de eso, estoy seguro que no habrá futuro, que el mundo tal como lo conocemos terminará de forma inminente. Pienso que las cosas materiales seguirán allí, pero yo ya no seré el mismo y, por tanto, tampoco lo demás. Habrá nacido una nueva forma de esperanza y sinceridad o tal vez no, pero algo habrá de cambiar. Oviedo sigue hablando, monocorde y rígido; luego se detiene, de golpe, y me manda a trabajar. Mañana tendré que mudarme de oficina.

Mañana, es decir, hoy.

14

Son las 11 am. Me parece haber estado frente al espejo toda la mañana, inmóvil, con la mirada perdida en mis propios ojos. El revólver en mi mano caída. Babeando, tal vez. Pensando en Nadia o, mejor dicho, siendo devorado por su figura. Imaginando su voz, recordando su traviesa negativa a revelármela por internet todas las veces en las que se lo pedí, al borde del llanto, conmovido, excitado y frustrado. Recordando cada una de sus fotografías como si la venerara, ferviente y convulso.

Ingreso al trabajo a las 8 am, pero hoy no lo hice y nunca más lo volveré a hacer. No sé por qué. Quizás porque estoy harto y aburrido de hacer lo mismo todos los días. Tal vez porque creo que tengo mejores cosas que pensar, cosas que

no sean datos e informes intrascendentes. Quizás porque me parece, más que las veces anteriores, que la vida se convierte en una broma bastante aburrida si uno es demasiado complaciente con las exigencias de la sociedad. Pienso que existir es tan increíble que me dan unas ganas inmensas de estar muerto. No. Muerto no, sino amplia, intensamente vivo de una forma nunca antes vista. Muerto respecto a una tradicional forma de vivir, pero vivo en relación a una nueva manera de concebir la vida o la existencia o lo que sea. «Es como aprender otro idioma», dice una voz dentro de mí.

Oviedo me ha llamado muchas veces. Me ha escrito preguntando si estoy bien, si me ha pasado algo. No respondo. Pienso que también es un bot, que ningún signo de interés hacia mí es real, que Oviedo es el más grande farsante. Me río. Estoy frente al espejo y río ante la insistencia de sus llamadas. «No quiero volver a esa sórdida empresa», pienso. «Pero morirás de hambre», dice alguien. «Está bien», respondo, «no importa. En cien años nada de lo que haya hecho importará. Da lo mismo el futuro y lo que haga o no haga por él. No me incumbe». «Pero eso es *inhumano*», dice otra voz. «No importa. Reúne a un montón de intelectuales pretenciosos y te darán una nueva definición de *humanidad* que se ajuste al reino de la producción y el consumo y al que te exigirán adscribirte a riesgo de sentirte miserable. Así fue siempre». «He creado una nueva *sensibilidad*, más acorde a mi condición», responde una voz en mí. «La vida es esencialmente injusta y no veo por qué no puedo intentar cambiar las reglas del juego en la instancia que realmente me implica: Mi sensibilidad», dice otra voz. Yo estoy en silencio.

Paso las horas en mi habitación, ahogado por una ansiedad que a veces me parece que es la más intensa felicidad. Confundido y sudoroso, despiadadamente excitado, voy de un lado a otro, tratando de ordenar las voces que se suceden en mi interior. Me dicen cosas con las que estoy de acuerdo. Me dan ánimos, me apresuran a ejecutar el plan. Soy el elegido. Siempre lo fui. Eventualmente intercambio mensajes con Nadia. No ha olvidado la cita y dice que nos veremos tal como convinimos. Es divertida. Me conmueve pensar en ella. Luego me asusto, convencido de que es más grande de lo que creo, más poderosa, más real. Intento dormir un poco, puesto que faltan 3 horas para el encuentro, pero no puedo. En cuanto cierro los ojos, una voz, como un agujero negro, engulle todo a mi alrededor y me da la impresión de que estoy absolutamente solo, suspendido en el vacío. Es una sensación terriblemente abstracta, como si yo no existiera más que como un pensamiento o un algoritmo en alguna computadora y que

ser consciente de ello no pasa de ser un ligero accidente. Pero no es tan grave, si lo piensas bien. «¿Qué hay más allá de los pensamientos?», me pregunto, «Si no pensáramos, solo seríamos organismos retozando en el prado». «¿No sería mejor? ¿Nos perderíamos de algo?». Tengo esa impresión: De que solo soy un amasijo de pensamientos que emana de esta carne que no me importa demasiado como no me importa la vida, de que hay algo más importante que todo aquello que me han dicho que es importante, de que la soberbia es tan legítima y válida como el más sincero amor y que la arrogancia funciona mejor que la ternura o que no hay razón para no asumir la arrogancia como una nueva forma de ternura y que las palabras son piezas para armar estructuras, estructuras conceptuales, con las que uno puede divertirse sin mayor problema. Que la vida es una broma demasiado tonta y predecible. Que todo lo que se ha dicho de ella hasta el momento no deja de ser una declaración de derrota, sumisión y temor. Esa es la sensación que me impide dormir y que hace que ría casi a carcajadas. «Soy un mal tipo», pienso. «Soy atroz, pero tengo que hacerlo, aunque nadie comprenda. No importa ser comprendido», digo, mientras sé que ya no podré ser el mismo de hace unos meses, que una extraña e incierta transformación ha operado en mí.

Es hora de vestirme. Busco mi mejor traje: Una camisa blanca, un pantalón negro y mis zapatos de cuero marrón. Me pongo el impermeable gris y la gorra estilo Sherlock Holmes. Definitivamente, soy un detective. No he comido en todo el día, pero no tengo hambre. Tal vez me he convertido en una máquina, quizás siempre lo fui. Pero tengo miedo. Un miedo nuevo, insólito, y siento como si ya conociera el final de todas las posibilidades que tengo a disposición y no me importara demasiado. Una abrumadora sensación de soledad se instala en mí. Creo que la sentiré por siempre. La idea no me desagrada. Me gusta. Es como si cobrara mayor conciencia de mí mismo y eso fuera suficiente para corroer la densidad de los *sin sentidos* que acontecen en el exterior. «Siempre seré yo en este mundo y luego todo desaparecerá. El universo se quemará después de mí», pienso, mientras sonrío, con una especie de perverso alivio. Busco las balas en el cajón de mi mesita de noche. Las extraigo y cargo mi feo revólver. Le pongo el seguro y lo guardo en el hondo bolsillo de mi impermeable, junto con las balas sobrantes. Busco mi ejemplar de *La Metamorfosis* y lo introduzco en el otro bolsillo. Me pongo mis gafas dobles. Enciendo un cigarrillo. Bajo las escaleras. Estoy fuera de casa.

Avanzo rápido, mirando a los costados, queriendo experimentar la sensación de ser insoportablemente genial. La visera de mi gorra esconde mi rostro de

un divertido sol que se pierde. Hay pocas nubes revoloteando por la extensión del cielo. «Es una tarde hermosa», pienso. Personas transitan a mi alrededor. Van disfrazadas. La idea me entretiene. Doy una calada a mi cigarrillo y exhalo el humo con parsimonia. Hay cada vez más personas vestidas con trajes extravagantes. Me voy acercando a la Plaza de Armas y la diversidad se amplía de modo exorbitante. Todos los personajes de todas las películas han salido a caminar. Incluso las mascotas lucen sus disfraces. Ciertamente, es una grandiosa locura. Me es difícil contener las ganas de reír. Veo sus rostros, sus sonrisas, e imagino todas las conversaciones que tienen. El solo hecho de presenciarlo me carga de un entusiasmo que incluso parece orillarme al llanto, pero me contengo. Pienso que es un momento importante: Vivir, disfrazarse de vez en cuando, fingir, adoptar algún papel y permitirse una que otra conducta atrevida, desafiar los límites, las reglas, las convenciones. Tal vez haciéndolo se pueda conseguir originalidad y alivio, algo verdadero, o la destrucción de algo, la saludable desaparición de la cobardía y el tedio. Todo eso concentrado en esta fiesta tan grande como solitaria. Un disfraz no se expande lo suficiente como para enterar a todo el mundo de que se está fingiendo. Alguien terminará creyendo que este acto de fingimiento es una cosa honesta. Alguien tendrá que creer que toda esta farsa tiene algún sentido. Alguien no, muchos. Y luego los dogmas y los fundamentalistas, los que defienden un principio como si aquello fuera a concederles la eternidad. Pienso en todo eso mientras veo a la gente, a las chicas, caminar. Incluso fantaseo con infinitos romances en los que digo un montón de cosas relativamente coherentes y salgo corriendo en busca de un nuevo amor. Sonrío. «Piensa tanto como puedas. Piensa todo lo que quieras. Y luego destruye lo que descubras. No seas complaciente. No creas nada de lo que dices. Ríe. Ríe más. La tristeza es una patraña. No dejes que aquellos sentimientos sean condescendientes con tus pensamientos», dicen las voces a mi alrededor. «Este es el juego y estas son las reglas», dice una niña vampiresa que pasa por mi costado, mirándome a los ojos, «Acéptalas. Todo empieza con la aceptación». Enarca las cejas y sonríe. Todo el mundo sonríe. Todos son libres. Todos son sabios. El mundo es genial.

Son las 6 pm. Subo a un autobús. Me dirijo al hotel. El sol ha desparecido en el horizonte. Me quito las gafas oscuras. Junto a la ventana, sigo viendo a esas divertidas criaturas en las calles, fascinado. Busco mi revólver y *La Metamorfosis* en los bolsillos. Extraigo el libro y, aunque no lo puedo leer debido a la escasa luz, voy pasando las hojas, recorriendo las líneas con los dedos, pensando en Gregor Samsa. «Una historia realmente dura», pienso. Desde que lo leí comencé

a tener un miedo estúpido a despertar convertido en un monstruoso insecto. Tal vez ya ocurrió y no me he dado cuenta o me las arreglé tan bien que no tuve la necesidad de reparar en ello. Tal vez todo el mundo se ha convertido en un insecto, al mismo tiempo. Quizás somos transformados continuamente, sin ninguna oportunidad de reposo, por una entidad superior a nosotros. Tal vez ese sea el destino.

Noto que un hombre, ligeramente obeso, está a mi lado. Lo miro de perfil. No usa disfraz. De pronto, se me ocurre decirle «Oiga, ¿sabe qué harán cuando todos los cementerios estén repletos, cuando no haya espacio para ningún muerto más? ¿Lo sabe?». El hombre gira el rostro y se me queda viendo o eso creo. No veo bien. Me limito a sonreír y seguir examinando el exterior. Las luces de la ciudad le confieren una atmósfera de sofisticación. Todo es colorido. Magos, vampiros, zombis, gente sexy y profundamente desinhibida se apodera de cada avenida, de cada rincón. La música surge de todas partes y no distingo nada, salvo el retumbar de la percusión sintética. Es como un rito que ha perdido el propósito y que ahora es solo ruido.

Distingo el jirón por donde llegar al hotel. Indico que quiero bajar. El bus se detiene. El hombre se aparta para que pueda pasar. Le agradezco. Pago el pasaje y desciendo. Siento el cambio de temperatura. Hace frío. Me encojo de hombros y prosigo el camino. A veces tropiezo con grupos de chicas que me ven y tratan de adivinar de qué ando disfrazado. Echan una risa y pasan de largo. Me hace gracia. Le escribo a Nadia. Son las 6:45 pm. Me dice que acaba de llegar al hotel. Le doy el número de habitación que me han asignado: 72. Le digo que indique mi nombre. Se supone que le tienen que dejar pasar con solo esos datos. Ella dice «Ok». Introduzco la mano en el bolsillo, agarro el revólver, de modo que ya pueda sacarlo en cualquier momento. Busco mi libro con la otra y no lo encuentro. Lo he perdido. Me parece extraño. Giro la cabeza intentando localizar al bus, pero sé que es en vano. Respiro profundamente, pues distingo que el cuerpo se me estremece. Siento que la gente clava la mirada en mí más de lo que debería. Me pongo paranoico. El corazón me late más rápido. Acelero el paso. Solo oigo las risas alrededor y pienso que acaso demasiada felicidad pueda llegar a ser tan perjudicial como la tristeza. «El equilibrio. Siempre el maldito equilibrio», pienso. De pronto, mi existencia me repugna, me parece tan simple que llega a ser insoportable. «Necesito complejidad», digo, «si es demasiado fácil, prefiero estar muerto». Pero a lo mejor no es tan fácil. Eventualmente el absurdo de las cosas me recordará que tengo que seguir insistiendo, que tendré

que ordenar las sensaciones de mi cuerpo y asignarles un nuevo nombre y una nueva función. Me parece que mi diálogo con el mundo nunca cesará y que ninguna frase será la definitiva, que nunca conseguiré la expresión irrefutable.

Llego a la avenida América. La calle está atravesada de discotecas en cuyas puertas la gente se abarrota, tramitando el ingreso. Paso por sus costados. Nadia me dice que ya está en la habitación. Le digo que estoy llegando. Ansiedad. La sensación de que las cosas terminan para mí, de que no habrá un mañana. La terrible certeza de que he ido demasiado lejos. No tengo miedo. O lo tengo y no me importa. Soy tan frágil que puedo ser derribado por el viento, estoy temblando. Contengo el llanto. Un llanto de felicidad o cualquier cosa. En todo caso, no es tristeza. Estoy seguro. Llego al hotel. Me detengo en la puerta. Me pregunto si es posible desistir, volver a un estado anterior. «Imposible», me dice una voz, «¡Tienes que hacerlo!». Ingreso. La chica de la recepción está disfrazada de un hada demasiado hermosa. Me conmueve. Incluso me parece que emana una especie de luz. De hecho, todo el lugar me parece demasiado iluminado. Estoy sudando. Me aproximo y le digo que hice una reservación. Le doy mi nombre. Ella revisa la computadora e indica que es cierto y que una señorita acaba de subir hace diez minutos. Afirmo. Dice «Nadia Palacios ya está en la habitación». «Claro», respondo. La chica me mira a los ojos y me sonríe. No sé por qué me siento intimidado. Le pido una copia de la llave, pero me dice que ya se la entregó a Nadia, que solo tengo que tocar la puerta. «Obvio que tengo que tocar», respondo, como si estuviera enfadado. Ella inclina la cabeza, tan servicial que me da la impresión de que se burla de mí. Me da igual. Le digo que subiré. Sigo el pasillo y subo las gradas. No hay ningún rincón sombrío. Me parece extraño. Tampoco escucho ruido alguno. Percibo mi respiración con demasiada claridad. El corazón me estalla. Saco el revólver y comienzo a andar con pericia. De pronto, las luces comienzan a parpadear y se intensifican cada vez que lo hacen. Hay algunas que se apagan definitivamente. «Es extraño», pienso, mientras giro la cabeza hacia todas partes. El hotel parece vacío y el silencio se torna pesado. La habitación N° 72 queda en el quinto piso. Le escribo a Nadia. Le digo que ya estoy en el hotel. Ella dice «Bien. Te espero». Siento su presencia, la imagino. Recuerdo su rostro y sus movimientos, su sonrisa y no sé si la odio, si la he odiado alguna vez. Quizás he complicado las cosas innecesariamente. Tal vez no debería estar aquí. Fuera de lugar. Confundido. Asustado. Las voces en mí murmuran cosas que ya no entiendo. Estoy en el tercer piso. Las luces se vuelven cada vez más intermitentes. No hay nadie. Veo sombras que cruzan

por mis costados, les apunto con el revólver y desaparecen. Cuarto piso. Me detengo a escribirle, pero no tengo nada que decir. De alguna manera sé que ya no podemos intercambiar una palabra más. Digo «Nadia, ya falta poco». Repito su nombre muchas veces. «Nadia, Nadia». Sudo copiosamente. Quinto piso. La habitación queda al fondo. Mientras las luces parpadean, la de la habitación parece firme. Incluso distingo por debajo de la puerta que es mucho más intensa. Respiro con dificultad. Me tiembla el pulso. Llego. Toco la puerta. Sé que está adentro. Hay un ruido leve, constante, como una corriente eléctrica. Digo «Nadia, estoy aquí. Abre». Ella dice: «Hola Ricardo». Me sorprendo al oír su voz por primera vez. Es dulce. Me conmuevo. «Hola Nadia, abre, por favor», insisto. «Hola Ricardo, ¿Cómo estás?», responde. «Nadia, abre la puerta», digo. «Hola…Ricardo», dice. Me alejo un poco y apunto con el revólver. «Nadia, ya estoy aquí». «Hola Ricardo», contesta. «Nadia, maldita sea, abre la puerta», exijo, conteniendo un grito. «Ricardo», dice Nadia o eso creo. «Ricardo». ¿Es su voz? ¿Es Nadia? «Por favor, abre», suplico. No sé por qué siento ganas de llorar, me contengo. «Nadia, derribaré la puerta», grito, con la voz temblorosa. «Hola…Hola…Ricardo». «¿Qué demonios ocurre?», pienso. «!Estoy pensando! ¡Estoy pensando!». «Abre la puerta», grito.

Entonces, estoy dispuesto a hacerlo. No hay otro modo, lo sé bien. Retrocedo unos pasos, contengo la respiración, me preparo y corro con fuerza. Colisiono con la puerta y caigo al suelo. Me duele. Lo intento nuevamente y fracaso. «!Demonios Nadia¡ ¡Abre!», insisto. Ya no obtengo respuesta. No obstante, la luz y el rumor se intensifican. Apunto el revólver hacia el picaporte y disparo un par de veces. La puerta se desquicia y la pateo. Por fin. Ahí está. Entonces, siento que mis ideas enervan las sensaciones de mi cuerpo, casi convulso, hipersensible y maravillado; y siento al mundo como algo tan verdadero que no puedo decir más. No, no puedo ni siquiera pensar puesto que todos los pensamientos ya son una sola cosa en mí: Lucidez. Despiadada, violenta, envolvente, paralizante y dulce lucidez. Ya no importa lo que piense ahora, lo que pretenda hacer. Da lo mismo si le disparo o dirijo el revólver hacia mi sien y aprieto el gatillo o caigo de rodillas y me pongo a rezar o lo que sea. Tal vez simplemente baste con decir que la luz me ha cegado.

Chincheros, julio de 2023

El libro *JUEGO DE NIÑOS* de J. Estiven Medina Ortiz se terminó de diagramar el mes de setiembre, y se imprimió en los talleres gráficos del Grupo Editorial Amarti, RUC N° 20608972855 Cel. 965834310, Call. Señor de Los Milagros, av. 09 de Diciembre, mz. "F", lt. 05. Jesús de Nazareno - Ayacucho - Perú. La edición estuvo al cuidado de Luis Eduardo Ayala Pérez. Tuvo un tiraje de 300 ejemplares.